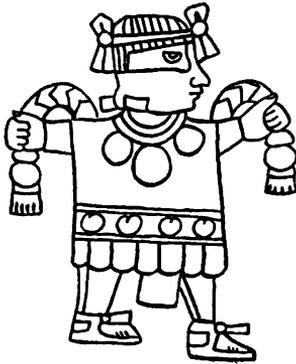


ELVIRA LOPEZ APARICIO

J O S E M A R I A
ROA BARCENA



Tesis para obtener el grado de maestra en
letras españolas
EDICION METAFORA



FILOSOFIA
Y LETRAS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

JOSE MARIA ROA BARCENA



DON JOSÉ MARÍA ROA BARCENA

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by EDICIÓN ΜΕΤΑΦΟΡΑ
Apartado 7671 — México, D. F.

Primera edición, 1957



F-548-C01-N20

I N T R O D U C C I O N

EL PRESENTE año de mil novecientos cincuenta y siete ha sido declarado, oficialmente, "Año de la Constitución Política de 1857 y el Pensamiento Liberal Mexicano", para conmemorar el primer centenario de aquel acontecimiento histórico y de las circunstancias que le dieron origen.

Tal celebración ha propiciado un profundo interés por tan lejanos sucesos, ha puesto de nuevo en el tapete de la discusión antiguas polémicas, y también ha servido para desenterrar personajes y quitar el polvo de viejos retratos. Libros de reciente publicación, periódicos y revistas están cargados con el panegírico de los "Hombres de la Reforma". Las figuras de Zarco, Payno, Prieto, Ramírez, Ocampo y Altamirano —junto a la central de Juárez— han cobrado inusitado relieve y ha sido pródigo el elogio, no exento todavía de pasión política.

A la luz de la literatura los próceres de la Reforma han sido exaltados, y una abundante bibliografía está consagrada a tal objeto. Es indudable el valor y significación de muchos hombres de pluma que colaboraron en el bando reformista. Toda idea, sobre todo en épocas de combate, busca la forma idónea de expresión para sumar adeptos y afiliar partidarios; por ello, al lado del movimiento ideológico puro, se desenvuelven versátiles modalidades de

difusión en las columnas de periódico; en la oratoria popular o parlamentaria; en la cátedra y en el libro, lo mismo en el que profundiza en los problemas sociales que en el dedicado a hacer de la ficción un instrumento más de propaganda.

En tales terrenos, uno y otro de los bandos que contendieron en la época crucial que se abre con el Plan de Ayutla y se cierra con los fusilamientos de Querétaro, son abundantes los maestros en el arte de la exposición y la controversia; pero los del partido vencido han quedado relegados bajo una capa de oprobio, no siempre justificado, o sepultados en una absoluta indiferencia.

Tal es la razón que me ha movido a escoger, del nutrido campo de Agramante de nuestras luchas reformistas, a una figura de marcado perfil conservador: don José María Roa Bárcena, cuya vida y obra, en somero bosquejo, sirve de tema a la presente tesis. No lleva ésta ninguna intención política, y es por completo ajena a cualquier bandería; no está fundada en prejuicios que muevan a ensalzar o deturpar, y la mantiene el propósito de acercarse al hombre y a la obra, para buscar, en el primero, su contenido humano, y en la segunda, el valor de su aportación a la literatura nacional.

Por otra parte —como en el caso de José María Roa Bárcena— existen otros valores en nuestras letras patrias que yacen en inexplicable olvido. Cualesquiera que sean los motivos del mismo, es tarea del investigador, apartado de disputas baladíes, el sondear imparcialmente en nuestro pasado histórico-literario, y sacar a flote todas las aportaciones que han enriquecido la literatura mexicana,

la que, invariablemente, ha seguido muy de cerca —y a veces en íntima mezcla— el azaroso proceso de la integración patria.

Este ha sido también otro de los acicates que determinaron la elección del tema: el interés y cariño por lo propio; la búsqueda de los matices de nuestra fisonomía, palpables en la obra literaria de quien vivió inmerso en la realidad mexicana de buena parte del siglo diecinueve. Interés que se debe, en gran medida, a los consejos y observaciones de la maestra María del Carmen Millán, entusiasta investigadora con profundos conocimientos en la materia, quien gentilmente accedió a dirigir este trabajo.

Sirvan también estas líneas para agradecer los valiosos datos biográficos que sobre don José María Roa Bárcena he recibido de la señora doña María Enriqueta Camarillo viuda de Pereyra, y del señor don Diego Ortega y Roa, sobrina y nieto respectivamente de nuestro personaje; así como también la preciada ayuda de los señores don Andrés Henestrosa y don Leonardo Pasquel.

México, D. F., junio de 1957.



CAPÍTULO PRIMERO

MARCO HISTORICO Y AMBIENTE LITERARIO

LA HISTORIA, como serie de hechos en íntima conexión, se produce, a veces, por cambios bruscos, llenos de episodios deslumbrantes que propician el relato de la gesta heroica; pero en otras, transcurre sin que emerjan a la notoriedad las causas, hechos y personajes que la forjan. El momento histórico conjuga factores de índole diversa: la lucha por lo económico; la afirmación o desecho de la creencia religiosa; las peripecias de la política; la pugna por lo que se estima justo, y los diferentes resortes que impulsan la vida comunal.

El pensamiento de un hombre o de un grupo, cuando está alentado por una fuerza inquebrantable y es producto de una profunda convicción, es capaz de alterar radicalmente el ritmo de vida de un pueblo, de una nación o de la humanidad entera. La Revolución Francesa fue el resultado práctico e inmediato del pensamiento enciclopedista que reunió lo más granado de las aspiraciones de los hombres del siglo XVIII, cuyo influjo, traducido a otras formas aún llega hasta nuestros días.

Otras veces, es un hecho inesperado el que abre al

hombre nuevos horizontes para especulaciones de todo tipo. El brillante siglo dieciséis —centuria de viajes y de conquistas de incalculable valor cultural— tuvo su inicio histórico en la alborada del doce de octubre de 1492, cuando el almirante visionario, después de azarosa travesía por un océano hasta entonces virgen a todo navegante, avistó gentes y tierras desconocidas.

Comienza ahí una nueva era para conquistadores y conquistados. Se extiende la cultura europea por el continente americano, y poco a poco, se mezcla con la ya existente. Lo autóctono y lo importado, en fusión íntima, siembran la semilla del perfil de un hombre nuevo y de una nueva cultura. Por espacio de tres siglos, América —en especial la de dominación ibérica— fue un crisol de razas, ideas y costumbres, al cabo de los cuales el mestizaje de la sangre o del espíritu cobra conciencia de su existir y de su valer.

En los vastos territorios coloniales, bajo el patrocinio del sajón o del ibero, se implantaron casi las mismas instituciones y sistemas vigentes en el viejo mundo, y bajo una paz más aparente que real, transcurre la vida de los nuevos pueblos. Pero un día, se prende la chispa libertaria en Filadelfia, e Inglaterra pierde la parte más preciada de sus dominios; el incendio cunde hacia el sur, hasta la austral Patagonia, y el mundo iberoamericano se sacude con ansias no presentidas, en la búsqueda fervorosa para ser el árbitro de su propio destino.

En el tranquilo virreinato novohispánico, los albores del siglo diecinueve contemplan una vida recoleta, que transcurre al margen de las inquietudes de Occidente. Los

azares de las épocas primeras, en que los guerreros y evangelizadores escribieron la historia de grandes hazañas, parecen olvidados, y en su lugar, la vida virreinal se desenvuelve monjilmente apacible, como si los rígidos moldes teocráticos hubiesen asegurado un islote inmune a toda contaminación de ideas, costumbres o deseos, incontenibles ya en el exterior.

Sin embargo, tal panorama iba a resultar falso. El celo de virreyes e inquisidores no pudo evitar la intromisión de modos de pensar que provocaron el descontento de muchos hombres, ante el espectáculo hiriente de privilegios absurdos para pocos y postración para la mayoría. La primera década de la centuria pasada registra el anhelo de cambio, sostenido con fe extraordinaria por unos cuantos soñadores, casi ilusos. En Guanajuato, en Querétaro, en la propia capital del virreinato y en otras poblaciones, se reúnen grupos de inconformes que fraguan planes de libertad e independencia; hasta que un día memorable, los tañidos de la campana de Dolores convocan al pueblo mexicano a una lucha de la que iba a resultar una nación. La Nueva España ya no era la mansa oveja de antaño, hija sumisa de la Iberia, habían corrido los siglos, y mientras en la Metrópoli decaía el esplendente sol de Carlos y de Felipe, aquí se levantaba uno renovado para iluminar las conciencias.

España peligraba en manos de un monarca inepto. El trono peninsular se tambaleaba al redoble de los tambores enemigos y al estallido de los cañones invasores de Napoleón. Era el momento propicio para la separación. El grito de un cura halló eco en las inquietudes acumu-

ladas por siglos en el espíritu de los mexicanos. Hidalgo levantó la bandera de la insurrección. Después, Morelos, con una visión más acabada, dio un rumbo definido a la empresa que había de terminar en 1821. Tras de sangrientas batallas; de pérdidas irreparables; de guerrillas, de crímenes y de hechos heroicos, un día las campanas catedralicias de la capital batieron a vuelo, y un ejército de realistas e insurgentes desfilaba por las calles de Plateros, capitaneado por el hombre que había unido bajo una sola idea a ambos contendientes.

Muy poco debían durar la paz y la concordia logradas a precio tan alto. Los vencedores pronto olvidan los errores que han combatido, y suelen caer en ellos con irremisible ceguera. La ambición, la envidia, el rencor y todas las pasiones se confabulan para deshacer el anhelado sueño libertario. Corrió nuevamente la sangre, y el militar que había conducido a la victoria al ejército trigarante, abandona el suelo patrio.

Triunfante el Plan de Casa Mata, que había dado al traste con el fugaz imperio de Iturbide, quedaba por elegir la forma que adoptaría la inexperta y joven nación. Unos se inclinan por la república federal, a imagen y semejanza de los ya impetuosos Estados Unidos del Norte; otros propugnan por un centralismo que haga menos brusco y radical el cambio; los bandos alternan triunfos y derrotas, y mientras los hombres redactan planes y constituciones y los soldados luchan en los campos de batalla, la patria se desangra y debilita. El gobierno se convierte en preciado botín de militares sin escrúpulos, y el territorio nacional, en codiciada presa de apetitos exteriores.

La fundación de las logias masónicas abrió aún más las rivalidades. Gestor de ellas fue el tristemente célebre Joel R. Poinsett, embajador de los Estados Unidos en México. Las logias eran ya conocidas en la Nueva España desde principios del siglo, pero después de la Independencia alcanzaron una importancia inusitada. Roa Bárcena, en la *Biografía de don José Joaquín Pesado*, hace historia de cómo entraron a España y pasaron al virreinato, en donde obtuvieron un colosal desarrollo: "Fue traída (la masonería) a la Nueva España por la oficialidad de las tropas expedicionarias que vinieron a sofocar la insurrección, y hasta el año de 1820 casi no contó con mexicanos, siendo españoles y del rito escocés sus miembros."¹

Mr. Poinsett introdujo las logias yorkinas en 1825 y acabó el monopolio de las escocesas. Los yorkinos, con Valentín Gómez Farías al frente, dictaron la orden de destierro a los peninsulares, lo cual fue un golpe de muerte a la logia escocesa, que representaba los intereses españoles.

Siguió la pugna política, y el acorde marcial y el estallar de la pólvora sólo callaron en pocas ocasiones. La primera magistratura del país estuvo ocupada por hombres de uno u otro bando. Los cuartelazos, motines, asonadas y pronunciamientos se sucedían alternativamente, ya para imponer, ya para desconocer gobiernos e instituciones.

El hombre clave de esta época aciaga es don Antonio López de Santa Anna, comodín en el juego de la política:

¹ Roa Bárcena, Jose María. *Biografía de don José Joaquín Pesado*.

su vida entera fue un constante vaivén entre dos aguas, del que siempre sacó ventaja. Fue un oportunista que medró sin escrúpulos, buscando el beneficio personal, la adulación y la fama. Como hombre y como soldado no conoció jamás el honor, pero en cambio, fue hábil para permanecer a flote y para granjearse la confianza de los partidos que le permitieron satisfacer sus apetitos. De oscuro militar pasó a presidente de la república; de caudillo revolucionario a Alteza Serenísima; conoció los triunfos deslumbrantes, no en los hechos de armas, sino por la astucia maligna del golpe de Estado o la prevaricación. Las aclamaciones a su heroísmo en Tampico se trocaron después en insultos; su pierna amputada supo de honores y de vilipendios.

Durante la larga aunque intermitente dictadura santanista, México sufrió la más dolorosa pérdida y la más penosa de las derrotas. La provincia de Texas, apoyada por el vecino país, se había separado a raíz de la infausta batalla de San Jacinto, en 1836, en la que los texanos tomaron venganza por los excesos de El Alamo y Presidio. La incontenible avalancha yanqui siguió su marcha desbordante hacia el Sur, y diez años más tarde, se inició la serie de derrotas de La Angostura, Padierna, Churubusco y Chapultepec, hasta terminar en la catástrofe final. A Texas se sumaban California, Nuevo México y Arizona, como trofeo de un vecino rapaz que recorrió sus fronteras hasta el Bravo.

Santa Anna dejó el mando de un país invadido por el extranjero que obtuvo satisfacción de su voraz apetito con el Tratado de Guadalupe Hidalgo. México quedó

sumido en confusión política, económica y social, después de perder la guerra y más de la mitad de su territorio.

Sin embargo, a los pocos años, el falso héroe volvía para ser aclamado por enésima vez, como salvador de la patria y restaurador del orden. Pero ahora el caudillo se siente semidiós y se autonombra Alteza Serenísima. Título tan pesado que no puede sostener, y hombre y dictadura vienen abajo. Nuevamente en el destierro maquina planes, suplica y promete al oído de unos y otros, pero ya el genio se había extinguido, el brillo se había opacado, y el hombre que antes enardeciera a sus compatriotas, quedaría tan sólo como un recuerdo detestable.

La revolución de Ayutla, que destituyó a Santa Anna, dio comienzo a una nueva etapa en la vida nacional, aún más ardua que las precedentes, en la que liberales y conservadores competirían con esforzado empeño en la lid política. La Ley Lerdo de Tejada, de 1856, decretaba la desamortización de los bienes del clero y de las instituciones religiosas, con lo cual no hacía sino reavivar la hoguera prendida por Gómez Farías en 1833. Esta y otras leyes similares tuvieron cabida en la nueva legislación que un grupo de diputados constituyentes redactó en 1857. Entre otras personas, formaban parte de este Congreso “don Francisco Zarco, notable periodista y orador; don Ignacio Ramírez, el más radical y jacobino de todos ellos; don Ponciano Arriaga, de tendencias socialistas; don José María Mata, elocuente orador de ideas muy avanzadas; don Melchor Ocampo y don Valentín Gómez Farías, que tanto habían figurado en política como precursores de la Reforma; don Guillermo Prieto, notable poeta y periodis-

ta; y otros muchos que, andando el tiempo, habían de ocupar un lugar distinguido en nuestra historia”.²

Según la Constitución salida de este Congreso, la república mexicana sería representativa, popular y federal. Pero tanto la Carta Magna como las leyes llamadas de Reforma, herían los sentimientos e intereses del grupo conservador, que supo maniobrar hábilmente para inducir al presidente Comonfort —quien las había proclamado— para que las desconociese. Tal circunstancia dio origen a la guerra de Reforma que por espacio de tres años ensangrentó sin tregua a la nación.

“Legalmente —escribe Justo Sierra— el Congreso que emanó de la revolución de Ayutla era la representación oficial de la nación; la realidad era otra: la nación rural no votaba; la urbana e industrial obedecía a la consigna de sus capataces o se abstenía también, y el partido conservador tampoco fue a los comicios. La nueva asamblea representaba, en realidad, una minoría no sólo de ciudadanos capaces, sino de la opinión.”³

La nueva revolución surgió con el Plan de Tacubaya que desconocía la Carta Magna. Posteriormente, Comonfort fue destituido, de manera que la república contó con dos gobiernos, liberal uno, encabezado por Benito Juárez, que en su carácter de presidente de la Suprema Corte de Justicia, había asumido la primera magistratura ante la defección de Comonfort; conservador otro, que capitalizaba en su favor el descontento creado por las leyes de Reforma y la Constitución de 1857.

² Toro, Alfonso. Compendio de historia de México. La revolución de Independencia y México independiente, p. 151.

³ Sierra, Justo. Evolución política del pueblo mexicano, p. 207.

Juárez había comenzado a ascender los peldaños de una carrera política desde su lejano Guelatao, para convertirse en la figura más destacada de la segunda mitad del siglo diecinueve. El paladín de la causa conservadora era don Miguel Miramón, joven militar de relevantes méritos y de indiscutible valor. Fueron tres amargos años de luchas en que alternaron vivas y muertas a la Constitución o a la religión; a la Reforma o a los viejos sistemas, al cabo de los cuales resultó vencedor el partido liberal. Juárez entró triunfante a la capital en 1861, reorganizó los poderes y restableció las leyes de Reforma y la Constitución, a la que había jurado adhesión inquebrantable.

La república mexicana no había salido de la infancia política, sus pasos eran aún tambaleantes e inseguros. En vista del grave y crónico estado de debilidad y recaídas, se solicitaba una ayuda para guiar los destinos de la incipiente nación. En tanto que los liberales y las logias se acogían al amparo y consignas de la potencia de allende el Bravo, un grupo de hombres del partido derrotado demandaba la intervención de un príncipe extranjero.

México estaba moral y económicamente deshecho. Las protestas no cesaban, y la deuda exterior era cada vez más exorbitante. Tres países, de común acuerdo, enviaron sus ejércitos y representantes con el objeto de exigir el pago de crecidos adeudos. Mediante un arreglo con el gobierno juarista, Inglaterra y España retiraron sus tropas; no así las de Francia, que irrumpieron en el país, siguiendo los planes tramados por Napoleón III y el partido conservador. De este concierto se fundó un nuevo imperio. Un Hapsburgo y su consorte reinaron a la manera de los mo-

narcas europeos, a un pueblo ajeno a etiquetas cortesanas, conocedor únicamente de su propia miseria.

La patria navegaba en mar revuelto. Hacía falta una mano fuerte que impusiera el orden. Los mexicanos habían sido incapaces de gobernarse por sí mismos, pero ante el extranjero intruso, la reacción fue casi unánime. México emprendió la cruzada de rebelión en los campos de batalla, lo mismo que dentro de la propia corte imperial.

El temor a los cañones prusianos y la doctrina Monroe fueron una señal de alarma al oído del emperador francés, y decidió poner fin a la aventura. Maximiliano quedó abandonado a sus propias fuerzas, harto exiguas por cierto. Por otra parte, el austríaco no había cumplido las promesas de Miramar, y el partido conservador, fiel a su propio ideario, lo abandonaba día a día.

Juárez y su gobierno habían salido del país en momentos aciagos para la causa de la república, pero de regreso, con nuevos bríos, estrecharon el cerco del imperio caduco. El trono se tambaleaba, mientras Francia desoía las angustiadas súplicas de una emperatriz demente. El Hapsburgo, seguido de sus leales Miramón y Mejía, con reducido contingente, presentó la última y desesperada resistencia en la ciudad de Querétaro. Una madrugada de junio de 1867, tres hombres caían inertes al estallido de las balas. Y en el Cerro de las Campanas quedaba escrito el epitafio del segundo imperio mexicano.

Juárez volvió triunfador a la capital de la república, a la que entró aclamado por los vítores de sus partidarios y nuevamente se reinició la tarea reformadora. En las elecciones convocadas se impuso el prestigio del patricio.

quien salió reelecto presidente para un período que no terminó porque fue sorprendido por la muerte.

Sebastián Lerdo de Tejada fue un continuador de la obra juarista. Bajo su gobierno se dio un impulso extraordinario a la tarea de la Reforma, se dictaron nuevas medidas y las viejas leyes reformistas fueron incorporadas a la Constitución. Pero el celo liberal fue tan drástico, que la aplicación de prohibiciones y la ejecución de mandatos legales no sólo hirió al clero en sus intereses, sino al sentir religioso de los mexicanos. Y las viejas rencillas resucitaron con levantamientos y motines.

Porfirio Díaz, leal soldado de la república y vencedor de los franceses, se mostró inconforme con el régimen. Elaboró el Plan de Tuxtepec, y por enésima vez en la historia patria, un caudillo llegó al más alto sitio de la nación. Comienza entonces la dictadura que había de llevar las riendas del poder por espacio de treinta años. Si bien el régimen porfirista se mostró despótico y arbitrario, por otra parte, contribuyó eficazmente a la pacificación del país. Díaz implantó nuevos sistemas de administración; sacó a las finanzas públicas de su tradicional anemia; restableció el crédito de México dentro y fuera de las fronteras. El capital extranjero penetró por puertas abiertas sin reservas; resurgió el antiguo auge minero de los viejos días virreinales, mientras que las vías férreas se extendían por millares de kilómetros, y las industrias robustecían la enteca economía nacional.

El poder embriagó al guerrillero caxaqueño, que años antes proclamara a los cuatro vientos el grito de "Sufragio efectivo, no reelección". La promesa fue olvidada y

don Porfirio se mantuvo en primera línea a toda costa. Los últimos años del régimen, en que declinaban su energía y su vigor, un grupo de colaboradores, Partido Científico, imprimió un sello particular a su gobierno.

Díaz fue la mano férrea que sujetó las rencillas de todo un siglo, y que en 1910 iban a estallar una vez más con fuerza incontenible.

EL DRAMA Y LOS ACTORES

Una cultura cruzó por primera vez el Atlántico para encontrar nuevos horizontes, y a la vuelta de un siglo había sentado plaza en ellos. Las tierras no eran tan vírgenes como a simple vista parecieron a los emigrados; una antiquísima tradición autóctona se sostenía en pie. En lugares como México, pudo mantener vivo el espíritu de una raza que paulatinamente y a duras penas hubo de conformarse con su suerte de vencida.

Los primeros años de coloniaje fueron una magna aventura de conquista y de evangelización, en los que rivalizaron en osadía y firmeza la cruz y la espada. La ambición de riquezas y poder, y el afán ultraterreno de apostolado, trajeron a las playas americanas a santos y a aventureros; a frailes y a pícaros; a letrados y a ignorantes.

Aun cuando la tarea de exploración, conquista y fundaciones se realizó principalmente durante el siglo XVI, no cesó en ninguna época de la vida virreinal. La ciudad de México, edificada sobre las ruinas todavía humeantes de la esplendorosa Tenochtitlan, pronto adquirió el mismo sello de cualquier ciudad española. Se fundaron plan-

teles educativos para primera y segunda enseñanza y, en 1551, la Real y Pontificia Universidad abrió sus puertas a los buscadores del saber. Temprano llegó la imprenta, y los libros, impresos aquí o en la península, circularon profusamente en manos de maestros, doctores y escolapios. Singular acontecimiento es la llegada de los jesuitas. Su presencia en la vida cultural novohispánica es de incalculable valor. Mariano Picón Salas afirma, al referirse a la obra educativa de la Compañía de Jesús, que ésta posee una "alta solvencia intelectual, testimonio de un pensamiento que se acerca bastante al reformismo social de la Enciclopedia, aunque no ha perdido su hilo conductor religioso".⁴

Poetas y escritores españoles pasaron a la Nueva España: Gutierre de Cetina, el de la poesía delicada; Mateo Alemán, diseñador de pícaros; Eugenio de Salazar; Bernardo de Balbuena; González de Eslava, y otros más que pusieron la primera piedra en el edificio de la literatura virreinal, y constituyeron modelos que más tarde iban a aprovechar criollos y mestizos para su propia expresión. La monja jerónima y el insigne corcovado escribieron conforme a las modas de la Metrópoli, aunque ya en ellos se vislumbra un toque diferencial, dado por el ambiente americano y por la supervivencia o los restos de las arcaicas culturas, que se van infiltrando en las canteras de los templos, en los altares barrocos, en el trazo de la pintura y en todas las expresiones artísticas de la época.

La enorme distancia que separaba el virreinato de la península ibérica, y la falta de medios rápidos de comu-

⁴ Picón Salas, Mariano. *De la Conquista a la Independencia*, p. 149.

nicación, unidos a la estrecha vigilancia y censura de la corona y de la Inquisición, hicieron que las corrientes literarias europeas llegaran muy tardíamente a la Colonia. Durante los últimos años de la dominación se escucharon las voces de Navarrete, de Sartorio y de Ochoa, todos ellos clérigos.

La Guerra de Independencia casi apagó los cantos de los poetas mexicanos. El momento no era propicio para la expresión lírica o los preciosismos de lenguaje. Todas las actividades, incluso las literarias, coincidían en un mismo vértice: la guerra, el derecho a la libertad, el presentimiento de una nación nueva. En los púlpitos, en las proclamas, en los edictos o excomuniones, en la gaceta o en el pasquín, la frase era siempre encendida y lapidaria, no importa cual fuese la causa defendida.

A esa ola de protestas se unió la de la prensa libre, y quien la caracteriza mejor que nadie es la figura de don José Joaquín Fernández de Lizardi. Este escritor “espíritu travieso, decidido, ingenioso y socarrón”,⁵ aunó la literatura al periodismo, y en él dejó copiosa producción, ejemplo que seguirían casi todos los prosistas y poetas del siglo. La prensa fue desde entonces arma de partido, y con mordaza o sin ella, a plena luz o a hurtadillas, siempre llevó el mensaje de la inconformidad o los anhelos populares.

La hora y el ambiente de luchas y de odios contagiaban a todos por igual. Los artistas no podían permanecer al margen de la contienda, y ellos fueron, las más de las veces, quienes dieron la pauta a seguir.

Si en política había liberales y conservadores; si la

⁵ Jiménez Rueda, Julio. *Historia de la literatura mexicana*, p. 108.

divergencia era entre quienes estaban deslumbrados por la idea de progreso y quienes se aferraban al pasado; en el mundo de las letras la división se hizo entre clásicos y románticos, corrientes que se mantuvieron casi paralelas a lo largo de buena parte del siglo pasado. González Peña dice respecto a esta clasificación: "Sin excepción, los escritores que militaron en el partido conservador fueron clásicos, y, salvo alguna, románticos los afiliados al liberal. Entre los primeros se contaban personalidades en su mayoría pertenecientes a las altas clases sociales, de firmes disciplinas y depurada educación literaria, escritores pulcros que se inspiraban en los modelos antiguos y en los poetas españoles del siglo áureo. Eran los segundos, en buena parte, ingenios sin preparación artística esmerada, en quienes la franqueza del impulso se resolvía en menor sujeción a los preceptos; naturales simpatizadores de las nuevas formas que de fuera venían, aunque todavía incapaces de asimilarlas dándoles carta de naturaleza en la literatura patria."⁶

Este nuevo clasicismo nació como una reacción ante las exageraciones en que iba degenerando lo barroco. En España, la llegada de los Borbones en el siglo XVIII trajo un afrancesamiento en todos los aspectos. Fue fundada la Real Academia de la Lengua que se encargó de establecer reglas para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma. Los manuales de preceptiva, imitados de Boileau, limaron al arte de asperezas y ampulósidades, se alcanzó nitidez y perfección en la forma; pero el excesivo cuidado sofocó el sentimiento. Fue un arte puro, estático y frío.

⁶ González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana*, p. 216.

Meléndez Valdés hizo escuela en la Nueva España. En los seminarios, en la Universidad, entre la gente docta y preparada, gente que leía a Virgilio y traducía a Anacreonte, y que tenía por sagrados los cánones establecidos por éstos, tuvo gran éxito y fue tomado como modelo intachable. No es de extrañar que Quintana Roo entonara odas que gustaron a Menéndez y Pelayo, y que muchos años antes, Navarrete se encantara con las delicias de idilios bucólicos. En 1808 se fundó la Arcadia que reunió a todos los humanistas.

La aparición de ideas reformadoras no contó para estos amantes de la disciplina y de la organización. Antes bien, combatieron todo aquello que, como el romanticismo, atacaba la pureza y dignidad del lenguaje. Como creyentes y devotos, no reconocían más autoridad que la de la iglesia católica; como intelectuales, no tenían otra pauta que el rigorismo de la escolástica; y como artistas, la antigüedad clásica guiaba sus pasos. Ellos, por lo general, tuvieron una cultura universal; fueron versados en toda clase de conocimientos de ciencias y artes, y dominaron lenguas vivas y muertas.

Los años gastados en el estudio y la observación templáronles el ánimo. La razón los hizo serenos para llegar hasta donde la impetuosidad de los otros no alcanzaba.

Un ejemplo es Lucas Alamán, principal y polifacético personaje de la turbulenta primera mitad del siglo pasado; relator de la *Historia patria* más completa de su tiempo, en la que se encuentran constantes citas de los autores latinos Tácito, Cicerón y Virgilio. De formación clásica fueron también José Joaquín Pesado, José María

Luis Mora, Arango y Escandón, Manuel Carpio, Roa Bárcena, Segura y otros de no menos renombre, que se distinguieron en las letras nacionales.

A raíz de la emancipación política, la vida literaria mexicana comenzó a buscar nuevos derroteros. Los vientos del Este trajeron las quejas, los llantos y las imprecaciones que lanzaban los románticos europeos. El romanticismo tuvo en México una cordial acogida; aquí entró por la puerta grande. Artistas destacados o mediocres siguieron por el mismo disparadero. Luis G. Urbina dice: "De modo que poseíamos los elementos psíquicos; la expresión nos vino de fuera; las emociones las teníamos ya; eran nuestras desde hacía muchos años."⁷

Jiménez Rueda explica el origen de esta postura literaria en hechos históricos y sociológicos. "El hombre buscaba su felicidad rompiendo con todas las trabas que se oponían a ella. La felicidad de los pueblos la buscaban los ideólogos también, modificando las leyes que se oponían a esta felicidad colectiva. De ahí que coincida con el romanticismo el auge de una serie de revoluciones que exaltan como dogmas los derechos del hombre, el contrato social o las nacientes ideas del socialismo utópico."⁸

Era natural que, con la irrupción de México como país independiente, y luego con las continuas luchas por el poder político en las que un lugar preponderante estaba ocupado por la propaganda partidista, se hablara constantemente de libertad, lo mismo en lo político que en lo jurídico; lo mismo en la esfera de lo individual que en lo

⁷ Urbina, Luis G. *La vida literaria en México*, p. 98.

⁸ Jiménez Rueda, Julio. *Letras mexicanas en el siglo xix*, p. 92.

colectivo. Era la libertad el faro a donde se dirigían todos los esfuerzos, y que sostenían los paladines del liberalismo. La libertad política traía como consecuencia el libre pensamiento y la libre acción en el ámbito personal. Y en el terreno literario, al barrer órdenes y arrasar preceptos, caía por tierra cualquier escuela o cualquier moda que restringiese la inspiración del artista. El romanticismo es, en literatura, un fiel trasunto de la rebelión humana contra toda traba.

Se da como fecha de aparición del romanticismo en nuestras tierras el año de 1830. Esto no obstante, ya antes, en la poesía de Sánchez de Tagle se advierten los albores de un nuevo acento, y ya el Pensador, imitando a Caldaso, ha escrito sus *Noches tristes y día alegre*. Los temas sepulcrales, ornamentados con crepúsculos sombríos, llegaron a su máximo apogeo en los dramas de Ignacio Rodríguez Galván y Fernando Calderón. En este último, la elección de escenarios y personajes encuentra su punto de apoyo en el medioevo europeo: *Herman o la vuelta del cruzado*, *Ana Bolena* y otros. Aquél busca en la historia patria el pretexto que adornará su fantasía. Su *Muñoz, visitador de México*, es una reminiscencia de la vida vi-reinal.

Románticos fueron también Juan Díaz Covarrubias, Fernando Orozco y Berra, Florencio M. del Castillo, José María Ramírez, y más tarde, Acuña, Rosas Moreno y Manuel M. Flores, por no citar más nombres. Poetas unos, novelistas otros, todos expresaron su inconformidad con el medio; todos ellos relataron su íntimo drama: siempre una alma que lamenta su derrota o su abandono.

Por otra parte, no podían dejar de ser románticos, esto es, rebeldes, si su propia vida era una lucha constante contra el destino. Cómo no iban a serlo si sólo conocían de privaciones y desengaños. Si el medio en que vivían era propicio a la desgracia que llegaba como el pan nuestro cotidiano. Valle, el poeta ciego cantor de la Reforma, sufrió persecución por sus ideas; Florencio M. del Castillo conoció los sinsabores de la prisión de San Juan de Ulúa, de donde salió enfermo a entregarse a la muerte; Rodríguez Galván estuvo acosado por la miseria y las penas; y así, casi todos ellos, recorrieron un calvario que su propio temperamento hizo aún más sensible.

Altamirano fue también romántico, pero no con el tono angustiado y llorón de los precedentes. Intentó renovar la literatura nacional buscando las fuentes de nuestro inexplorado pretérito; en la contemplación del paisaje; en las costumbres auténticas del pueblo mexicano. “¿Acaso en nuestra patria —dice— no hay un campo vastísimo del que puedan sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta, para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas o dramas?”, y agrega “La poesía y la novela mexicana deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación.”⁹

En la cátedra, en el periódico y en la tribuna, Altamirano señaló el camino para hallar la independencia literaria; para forjar la verdadera personalidad, sustentada en el “color local”, no en serviles imitaciones. Antes que Altamirano, hubo otros que quisieron tomar en cuenta el

⁹ Altamirano, Ignacio M. *La literatura nacional*, tomo 1, p. 14.

pasado histórico y folklórico de México como tema y preocupación literarios —Pesado, Rodríguez Galván, Roa Bárcena entre otros— pero el indio de Tixtla, con una visión universal de la literatura y con un interés nacional a la vez, soñaba no sólo en actualizar asuntos legendarios; no pretendía resucitar un pasado ya muerto, sino captar y reflejar el perenne y verdadero sentido, la esencia de la raza y de la tierra mexicanas.

Altamirano tuvo muchos discípulos y hoy, casi liquidadas las rachas extranjerizantes, la voz del maestro se vuelve a escuchar. Nuestro arte contemporáneo, tras una revaloración étnica e histórica, va por cauce más seguro y propio a realizar el sueño del noble indígena.

Una vez examinadas por separado las corrientes literarias que circularon hasta más allá de la mitad del siglo diecinueve, habrá que ver cómo, no obstante las diferencias de criterio político, religioso o estético, románticos y clásicos estuvieron unidos por un ideal artístico. Por el año de 1834, la Academia de Letrán, de gratas memoranzas para las letras patrias, comenzó por ser una simple reunión de amigos que se daban cita en el cuarto de don José María Lacunza, tal como lo relata Guillermo Prieto. De informal tertulia pasó a ser centro de discusión y estudio de los literatos de la época. Ahí se escuchaban los acentos grandilocuentes y elevados del obispo Munguía o de Pesado; las doloridas quejas de Rodríguez Galván o Díaz Covarrubias, y las novedosas y atrevidas teorías de El Nigromante.

El espectro de la guerra civil se apareció de nuevo y dispersó al entusiasta grupo literario por campos opues-

tos. Los aficionados a las letras cuya filiación era conservadora, concurrían a la casa de Pesado, y a la muerte de éste, sus hijas siguieron la tradición de sostener un círculo de amistades entre la gente de pluma.

Durante el imperio de Maximiliano se fundó en México la Academia de Ciencias y Literatura que, en opinión del obispo Montes de Oca, testigo presencial de aquellos acontecimientos, "debía ser como la Academia Francesa, un pequeño grupo de inmortales de todas opiniones y todos los partidos políticos. Predominaban en ella los liberales adheridos al emperador. Los conservadores del antiguo cuño parecían ahí fuera de su centro."¹⁰ No era, sin embargo, propicio el momento para una institución de esta naturaleza, y en un ambiente de efervescencia política el proyecto hubo de fracasar ruidosamente.

En 1869, restablecida la república, Altamirano fundó un periódico llamado "El Renacimiento", e invitó a colaborar en él a escritores de cualquier partido o filiación. Nuevamente confraternizaron ateos y católicos, reformadores y reaccionarios. Tal parece que, a veces, el arte tiene el poder mágico de desvanecer rencores, suavizar pasiones y restañar heridas. Terminaba el silencio en que la contienda había postrado a las reuniones científicas y literarias. El establecimiento del Liceo Hidalgo y la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, hablan a las claras que en verdad comenzaba un renacimiento para las letras patrias. Periódicos, libros, revistas y folletos salieron de las imprentas, y con ellos se difundió

¹⁰ Montes de Oca, Ignacio. Prólogo a las Obras poéticas de José María Roa Bárcena, p. 90.

la cultura y los escritores encontraron un nuevo estímulo para su tarea.

Este período de florecimiento y tranquilidad sirvió de lazo de unión entre los antiguos enemigos, que juntos concurren a la cátedra, a la redacción de un periódico, o ya a las amenas tertulias de las que nos dejó recuerdos don Ignacio Manuel Altamirano.

Nuevas doctrinas filosóficas y estéticas, recién importadas de Europa, se dieron a conocer y comenzaron a ejercer influencia directa en la literatura. Y así como antaño las voces de Espronceda, Bécquer, el duque de Rivas, Campoamor, Lord Byron, Sue o Dumas se habían considerado modelos inmejorables, ahora nuevas figuras ocupaban la atención. Hasta entonces, la poesía había oscilado entre un academismo frío que vaciaba la inspiración en moldes rígidos y un desorbitado fluir del sentimiento. La llegada del acento musical y del giro simbólico del verso libre de Verlaine y Mallarmé, y la tesis de *l'art pour l'art même*, despertó a los poetas americanos y les señaló un renovado sendero.

El romanticismo atemperado unido a las modas francesas, se tradujo en un modernismo que llevó a la poesía mexicana a su mayor esplendor, por espacio de varias décadas. Comienza el modernismo con la aparición de la "Revista Azul", fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo; en ella escribieron las mejores plumas de fin de siglo.

Dentro de la escuela modernista figuran Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, último gran poeta de

aquella generación. Salvador Díaz Mirón, uno de los precursores de este movimiento literario, adquiere después una estatura fuera de medida y una fisonomía propia.

En cuanto a la prosa, las teorías comptianas introducidas por Barreda diéronle nuevos bríos y renovadas formas de expresión. El cuadro de costumbres, ya descrito con anterioridad por Lizardi, Roa Bárcena, Cuéllar y Payno, tuvo vigorosos exponentes en López Portillo, en Rabasa y en Delgado. Quedan así fijadas las bases de la novela realista. El naturalismo francés, un tanto modificado, se advierte en la obra de Federico Gamboa.

El teatro, que había tenido dramaturgos románticos como Calderón y Rodríguez Galván, y clásicos como Gorostiza, fue cultivado después por diversos autores, no muy relevantes. Peón Contreras, Mateos, Rosas Moreno y más tarde Marcelino Dávalos no llegaron, ni con mucho, a la categoría que en la poesía y en la prosa alcanzaron los arriba citados.

Puede decirse que el siglo literario nacido con la gesta independiente, termina con la dictadura que cobijó sus últimos años.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL ESCRITOR

*De cuanto he visto no hay cosa
que así me balague y sonría,
como mi ciudad natia,
como Jalapa la hermosa.*

QUIEN TAN elogiosamente se expresaba del solar natal, veía la luz primera el tres de septiembre de mil ochocientos veintisiete, en el hogar de don José María Rodríguez Roa y doña María Concepción Bárcena y Alonso. Era ésta una familia de arraigadas costumbres cristianas, honrada y laboriosa, de ésas que han dado un tradicional prestigio a la provincia mexicana, y que tienen como timbre de gloria, no blasones nobiliarios ni cuantiosas fortunas, sino una honorabilidad acrisolada a través de varias generaciones.

Fue el señor Rodríguez Roa personaje distinguido de la localidad y ocupó puestos públicos de importancia, como secretario del Ayuntamiento, jefe político de su distrito y miembro de la diputación local de Veracruz. Recibió del general Santa Anna el honor de ser Caballero de la Orden de Guadalupe.

Dentro del seno doméstico, el pequeño José María bebió la savia de la virtud y sentó la piedra angular de un criterio que echó raíces tan firmes que ni las tempestades políticas o religiosas, los muchos infortunios, y el medio extraño y hostil capitalino, lograron arrancar o deformar.

La niñez de Roa Bárcena debe haber transcurrido en la íntima convivencia creada por el solar paterno y la escuela de provincia; en el ambiente calmado de la ciudad de Jalapa, en donde el niño y el adolescente se recrean en la contemplación de un paisaje tropical, ubérrimo y excitante. La imaginación tiende las alas ante un cuadro que anima al espíritu y halaga los sentidos: el majestuoso Pico de Orizaba, visible en los largos días soleados; los montes cargados de verdura; el aroma frutal, y el lento descenso del altiplano, que va a morir al embate de las olas del golfo.

➤Era apenas un joven de veinte años, cuando el ejército yanqui, diseminado por el país que trataba de conquistar, llegó a Jalapa e impuso la ley marcial. Mucho influyeron en el ánimo de Roa Bárcena el cuadro observado, y, en especial, los fusilamientos de Alcalde y García, jóvenes como él, y ya víctimas de la injusticia que castigó su generosa rebeldía. Inútilmente su padre, síndico del Ayuntamiento, en unión de otras personas, abogó por la vida de los reos. Esta impresión perduró por muchos años grabada en la mente del testigo presencial, puesto que, después, al escribir sus *Recuerdos de la invasión norteamericana*, aún conservaba muy viva esta imagen y el sentimiento de tristeza y amargura no había perdido calor.

Roa Bárcena dedicó los primeros años de su juventud a las actividades comerciales, quizá por seguir la tradición paterna más que por propio deseo. Pero, no obstante el ajeteo mercantil que lo obligaba a viajes constantes entre Jalapa y la hacienda de La Orduña y otros lugares comarcanos, tuvo tiempo para ocuparse afanosamente en el estudio y pulsar la lira. A los veintiún años escribió "Ithamar", poema bíblico, y tres más tarde, la leyenda "Diana", que publicó en edición especial pasado el tiempo.

El entusiasmo por las letras lo llevó a unirse a un grupo de jalapeños, entre los que se contaban los Díaz Covarrubias y el padre de éstos, don José de Jesús, alma de la reunión, y a quien el propio Roa Bárcena reconoce como su primer maestro.

La prensa local dio a conocer las primicias de su producción; mas no era ésta la meta trazada por el poeta. Venciendo la nostalgia, con el dolor de abandonar su hogar y su tierra, un día del año de 1853, Jalapa vio salir a un joven con las alforjas llenas de esperanza y optimismo. Sin embargo, ya llevaba clavada la experiencia de un idilio imposible; la primera desilusión que pone un tono sombrío en sus tempranas composiciones literarias. No es de dudarse que el novel poeta hubiese tenido fracasados amoríos, y que la dama de sus pensamientos—real o etérea— se haya convertido en su musa provinciana que representa a menudo con el símbolo de una flor.

La capital de la república, un mundo desconocido hasta entonces para el pueblerino inexperto, ávido de saber y de notoriedad, se ofrece a Roa Bárcena como un

fértil campo para la siembra de sus propias ideas, como un clima propicio para la expresión necesariamente polémica de sus sinceros arrebatos. Un breve pero duro aprendizaje, del que salió triunfador merced a su nunca desmayado empeño, le abre las puertas de la familia literaria mexicana. Así comenzó a colaborar en "El Universal", periódico de gran circulación durante los últimos años de la dictadura santanista, "al lado de escritores tan distinguidos como Lucas Alamán, Ignacio Aguilar y Marrocho y don Anselmo de la Portilla."¹¹

En enero de 1855, el poeta español don José Zorrilla llegó a México, precedido por resonancias poéticas ya escuchadas en nuestra tierra. Un grupo de artistas le ofreció un banquete de bienvenida. Al homenaje concurrieron el conde de la Cortina, Pesado, Tornel, Segura, Federico Bello, Miguel Lerdo de Tejada, Lacunza, y fue Roa Bárcena quien dirigió, en nombre de todos los presentes, las palabras de salutación al festejado. Días después, en otro convite a Zorrilla, efectuado en el Tívoli de San Cosme, Roa Bárcena pronunció elocuente brindis en verso, por México y por España.

Otra de sus publicaciones favoritas fue el semanario "La Cruz", en el que aparecieron artículos de fondo, de crítica literaria, novelas y no pocas traducciones. En octubre de 1858, circunstancias adversas determinaron el cierre de "La Cruz". También escribió en "El Eco Nacional", y más tarde en "La Sociedad". Fueron épocas de trabajo agobiador, ininterrumpido y riesgoso, en las que

¹¹ Agüeros, Victoriano. Noticia del autor. Cuentos originales y traducidos de don José M. Roa Bárcena, p. vi.

el poeta vivió entre el ruido de la prensa, el olor de la tinta y las faenas administrativas de "La Sociedad", del que, por mucho tiempo, Roa Bárcena fue redactor único.

Hacia el año de 1856 publicó *Flores de mayo o el mes de María, para el uso de las familias mexicanas*; opúsculo religioso que contenía oraciones y cánticos para cada uno de los días del mes tradicionalmente dedicado a la Virgen.

A los treinta años de edad, Roa Bárcena contrajo matrimonio con doña Paz Villamil. El ajetreo de la vida lo había hecho olvidar a la "flor veracruzana" que fue la musa de sus balbucos literarios. Su esposa le dio tres hijas y un hogar cristiano.

No cesaba su afán de instrucción y cada vez ampliaba sus conocimientos este incansable autodidacta. Concurría a las tertulias literarias en casa de su confidente y sin par amigo don José Joaquín Pesado.

Desde temprana hora, casi recién llegado a la capital, se había afiliado al partido conservador, en el que encontró hombres de ideas afines a las suyas. Esto contribuyó a afianzar el sentir de Roa Bárcena, que reafirmó principios, agudizó su espíritu polémico y llegó a ser un verdadero paladín de la causa conservadora, una viviente tribuna de expresión y de combate. Desde entonces consagró su pluma y su talento al servicio de un partido, que Roa Bárcena creyó como único camino para realizar la paz y la concordia entre los mexicanos. Ferviente católico, dedicó también sus mejores flechas y su certera puntería para defender su religión y su iglesia de los frecuentes y demoleedores ataques de sus enemigos.

Los excesos de la Guerra de Tres Años, y la derrota del partido conservador, lo llevaron a estampar su firma en el Acta de Notables, del primero de junio de 1863, en la que se daba el completo beneplácito para la intervención de Napoleón III en la descabellada aventura imperial. Roa Bárcena era un enamorado del orden. Creía que el progreso —idea principal en la filosofía de la época— era consecuencia de aquél y no a la inversa. Por ello fue monárquico. Confiaba en que el imperio sería el único remedio capaz para detener media centuria de anarquía. Un pueblo apático y tornadizo, en perpetua revuelta, mareado por el vértigo de odios y de luchas, sólo podía alcanzar la paz y el orden a través de una autoridad fuerte y respetada. El ensayo de la república había costado ya muy caro al pueblo mexicano. La voz de Roa Bárcena se alzó para entonar en una oda las dotes del nuevo emperador que llegaba a México, pasando por arcos triunfales, ante el estupor y miseria de la turbamulta, ajena a las intrigas palaciegas, e ignorante del contenido real de las palabras república, democracia, progreso o monarquía.

Roa Bárcena es llamado a formar parte de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, en 1865, cuya pomposa fundación fue hecha por el propio Maximiliano en las salas de palacio. A juzgar por las actas de las asambleas, publicadas en "La Sociedad", poco asistía a las reuniones, aunque consta que fue encargado para formular la lista de hombres célebres en política y milicia. Muestra de la simpatía con que era visto Roa Bárcena por el imperio es la medalla que le otorgó, la cual luce en algunos retratos que de él se conservan.

La muerte de Pesado le significó un rudo golpe; había habido entre ambos una perfecta comunión de ideas y de proyectos. Pero la tertulia tradicional no murió. La familia de Pesado siguió animando las reuniones en que se discutía de arte, de filosofía o de política. El obispo Montes de Oca, concurrente a ellas, relata que ahí se comenzó a murmurar veladamente del Emperador y de su régimen. Maximiliano traicionaba al grupo que lo había traído. Roa Bárcena era un leal admirador del imperio, poco antes el incienso de sus versos prodigaba alabanzas al Hapsburgo, no podía traicionarlo; pero tampoco era capaz de torcer sus convicciones. Y, como muchos otros, optó por retirarse del círculo de la corte.

En aquellas reuniones literarias hizo amistad con don José de Teresa, rico español simpatizador de los liberales, pretendiente a la mano de Susana, una de las hijas de don Joaquín. Su favorable intervención con la familia Pesado, de incorruptible abolengo conservador, hizo posible la boda.

Durante el sitio con que el ejército liberal asedió la capital de la república, muchos de los prominentes conservadores buscaron refugio, temerosos de la ira y de las represalias. El citado obispo relata una anécdota que muestra a las claras la firmeza de carácter del biografiado: "Roa Bárcena quedó solo en la redacción de su periódico (La Sociedad), con instrucciones de suspender su publicación apenas fuera posible, salvo el honor. Allí lo veía yo diariamente, y me maravillaba su serenidad. Decíase que, cuando en 1855 asaltó la plebe la imprenta de 'El Universal', él seguía tranquilo en la parte alta de la casa,

escribiendo su artículo de fondo para el siguiente día, en medio de los gritos de muerte y el humo de las oficinas que ya empezaban a arder. Algunas veces había dudado de la exactitud de este relato; pero su calma imperturbable durante el sitio, y los aciagos días que le siguieron, me hizo creer en la verdad de aquella anécdota.”

La misma presencia de ánimo mantuvo cuando fue director de “La Sociedad”. Tenía la fuerza y la resistencia de un roble en medio del huracán. “Un día —sigue refiriendo Montes de Oca— encontré que el periódico se había reducido a medio pliego. Ya no hay papel en la plaza —me dijo Roa Bárcena— cuando se acabe por completo fenecerá el periódico. Otro día llamé en vano a la puerta de su despacho. ‘La Sociedad’ había acabado.”¹²

Se inicia entonces una nueva racha de desgracias que acosarían al iluso veracruzano que, años atrás, había llegado con los ojos preñados de confianza y con la franca sonrisa de quien sabe que pone sus mejores energías al servicio de una causa estimada como justa y noble.

Vencido el ejército imperial y fusilado Maximiliano, los Notables que lo habían apoyado fueron llamados al cuartel de los vencedores, bajo pena de muerte en caso de no presentarse. Roa Bárcena fue aprehendido y encarcelado por considerarlo hombre peligroso. Salió de la prisión gracias a la influencia de su amigo don José de Teresa, quien denodadamente abogó ante el general en jefe para obtener la libertad de Roa Bárcena. Sin embargo, poco había de durar tal respiro. La libertad era ofrecida a cambio de ciertos compromisos que repugnaban a

¹² Montes de Oca, Ignacio, Op. cit., p. 94.

su conciencia, y ésta no se supo doblegar jamás ante las amenazas o corromperse ante las dádivas. En septiembre de 1867 entró de nuevo a la cárcel, y fue condenado a purgar dos años de reclusión, aunque solamente permaneció en el encierro unos cuantos meses, en el convento de la Enseñanza de la ciudad de México.

Triste y abatido abandonó las rejas, con el amargo sabor de la desilusión. Al año siguiente, aumentaba su pena la muerte de su esposa, a la que supo cantar en poemas llenos de ternura; pasado algún tiempo contrajo segundas nupcias con doña María Remigia Alcalde y Herrera, sobrina del general don José Joaquín Herrera, ex-presidente de la república.

En 1869, despejado al parecer el temporal de las luchas intestinas, Altamirano fundó el periódico "El Renacimiento" y llamó a todos los escritores sin distinción de credo político o religioso. Y el antiguo batallador de los diarios católicos; el héroe de "La Sociedad" y de "El Universal", formó parte del grupo de colaboradores de "El Renacimiento".

Por entonces publicó sus libros de versos, cuentos, historia y biografías, tareas que alternaba con las mercantiles. Desde 1871 administraba los negocios de la casa de la "Viuda de José de Teresa e hijas", cargo que ejerció con su habitual honradez y buen juicio. Su rectitud y su tino llevaron al negocio a la prosperidad.

Esta etapa bonancible de su vida le produjo un bienestar tanto material como espiritual, y pudo, a base de redoblados esfuerzos, asegurar una desahogada posición económica para sus hijas. Tenía el poeta comerciante su

despacho en los bajos de la casa mercantil que dirigía y en él se congregaban muchos de los principales artistas contemporáneos que formaban una fraternal peña literaria. Don Pepe Roa, como lo llamaban sus amigos, era el anfitrión, el árbitro y el centro de atracción. Siempre tenía a flor de labio la crítica afable, el consejo experimentado o el aliento generoso.

También concurría, desde su fundación, a la sociedad literaria que José Joaquín Terrazas había formado con el nombre de Munguía, y que era auspiciada por el arzobispo Labastida.

Quien conozca sus cuentos, no se extrañará que el público asiduo a estas reuniones quedara pasmado con la lectura que hacía de sus obras. Ahí leyó "El rey y el bufón", "Lanchitas" y muchas de sus traducciones. "En esta clase de lectura en prosa —escribe Montes de Oca—, en salones no muy grandes, era Roa Bárcena maestro consumado, y la dulzura de su voz, la gracia con que acentuaba ciertas expresiones y frases, y lo sobrio de su acción, daban a una novela leída por su autor, una fuerza, un encanto y un significado, que por sí solo no habría descubierto un lector profano en la negra tinta tipográfica. En la declamación de sus versos no era igualmente feliz."¹⁸

En 1875 se fundó la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, y en agosto de 1878 quedó establecida bajo la presidencia de don Alejandro Arango y Escandón. Dentro de esta directiva, Roa Bárcena figuró como tesorero. No pocos esfuerzos y sacrifi-

¹⁸ Montes de Oca, Ignacio, *Op. cit.*, p. 148.

cios tuvo que hacer para cumplir con decoro su misión, la que siempre desempeñó con el sentido de responsabilidad que le caracterizaba. En una de las elecciones para presidente, varios de los académicos propusieron a Montes de Oca para tal cargo; pero la opinión de Roa Bárcena se impuso: "Queréis, por ventura, poner Mitra a la Academia?"¹⁴ Lo cual pone de manifiesto la rectitud del hombre que no se cegaba por favoritismos.

Al acercarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, la Real Academia Española pidió a las americanas la selección antológica de la poesía de cada país, para reunir la producción literaria en castellano. Roa Bárcena se echó a cuestras la laboriosa tarea de buscar, seleccionar y recopilar. Después de mucho tiempo, esfuerzo y desvelo, logró reunir en tres ejemplares la cosecha nacional, que envió a Madrid con la certeza de haber desarrollado una buena labor de investigación y crítica literarias. Pero su sorpresa y decepción no tuvieron límites al enterarse de que su trabajo no había merecido recompensa; antes bien, fue objeto de la crítica implacablemente severa de don Marcelino Menéndez y Pelayo, con quien entabló una estrecha amistad epistolar. Nuevamente se tuvo que conformar; el suceso no había sido más que uno de tantos desengaños a los que ya estaba acostumbrado.

El contacto académico le inyectó nuevas aspiraciones y bríos para el estudio. Cerca ya de los sesenta años, empezó a estudiar el latín con don Rafael Angel de la Peña, y su tenacidad y disciplina se impusieron: no sólo apren-

¹⁴ Montes de Oca, Ignacio. *Op. cit.*, p. 120.

dió el idioma de la vieja Roma, sino que tradujo pulcramente a Virgilio y a Horacio, y aumentó su desmedida admiración por las antiguas culturas clásicas.

En 1887 sufrió la pérdida de su segunda esposa. Otra vez el cantor de las dichas domésticas quedaba solo, al cuidado de sus hijas doña María de la Paz, casada con don Antonio de Vértiz y Fagoaga; doña Josefa y doña Concepción, de su primer matrimonio; y del segundo, doña Carmen, esposa de don Ricardo Ortega y Pérez Gallardo.

En 1906 murió doña Susana Pesado, su excelente patrona y leal amiga, que por tantos años le había dispensado señalada protección. Se cerró la casa comercial, y desde entonces Roa Bárcena no ejerció otra labor que la literaria. Cargaba sobre sus espaldas ocho décadas de trabajo continuo, de agobiadora lucha por la vida, concebida como dedicación a un ideal. Pesaba sobre su corazón una interminable serie de desengaños y dolores. Su cuerpo, antes erguido, se inclinaba bajo el peso del tiempo; su mente, siempre lúcida y ágil, se escondía en los repliegues del recuerdo. Los amigos y admiradores lo echaron de menos. Las amables tertulias de la oficina, más concurridas que las de la Academia, se suspendieron para no reanudarse. "Desde entonces —nos dice el biógrafo ya citado— se empezó a notar más y más su desánimo y declinación; aunque sacando fuerzas de la flaqueza hacía gala todavía de caminar solo y sin guía ni compañero por la capital y sus alrededores."¹⁵ Su quebrantada salud lo hizo renun-

¹⁵ Montes de Oca, Ignacio. *Op. cit.*, p. 167.

ciar al cargo de consejero del Banco Nacional de México, y a la Directiva de la Lotería Nacional.

El 21 de septiembre de 1908, a las nueve y quince de la mañana, según el informe de los diarios, murió en la ciudad de México don José María Roa Bárcena, a la avanzada edad de ochenta y un años, la mayor parte de ellos dedicada a la labor literaria, y ésta completa, a la defensa de las convicciones que habían germinado desde los primeros años, en su "ciudad natía, desde Jalapa la hermosa".

Supo ser, como pocos, fiel a su vocación. Su vida, desprovista de sinuosidades, personifica el viejo ideal caballeresco de la ofrenda del existir, sin regateos, a las causas más nobles del espíritu. Le tocó presenciar épocas difíciles y actuó en ellas con plena conciencia de su responsabilidad de hombre y de escritor. Roa Bárcena hizo, desde el principio, un claro deslinde: en religión, un cruzado de la fe que esgrimía las armas de la apologética y las Sagradas Escrituras; en política, un militante insoportable al servicio de su idea; y como hombre de letras, un buscador incansable de la belleza, cuya expresión era sólo el vehículo de su más íntimo mensaje.

CAPÍTULO TERCERO

P O E S I A

DESDE EL PUNTO de vista de la crítica literaria, la fecunda producción de José María Roa Bárcena tiene que ser clasificada y desmenuzada obedeciendo a un criterio necesariamente arbitrario. La inspiración de todo autor —presente a través de sus obras—, y las formas y matices escogidos para la expresión, no se sujetan jamás a cartabones prefabricados; el pensamiento y la letra fluyen al compás de las exigencias del minuto en el que se reúnen “el hombre y su circunstancia”.

El uso de la lira o de la prosa; el tema erótico en la poesía o el religioso y político en la controversia; la pincelada histórica o la elaboración de la fantasía, surgen espontáneos en la producción de Roa Bárcena, alternados unas veces y otras en estrecha relación con los propios episodios en que se agitó su espíritu inquieto.

Por ello, es menester recurrir a un principio de clasificación que permita reunir lo disperso, ordenar lo confuso y parangonar lo semejante, a fin de poder valorar el genio literario, tanto en su valor intrínseco, como en relación a la literatura de su tiempo y de su medio. Esto nos permitirá indagar qué herencias influyeron en su

ánimo, y la motivación de los moldes escogidos, así como también descubrir, dentro de ese comercio entre hombre y ambiente, lo que éste pudo proporcionarle y lo que aquél pudo dejar como legado al acervo literario mexicano.

Con este propósito, aparece en primer término la obra poética de Roa Bárcena. Sus diversos aspectos se han reunido en dos grupos, uno de ellos dedicado al comentario de sus leyendas, subdividido, a su vez, entre las de inspiración indígena y las de temas y estilos varios. El otro grupo está constituido por su extensa producción lírica que abarca, con extraordinaria profusión, los motivos románticos de su iniciación poética junto con sus trabajos de madurez. Dentro de tan rica temática se encuentran la oda y la elegía; el cantar profano al amor; el verso que lleva la exaltación patriótica o el fervor del creyente, y los que surgieron al calor de mil circunstancias diversas.

La prosa de Roa Bárcena es también un campo de óptimos rendimientos. En ella es necesaria una división para hacer el análisis de sus cuentos y novelas; otra reservada a sus incursiones por los vericuetos de la historia de México; merece apartado especial la que contiene su abrumadora producción de periodista, en la que se manifiesta el pensador gallardo e insobornable. Finalmente hay una faceta en el autor que muestra sus dotes de traductor, de crítico de las letras y de laborioso miembro académico.

Si la obra literaria de todo autor es siempre un fiel trasunto de su vida y de su tiempo, y en ella se dan la mano la propia intimidad y el flujo y reflujo de la marea humana que la rodea, la de Roa Bárcena representa el panorama de la última mitad del siglo diecinueve mexicano,

y se advierten en ella los altibajos de una época tumultuosa y la influencia de corrientes de ideas y expresión que tuvieron carta de naturaleza en el ambiente literario de entonces.

Como quedó asentado en el capítulo primero, Roa Bárcena perteneció, por propia voluntad y por los rasgos más salientes de su pluma, al grupo de poetas clásicos, en el que encuadra por su formación literaria, el refinamiento de su cultura, el esfuerzo por serenar su pensamiento y por el aplomo de sus juicios. Al dominio de la lengua materna aunó el del inglés y francés, idiomas en los cuales leyó ávidamente lo mejor de sus literaturas. Por ello colocó en un pedestal a Shakespeare, a Byron, y a los grandes poetas de los dorados siglos hispanos.

En diversas ocasiones expresó su adhesión a la corriente clásica, y reprobó las tendencias románticas que desviaban al artista del verdadero ideal. Sostuvo estrecha comunión de pensamiento con sus amigos y correligionarios José Joaquín Pesado, el obispo Montes de Oca, Manuel Carpio y Alejandro Arango y Escandón. Sin embargo, no se libró de pagar tributo a la moda, y su lira dejó escapar lamentos y sollozos con un sentimentalismo exagerado. Esta inclinación artística se advierte con más claridad en las primicias de su obra, en que la vehemencia y ímpetus de la juventud sobrepasan, a veces, los límites preceptivos. La efervescencia va decreciendo para correr plácida y dócilmente por cauces impuestos por el razonamiento y la experiencia, el llanto y la queja se modulan.

Su natural propensión a obedecer los cánones y el ambiente de la Academia de la Lengua, contribuyeron al

afán de pulcritud y corrección de formas que adoptó la poesía de su madurez. Su devoción y entusiasmo por las letras clásicas lo hicieron lanzarse al aprendizaje de la lengua del Lacio y a traducir a sus poetas.

Por el número de sus poesías, ocupan éstas el primer lugar de su vasta cosecha literaria. Desde los años mozos provincianos, el vate comenzó a dar prueba fehaciente de sus dotes, y luego en la capital de la república, tanto en goces como en desengaños; en la libertad y en el cautiverio, y aun en las postrimerías de su larga vida, las musas no le abandonaron.

De su estro fluían los versos en tropel, pero no por ello se puede llamar a Roa Bárcena un poeta de altura. Tenía cierta facilidad para versificar, aun de improviso como lo demuestra en composiciones dedicadas a sus parientes, en la extensión de muchos de sus poemas, y en la cantidad que de ellos escribió. Pero no siempre el caudal de su inspiración pudo sujetarse a las exigencias de una depurada calidad. Su verso a veces se torna ripioso y abusa de figuras e imágenes comunes y demasiado empleadas por los poetas de entonces.

LEYENDAS. En la variada obra poética de Roa Bárcena las leyendas forman un grupo aparte, y en ellas, a su vez cabe hacer una subdivisión entre las de tema indígena y las de temas varios.

a) Siete son las leyendas aztecas en las que trata de resucitar el pasado prehispánico, como ya antes los había hecho Pesado, J. de Jesús Díaz y Rodríguez Galván en la poesía; Ortega en el teatro y Lafragua en la novela; c

como el anónimo autor de "Jicotécatl" y otros más. Son estas leyendas las que le dieron gran popularidad a Roa Bárcena y merecieron los elogios de Menéndez y Pelayo, de Miguel Antonio Caro, y de Altamirano. El primero de los mencionados las tenía por excelentes y agregaba: "En las de asunto azteca no hay menos facilidad y gracia narrativa, y hay, acaso, más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico e interesan menos; a lo cual contribuye, quizá, la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas, y la falta de relación de las tradiciones y creencias de aquel pueblo y todo lo que viene después de la conquista. De donde resulta que siendo igual en unos y en otros asuntos la habilidad del poeta, y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana y simpática la de carácter indio, a no ser en la Princesa Papantzin, que tiene cierta grandiosidad profética."¹⁶

Por su parte, el crítico bogotano, en el prólogo a la edición que se hizo de estas leyendas en Colombia, en el año de 1882, llama a Roa Bárcena el cultivador más distinguido de este género en la América Latina. No escatima elogios para el poeta, y agrega: "Sabe su lengua, conoce los recursos de la versificación castellana y así maneja el popular romance como la aristocrática octava real."¹⁷

Las fuentes históricas para estas leyendas proceden de Torquemada, Boturini y Clavijero; a este último es

¹⁶ Menéndez y Pelayo, Marcelino. Citado por Agüeros. *Op. cit.*, p. 11.

¹⁷ Caro, Miguel Antonio. Citado por Agüeros. *Op. cit.*, p. ix.



al que sigue más de cerca, casi textualmente. El autor quiso propagar su gran afición por la historia patria, en especial la antigua, a la que calificó de “mina” casi inexplorada, y que recomendó como venero constante para la temática de una literatura verdaderamente nacional, como después lo haría Altamirano. La devoción de Roa Bárcena por los temas históricos forma parte de su personalidad literaria. Estaba convencido de que el auténtico patriotismo se derivaba del conocimiento de nuestro pasado, y que el juicio sobre el presente sólo podía ser exacto en cuanto tuviese su apoyo en las raíces primeras de nuestra nacionalidad y nuestra cultura.

La revaloración histórica y el poner de moda un tema casi original eran los medios para lograr su ideal propuesto: dar a la poesía un sello propio e inconfundible, que la diferenciara de la extranjera, y que éste fuera emblema de un nacionalismo, orgullo para los mexicanos. Tal era la intención de Roa Bárcena condensada en el prólogo de las citadas leyendas.

Las más comentadas han sido “Xóchitl” y “La princesa Papantzin”; la primera relata la conocida historia del descubrimiento del pulque y los estragos que su abuso causó en la tribu, hasta llevarla a la completa destrucción. Está hecha con fluidez que interrumpe a menudo —característica romántica— con sutiles apreciaciones personales. Un ejemplo de esta observación lo encontramos cuando el poeta enternecido comenta con pena la suerte de la gentil doncella ante el depravado rey:

*¿Qué será del lirio ufano
si la tempestad asoma?*

*¿Qué va a ser de la paloma
en las garras del milano?*

Si bien los conocimientos de Roa Bárcena en materia histórica eran amplios, y era noble también su propósito de revivir un pretérito que juzgaba glorioso, no supo dar a sus personajes, a pesar de lo correcto de su atuendo exterior, el verdadero carácter. Por ello es que a Menéndez y Pelayo le pareció poco humano este género poético. Por otra parte, Roa Bárcena estuvo muy distante de la idiosincracia indígena, y hace discurrir a la reina Xóchitl con una mentalidad que podría parecer moderna:

*Harto en mí castiga el cielo
lo que al amor paternal
pagué en abandono y duelo
cuando apartarme su anbelo
fue del sendero del mal.*

No obstante lo cual, el fondo de la acción está bien logrado, y, como en "El casamiento de Netzahualcóyotl", los toques casi naturalistas hacen más espeluznante la escena en que Matlalcihuatzin llega a Chalco a rescatar a los prisioneros mexicanos y los encuentra ya muertos:

*Sus cadáveres salados
bilerá formando fijos
contra el muro, y en la diestra
teniendo rajas de pino*

*encendidas, con que alumbran
sus propios semblantes lívidos,
las descompuestas facciones,
los ojos como de vidrio.*

Mas adelante agrega, al describir la posición de los sacrificados:

*Los inanimados cuerpos
perdieron el equilibrio
y unos con otros chocando
en movimiento continuo,
las yertas manos parecen
darse en ademán de amigos,
y a su verdugo encararse
con ceño provocativo.*

En "La princesa Papantzin" describe las ceremonias funerarias entre los aztecas, sus ritos y ofrendas. Roa Bárcena es aquí un investigador costumbrista minucioso y esmerado:

*Al dejar el cadáver allí, mojan
con agua del estanque su cabeza,
en ícpalli lo sientan y le ponen
a los lados vasijas de agua llenas,
copia de comestibles, un techichi
que acompañe en sus viajes a la muerta,
y dibujados signos misteriosos
que la habrán de allanar todas las sendas.*

Es también solemne la narración del sueño agorero de la princesa al volver del letargo, que impresiona a todos los presentes, incluso a Moctezuma II, quien vivió desde entonces temeroso y pendiente de las señales sobrenaturales que iban a avisar, como en la profecía, los sucesos extraordinarios que a poco vendrían.

“La esclavitud y emancipación de los aztecas en Colhuacan” narra un episodio que demuestra el sanguinario y belicoso espíritu de las tribus primitivas. Las tres leyendas restantes, “Emigración de los aztecas hacia el Anáhuac”, “División de los aztecas durante su peregrinación” y “Fundación de México”, son más cortas y no se apartan del plan trazado por el autor de hacer historia de la esperanzada marcha de los aztecas en busca de los signos propicios, y de la fundación de la gran Tenochtitlán.

Las leyendas indígenas podrán gustar o no, pero tienen el inestimable mérito de haber abierto un sendero novedoso, apartándose de lo trillado; esta búsqueda por encontrar lo autóctono y lo pintoresco en una época en que casi todos los escritores vivían pendientes de Europa, despreciando lo propio, le reserva un ameritado sitio a Roa Bárcena, aun cuando no haya realizado el monumento perenne que pretendió levantar.

El otro grupo de leyendas está constituido por una gran variedad de temas y estilos.

“Ithamar” es un relato que tiene su apoyo en un argumento bíblico, y en ella sigue el molde de Arango y Escandón, quien, a su vez, lo tomó de Fray Luis de León. En su ascensión por este terreno, Roa Bárcena no llega a las regiones adonde sus modelos se colocaron.

“Ithamar” es el héroe del pueblo hebreo en la cautividad de Babilonia. El amor de Epha, hermosa asiria; la depravación de Baltazar; las cabalísticas palabras del festín; y por último, la huída de los dos enamorados y la liberación de la tribu, todo esto es el tema que desarrolló el poeta en armoniosos versos. Con este poema se lanzó Roa Bárcena a campos de su especial predilección.

Tres años después, en 1851, escribió la leyenda “Diana”, dedicada a su hermano Rafael, y que Ipandro Acaico la llama hija predilecta del autor, porque éste hizo una edición especial de unos cuantos ejemplares, años más tarde. No se puede afirmar qué grado de verosimilitud contiene la leyenda. Se trata más bien de un producto de la imaginación, no obstante que el poeta dice en la tercera parte:

*Tiene este libro que de noche y día,
lejos del mundo, en acabar me empeño,
mucho de realidad, poco de sueño.*

La musa de este poema, de la que poco se sabe, fue el gran amor del joven José María. El fuego y la vehemencia que pone al cantar a esta mujer, no los volvió a utilizar ni cuando ensalza a su muy amada esposa. El recuerdo de aquel amor frustrado es una idea persistente en toda su obra; y que su fantasía se encarga de adornar. Es la ofrenda póstuma del poeta a su amada.

La trama de esta leyenda la forman unos amores interrumpidos por los maquiavélicos planes de un tercer en discordia. Diana y Carlos se aman, pero Alvarez logra

introducir la cizaña y desbaratar el tierno idilio. Carlos se refugia en los libros, lejos de la sociedad; ella enloquece por un tiempo y luego profesa en un convento. El culpable recibe su merecido castigo.

Tiene más la traza de una novela en verso que la de una leyenda. El desarrollo y desenlace del conflicto, y la forma como están presentados y observados los protagonistas, hacen que "Diana" tenga, además, un valor dramático, superior al lírico, con lo cual se asemeja a la modalidad cultivada por Zorrilla. En el capítulo tercero adopta un estilo dialogado y una estructura teatral que recuerdan a las comedias alarconianas de enredo. Hay una escena en un baile de disfraces, preparado por Alvarez, en que éste, para confundir a Diana y encelar a Carlos, usa el mismo disfraz que su rival. Más adelante, en la discusión entre los galanes, surge un diálogo bastante ágil y natural:

*Hablemos en pura prosa,
porque os lo diré, don Carlos,
lo novelesco me choca.
Farsas de capa y espada
puso en la española escena
el buen Calderón en boga,
pero Calderón ha muerto,
Dios lo tenga allá en su gloria.*

El dibujo de la persona de Alvarez es el de un tipo antipático y por todos conceptos repugnante. La intención del autor, al descargar en él todos los defectos, tiene una finalidad: Alvarez, quien lleva "por ley el oro y por pa-

tria la barriga”, simboliza al prototipo del liberal, y así pone en labios del pelele la que, a juicio del poeta, era la norma de sus enemigos políticos:

*¡Libertad! ¡Igualdad!, también yo un día
estas palabras al indocto vulgo
frenético tribuno repetía,
y soberano al pueblo proclamaba;
mi pie sobre sus hombros caminaba;
mas cuando a la anhelada cumbre arribo,
el escalón que me sirvió, derribo.*

En cambio, los demás personajes son agradables, aunque de conducta inverosímil, o lo que viene a ser lo mismo en este caso, romántica. Ella, no obstante querer a un hombre, se encierra en un claustro; él, perdidamente enamorado, obedece más al violento impulso de los celos que a su cariño.

La leyenda está dividida en tres partes, a través de las cuales se desenvuelve la acción. El panorama campesino de la primera proporciona a Roa Bárcena la oportunidad de explayarse en descripciones de la naturaleza; luego, el claustro severo, y por último, el trágico fin de Alvarez, que huyendo de la venganza de Carlos, perece en una noche tempestuosa en la agreste montaña. Pasaje de gran fuerza y emotividad que trae a la mente al “Don Alvaro” del duque de Rivas. El drama se dulcifica con la calma espiritual que el infortunado galán encuentra en la confianza en Dios.

En “Diana” abundan también los arranques líricos. Sus versos están saturados de sentimientos y arrebatos de

una pasión desbordante que el destino frena. El ritmo y la rima no desmerecen al lado de la producción romántica de entonces.

“La cuesta del muerto” es otra de sus leyendas más conocidas. Tiene su origen en un suceso ocurrido durante el siglo XVIII, es decir, en plena época virreinal. Roa Bárcena altera un tanto los nombres, fechas y lugares. Esto último lo aprovecha para hacer un panegírico de su solar natal, al que siempre estuvo ligado con indeleble recuerdo de gratitud y afecto.

Sigue aquí también la pauta de los romances de don Angel de Saavedra y las leyendas de Zorrilla y Bécquer; si difiere de los clásicos patronos hispanos es sólo por el ambiente distinto en que la tragedia se desarrolla. En el caso de “La cuesta del muerto” el escenario es el valle de Jalapa, el cual está descrito pormenorizadamente en el canto primero, como en el camino de la capital veracruzana a Coatepec, en que “el poeta parece que no quisiera olvidarse de nada: vergeles, montañas, arroyos, calles, caserío.”¹⁸ Con igual colorido describe las procesiones de la fiesta del Corpus que se efectuaban en esos pueblos, y que, en virtud de las leyes reformistas, quedaron suprimidas en los días que el autor escribía la leyenda. Nostálgicamente hace un recuerdo de la tranquilidad religiosa de épocas pasadas:

*¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado
teneros en lugar de los presentes!*

¹⁸ Millán, María del Carmen. El paisaje en la poesía mexicana, p. 135.

Hay también una censura a Carlos III de España y a su política; a las “máximas impías” que transpusieron los Pirineos para sembrar el odio y la destrucción. Montes de Oca se asombra de que un entusiasta monarquista como Roa Bárcena, se expresara con tanta ligereza del rey; pero es que el poeta, antes que ser buen súbdito era buen católico, como tuvo oportunidad de demostrarlo prácticamente en los años posteriores. Por ello no podía estar de acuerdo con la tendencia liberal del Borbón.

Como en “La cueva de la mora” del poeta sevillano, “La cuesta del muerto” envuelta en una atmósfera de misterio que despierta la curiosidad del viajero por indagar la verdad de los extraños rumores que corren de boca en boca. Por fin, logra obtener la relación de los sucesos de labios de un temeroso pastor que en un principio se resiste con pánico a mencionar siquiera el crimen y cruzar por el lugar siniestro.

Toman parte en la historia, don Lope, rico hacendado español, su esposa Inés, y los dos amantes de ésta. La figura femenina es un monstruo de maldad que concibe un pérfido ardid para inducir a Francisco, uno de sus amores ilícitos, a matar a don Lope y tirar su cadáver a una barranca. Después de consumado el crimen, la mujer sujeta mañosamente el saco en donde está el cadáver a las ropas del asesino, el cual, al tratar de arrojarlo, se precipita al abismo. Cuando Inés cree que todos los obstáculos quedan salvados y se dispone a escapar con Román, el otro amante, es descubierto el delito y éste se niega a seguirla. Es acusada y condenada a la horca, y Román, víctima de los remordimientos, se retira a un

convento a expiar su falta, en donde muere en olor de santidad. Hay pues un desenlace de tipo romántico cristiano.

En el capítulo octavo hace un dibujo del ambiente patético y da idea de la noche monótona en que se comete el crimen:

*Mueren las fogatas,
cesa todo estruendo,
reina oscura noche
en el firmamento;
con ella en la tierra
su hermano el silencio,
que sólo interrumpen
en el llano extenso
a veces con ronco
ladrido los perros.*

Introduce al lector, con tonos de realismo descarnado, a la cámara fúnebre en donde yace el cuerpo de don Lope:

*Tibio en el blando lecho está el cadáver,
descompuesta la faz, y amoratada,
fijos, al parecer, los turbios ojos,
en el labrado techo de la estancia;
en los cárdenos labios contraídos,
como algodón cardado, espuma blanca;
en el desorden las ropas y colgando
el diestro brazo fuera de la cama.*

*En el lugar del corazón, rojizas
gotas de sangre la camisa manchan
frescas aún, del ignorado crimen
de Francisco e Inés, único rastro.*

El espectáculo es cada vez más siniestro y añade imprecaciones, ayes y adjetivos que dan el tono preciso al momento y al lugar:

*¡Noche de horror! Mientras retumba el trueno
y horrible huracán bate sus alas
del Septentrión al Sur, tu fin anuncia
el gallo vigilante con voz clara;
mas permanece el mundo envuelto en sombras
hasta que en Oriente asome el alba
y entre tanto, los genios infernales
siguen urdiendo crímenes sin tasa.*

La pasión de Inés y Francisco está dicha con frases cortas y fuertes, en que se retrata a la perjuradora poniendo a prueba la palabra de su amante.

“La cuesta del muerto” es, a juicio del propio autor, la mejor lograda y la más redondeada de las leyendas. Va acelerando la acción hasta llegar al clímax, que sostiene en gradual descenso. Hay una técnica acertada, pero el estilo poético es desigual.

Dentro de esta clasificación bien puede incluirse “El canto del ave del paraíso”, tomado de la obra de Schubert *Lo antiguo y lo moderno*. El monje Alfeo, que dudaba de los gozos de la eternidad, pasa un siglo entero escuchando absorto el cantar del ruiseñor. El tema es muy conocido

y ha dado origen al dicho popular “le cantó al pajarito de la gloria”.

No deja pasar el momento propicio para quejas y reproches y comienza con estas palabras:

*¡Augusta antigüedad! ¡Serenos días
en que su acento la impiedad no alzaba!*

Conviene mencionar en este grupo su poema “Vasco Núñez de Balboa”, de marcado sabor épico, escrito en 1877 y dedicado a su esposa doña Remigia. En él relata la aventura del capitán español que avistó el Pacífico por vez primera, y que pagó con su vida la osadía y temeridad que lo llevaron a realizar tal hazaña. El poema es de métrica variada y de tono grandilocuente:

*¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo.
¡Siglo a la España de Isabel propicio!
Si triunfante la Cruz allá en Granada,
el ibero no cabe en sus dominios.*

Aquí, como en casi toda la obra, se descubre al versificador de fácil dicción, de elegancia y pulcritud en el hablar, pero falto de la chispa del genio que ha hecho inmortales a otros poetas, aun con menos cualidades.

POESÍA LÍRICA. El segundo grupo de la creación poética de Roa Bárcena, lo constituyen distintos tipos de poesías. Fue el medio que usó el autor, desde sus primeros balbuceos románticones hasta los pulidos versos académicos, para la expresión de sus sentimientos patrióticos, de su

acendrada religiosidad, de sus delirios amorosos y fue también la respuesta a muchas otras circunstancias de su vida.

a) En las poesías de inspiración patria, existe un manifiesto influjo de Manzoni y de los neoclásicos Arriaza, Quintana y Gallego; en especial se advierte en las escritas a raíz de la infausta guerra del 47. En "Veracruz" lanza gritos de indignación contra los invasores o se queja dolorosamente en su sentimiento herido:

*¡Veracruz! ¡Veracruz!, tal vez ahora,
tus guerreros sin vida,
te contempla la hueste asoladora
suya, mas no rendida.
Nos dicen que tus hijos son dechado
de valor y constancia;
que, sangrienta y destruída,
has imitado las glorias de Numancia.*

En octavas italianas que llevan como epigrafe frases de "El dos de mayo" de Arriaza, llora la muerte de sus paisanos y amigos Alcalde y García, fusilados por los yanquis, y en ella invita a unirse al duelo nacional. En medio del dolor, hay la altivez del vencido con honor:

*Verted llanto, vertedlo, ciudadanos,
en derredor del tímulo sangriento:
el invasor con depravado intento
a ellos la palma del martillo dio.
A nosotros las lágrimas nos quedan;*

*a ellos les queda en galardón su gloria;
a nosotros impresa en la memoria
la sangre que el patíbulo regó.*

Al final, cambia el tono heroico por el de una resignada plegaria con resabios horacianos:

*Mas de la tumba a asillas
tiende hacia ti sus manos:
Baja, Señor, a asillas,
no sean sus ruegos vanos;
de eternidad condúcela
por el ignoto mar.*

A través del prisma con que Roa Bárcena contempla la historia y sus protagonistas, Iturbide resulta un héroe de proporciones gigantescas, libertador de México y único capaz de realizar la obra de emancipación. Bajo su sombra, quedan opacados los insurgentes de Dolores, y las figuras de Hidalgo y Morelos se ven relegadas a un segundo plano. Osollo, el joven caudillo de la causa conservadora durante la década del 50, es un moderno cruzado, digno de los más altos elogios, y se apresta a enaltecer su memoria en una elegía casi calcada de la que Manzoni elevó a la muerte de Napoleón I. ¡Tan grande así veían los ojos de Roa Bárcena al jefe militar conservador!

“El himno a la Independencia”, escrito en el año de 1863, está alentado por un espíritu de pacificación muy propio del autor:

*Si en lid gloriosa
vencerla queremos,*

*la diestra nos demos
en signo de paz.*

En la composición leída en el banquete ofrecida a don José Zorrilla, Roa Bárcena proclama el ferviente hispanismo que nunca amenguó su sentimiento patriótico. Pide que, una vez liquidados los odios, México y España se estrechen en fraternal abrazo.

Entre las poesías de este tipo, hay una que le valió muy grandes elogios, a la par que enconados reproches. Es la "Oda en la inauguración del segundo imperio", pronunciada en la festividad del arribo de Maximiliano a México. Está descrita en sonoros y majestuosos versos, y aun sus enemigos políticos le concedieron gran calidad y prestancia. Es una apología al linaje de los Hapsburgos. Maximiliano, descendiente de Carlos V, resulta equiparado en grandeza y audacia a las figuras más destacadas de nuestra historia, pues lo ve llegar con:

*la ciencia y honda fe del Almirante,
la decisión del vencedor de Otumba,
la sed de gloria de Isabel primera,
y el ánimo sereno
de Cuauhtémoc, de que asombro lleno,
su triunfal adversario fue testigo,
en concierto feliz vienen contigo.*

Frías y Soto, refiriéndose a esta oda, asentó: "Qué versos tan hermosos escribió entonces el señor Roa Bárcena, y qué bien dibujó en ellos las aspiraciones de su alma

fascinada y los delirios de su partido, embriagado por el triunfo que nunca creyó alcanzar.”¹⁹

Estaba muy lejos el autor de sospechar que después del vano oropel, iba a sobrevenir un desconsolador desenlace. Años más tarde, al publicarla en la edición de 1888, expresó en el prólogo, a propósito de la oda al emperador, que se tomara: “Como una estampa fotográfica del espejismo político”, como “documento auténtico de lo que las ranas del estanque mexicano esperábamos y nos prometimos del adventicio régimen.” Y así, la oda imperial perdura unida a su innegable valor literario.

Poco después, cuando la bruma política se hubo despejado, y a considerable distancia del acontecimiento cantado en la oda, Roa Bárcena pulsó la lira elegíaca para narrar el drama de Querétaro. En acto de contricción dice con tono desolado, reconociendo el propio error y el de su partido:

*¡Lección dura y sangrienta
a quien las riendas del gobierno empuña
sin alto don de imperio!
A todo pueblo iluso
que, viéndose a la orilla del abismo,
vigor de salvación no balló en sí mismo
y en otros pueblos su esperanza puso.*

“La noche de Querétaro” es, tal vez, la mejor de este género, por la perfección de la forma, la corrección

¹⁹ Frías y Soto, Hilarión. Citado por Montes de Oca. *Op. cit.*, p. 79.

del estilo, la sencilla elegancia y el aliento patético, y solemne que sostiene durante todo el poema:

*¡Silencio grave, oscuridad sin astros
y tristeza y horror! Mi fantasía,
de vasto monasterio el negro domo
ve dibujarse en la tiniebla fría.*

b) El sentimiento religioso fue, por mucho tiempo, uno de los temas preferidos por la inspiración de este poeta, profundamente creyente y litúrgico. De estas poesías, unas son meros cánticos y oraciones y en las que abundan los motivos marianos. En 1856 publicó "Flores de mayo o el mes de María", que a juicio de Ipandro Acaico, más parecen haber sido escritas por un clérigo que por un seglar. El periódico "La Sociedad" anunciaba su venta, y publicaba una reseña del libro. "Contiene esta obra en compendio, la historia de la Santísima Virgen y la explicación de los principales títulos con que la Iglesia la honra. Está dividida en meditaciones, oraciones y poesía o cántico, correspondientes a cada uno de los días del mes. Lleva además una instrucción explicatoria del origen y propagación de estos ejercicios piadosos, y un himno para los niños que ofrecen el día primero de junio los corazones de los devotos de María."

Roa Bárcena tenía ilimitada devoción a la Virgen y le canta en diferentes advocaciones: la Inmaculada Concepción, la Anunciación. La primera, escrita con motivo de la celebración del dogma en 1855, está impregnada de dulzura y fervor; sus versos destilan una sincera piedad y una elevación de espíritu que es elogio y es plegaria:

*A quien te consagró cariño tanto
para premiar su fervoroso anhelo,
allá en tu corte lo recibe un día.
¡Ay!, sálvanos a todos, Madre mía.*

Las Sagradas Escrituras fueron su libro de cabecera, y en ellas abrevó la inspiración de gran parte de su obra. De ahí extrajo ciertos acentos líricos, y en sus versos hay una lejana reminiscencia de la grandiosidad bíblica. Del Antiguo Testamento toma los personajes que más le interesan: Adán, Eva, Job. Este último está presente en muchas de sus obras, y no se exageraría si se dijese que en su propia conducta. Desde el punto de vista literario es el lírico que frena la corriente de sus arranques sentimentales.

Con igual o mayor interés sigue los Evangelios. Pasajes de la vida de Cristo están versificados: "La nave de San Pedro", "La resurrección de la hija de Jairo", "Parábola del Sembrador" y "La Pasión de Jesús".

Pero Roa Bárcena no sólo compuso versos y cánticos de iglesia, también tuvo arrobamientos místicos que lo hacían desligarse de sus cotidianas preocupaciones. En "La Ascensión del Señor" expresa sus anhelos de felicidad eterna:

*¡Oh, si el alma pudiera, desatando
las fuertes ligaduras
con que la tierra tú nos aprisionas,
seguirte en vuelo blando
del alto cielo a las regiones puras.*

Repasa los puntos claves de la filosofía cristiana: la

superfluidad de la vida terrena; el valle de lágrimas; la verdadera patria celestial. La “cárcel del alma” de la doctora de Avila halla eco en “El pensamiento de Dios”:

*No siempre dócil y sumisa esclava,
ha de besar el alma las cadenas.*

Repite el *vanitas vanitatum* del Eclesiastés, y como Calderón, se pregunta:

*¿Qué es la existencia humana? Un breve día
astro que apenas luce y ya se pone;
ave que cruza la extensión del cielo.*

En “La vida en la muerte”, escrita en 1856, antes de sobrevenir la época de infortunio, parafrasea al dramaturgo español:

*Hallo que la vida es sueño
y que el alma es inmortal.*

Tiene el poeta la incesante preocupación del más allá, del juicio supremo y de la salvación del alma. Por ello, su poesía es una continua oración, una súplica al Todopoderoso por la tranquilidad de la patria, del mundo entero, y por una verdadera fraternidad presidida por la caridad y el orden cristianos. Se siente un guardián de la fe. En “La unidad religiosa” vela por su conservación:

*No permitas, Señor, que en los altares
donde te dieron culto mis abuelos
vengan extraños dioses a erigirse...*

Sobre estas ideas insiste en “Fieras y mártires”, “Evolución posible” y “El Miserere”, escritas cuarenta años después de la invasión norteamericana, cuando todavía presente el peligro de la introducción y arraigo de nuevas doctrinas:

*Sal de tu ceguedad, mundo latino,
y cambia ya de espíritu y de porte . . .
El que proscribe hoy sagrado sino
séquito y base firme halla en el Norte.*

Mientras el Positivismo tomaba carta de naturaleza en México, y era el común denominador en las aulas universitarias y en los círculos artísticos e intelectuales, la fe de Roa Bárcena permanecía incólume, y su voz se levantaba pregonando la futilidad de una ciencia que todo pretendía explicar en vano intento, ante los designios sobrenaturales.

En la edición hecha en 1888 aparecieron las poesías “Al Sumo Pontífice León XIII”, “Las honras de un obispo”, “Los Santos Inocentes”, “*Charitas*”, “La oveja y las zarzas”, “El triunfo de la Cruz” y otras ya nombradas, en las cuales, como se dijo al empezar el capítulo, se nota el camino seguido por el autor a través del arte.

c) Las poesías eróticas de Roa Bárcena parecen logradas en un mismo molde sentimental, frecuentemente almidonado, que reflejan el ímpetu de un poeta profundamente influido por la moda literaria de mediados del siglo pasado. Si bien los arranques iniciales fueron amainando al transcurso de los años, la temática permaneció siempre la

misma en todas las épocas: el joven que sale del hogar, lleno de ilusiones y ávido de triunfos, y a su regreso halla la tumba de los seres queridos: los padres, la novia. ¿No era, en efecto, José María Roa Bárcena el viajero que un día abandonó parientes y solar nativo en busca de la gloria y que después, vapuleado por los golpes de la vida, volvía a recordar los ayeres venturosos de la infancia en la casa paterna?

Esta idea, que parece obsesiva, se encuentra ya en sus primeras poesías, aun antes de salir de Jalapa. Hay una aparente visión profética de su propia vida en "Memorias de un peregrino", "Ultimo día del año", "La partida y la vuelta", "Idilio" y la mayor parte de sus poemas primerizos.

En "Silvia" se transluce la silueta borrosa de la amada cuya desaparición produjo tan fuerte impacto en el alma del joven Jose Maria. Esa imagen se prodiga en sus poesías con mayor o menor fuerza, y, como en "Diana", se oculta tras la apariencia de una flor:

*Bella y cándida flor,
cuando a tu influjo
debo mi bienestar ¿no he de cantarte?
¿No he de decir tu nombre? yo lo guardo
como el ave al polluelo, cuando brama
la tempestad estremeciendo el polo:
quien te venera y ama
tu dulce nombre ha de saber él solo.*

El peregrino, la flor y la palma son tres constantes en la obra poética de Roa Bárcena. La primera parece

identificarse con la idea del último tránsito terreno. La segunda pretende simbolizar el amor y la virtud. La tercera, la paz espiritual. Estas dos últimas pueden interpretarse también como la íntima comunión entre la naturaleza y el alma del poeta. La exuberante flora veracruzana, marco de sus correrías y aventuras juveniles, las montañas, el cielo, los ríos, el paisaje todo, que permanece indeleblemente grabado en la retina del artista, luego aparece proyectado en la obra.

d) Las poesías descriptivas tienen el mérito del colorido y del detalle. El afecto al terruño queda expresado en la fiel pintura de lugares y climas añorados: "Yo canto la frescura de los nativos campos . . ." En "La tierra natal" llama a Jalapa "copo de nieve, nido de palomas." Del género descriptivo son también "El mar", "Amecameca", "Las aguas del Valle de México", en que la grandiosidad de los volcanes le impresiona, son todas de su producción madura. Un ejemplo es la siguiente cita tomada de "Amecameca":

*Magnífico se extiende
bajo el cielo azul, ópalo y oro
que el águila al subir triunfante hiende,
súrcanla rayos de rumor sonoro
y con su brisa matinal ondean
sus milpas y trigales:
ánades y nenúfares albean
orillas de sus presas y canales.*

El paisaje invernal lo deprimía profundamente como lo confiesa en algunos poemas, o, en ocasiones, en la pin-

tura de un ambiente preñado de tristeza revela su pesadumbre interior. También parece prever su larga vida y soledad postrera, cuando dice en "El mar":

*... y tú los oyes, y tú les nombras,
y ellos pasaron cual leves sombras,
y ellos no existen, yo existo aún.*

e) Entre las poesías que obedecen a circunstancias diversas, figuran las dedicadas a los artistas Franz Coenen y Ernesto Lubeck, y a la cantante alemana Enriqueta Sotang, muerta en México por el año de 1854, que demuestran el gusto del poeta por los espectáculos musicales refinados. También dejó un crecido número de poesías pronunciadas en banquetes, en la celebración de acontecimientos notables, como la inauguración del Ferrocarril a San Angel, en la distribución de premios en el Colegio de Minería, y muchas otras más.

En la "Epístola familiar", escrita con el fin de complacer a su sobrina Paz, cuenta cómo las musas no van de acuerdo con la profesión de periodista que ha seguido. De tan sencilla la poesía resulta a veces pedestre:

*Esto lo han dicho todos desde Homero,
esto de puro rancio nos apesta,
si yo lo repitiera me dirías
burlándote de mí: frescos estamos.*

Sigue con un tono festivo, casi extraño su inspiración:

Cuando en expiación de mis pecados

*la carrera que sigo
tuve a bien abrazar, con algazara
buyen todas (las musas) sin volver la cara
y sin poder seguirles yo la pista,
halléme abandonado de repente
contemplando de frente
el rostro avinagrado del cajista.*

Diferente a los lineamientos generales de su obra poética, es también "La bata de Martín", sátira zumbona en contra de los reformistas. La hija de Martín le confecciona una bata y como resulta holgada, opinan que es mejor recortarla, lo cual hacen la madre, la hija y un sastre, sin ponerse previamente de acuerdo en las medidas. El día del estreno ven con asombro que le queda más corta que una camisa. El colofón explica la intención del autor:

*Y si, lector, vieres
de tan raro suceso,
has de advertir en averiado el seso
que la madre, la hija y el buen sastre,
de reflexión escasa
de pronto obrar y de tijeras listas,
imagen son, al recortar sin tasa,
de nuestros liberales reformistas.*

Aislada dentro del grupo de poesías líricas, aparece "La danza de los indios", en que mezcla la plegaria con observaciones costumbristas. Un grupo de indígenas se reúne en la Basílica de Guadalupe:

*Oscuro su semblante,
sus manos y su cuello,
ingrato su talante,
lacio y tosco el cabello;
nunca en sus labios cárdenos
la risa se mostró.*

La semejanza física y psicológica del indio del altiplano es casi perfecta. Pero el enamorado del legendario pasado de la raza de bronce, estaba bien distante de penetrar en el arcano de la mentalidad indígena.

La poesía de Roa Bárcena —como la de sus contemporáneos— oscila entre las dos tendencias predominantes: romanticismo y clasicismo. La primera campea durante la deshilvanada producción de su juventud; la segunda en su madurez y da un resultado más elaborado. No obstante, los resabios románticos perduraron en algunos de sus temas o en furtivos ayes que el desengaño arrancó a la lira del poeta.

Sigue muy de cerca los pasos de Zorrilla, tanto en su poesía lírica como en sus leyendas —“La cuesta del muerto”, “Diana”— y en los cánticos religiosos, aunque haya pretendido, además, imitar a los místicos españoles y a sus compañeros Pesado, Carpio y Segura.

Para los poemas épicos recurrió a los neoclásicos que en España clamaron contra la invasión napoleónica; igual que ellos Roa Bárcena se enfurece ante el intruso y canta a la patria dolorida y desgarrada.

Virgilio veló los últimos aleteos de su numen, que ya sereno produjo mejores y acabadas obras.

Por todo ello, Roa Bárcena ocupó un modesto sitio en la galería de poetas de su época pero no le reservó el triunfo de la inmortalidad literaria.

Descúbrese en su poesía el esfuerzo de superación, su constancia y tenacidad en la búsqueda del ideal estético. A él se debe un impulso por crear una poesía fincada en la tradición y en la historia patria. Fue éste su máxima aportación a la obra poética nacional.

CAPÍTULO CUARTO

CUENTOS Y NOVELAS

LOS ORÍGENES del cuento y la novela —manifestaciones literarias similares— se remontan a la prehistoria. El sencillo y primitivo apólogo oriental, fue la semilla de este género que, cultivado en casi todos los países y a través de todos los tiempos, ha ido obteniendo fisonomía propia e inconfundible. Menéndez y Pelayo, que ha estudiado a fondo este problema, se expresa en los siguientes términos: "Género tan antiguo como la imaginación humana es el relato de casos fabulosos, ya para recrear con su mera exposición, ya para sacar de ellos alguna saludable enseñanza. La parábola, el apólogo, la fábula y otras maneras del símbolo didáctico son narraciones más o menos sencillas y gérmenes del cuento, que tiene siempre en sus más remotos orígenes, algún carácter mítico y trascendental, aunque este sentido va perdiéndose con el transcurso de los tiempos y quedando la envoltura poética."²⁰

El pueblo egipcio, mucho antes de la era actual, ya gustaba de grabar en papiros lo que la fantasía le dictaba. Posteriormente, los hindúes, árabes y persas, poseedores

²⁰ Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Orígenes de la novela*, p. 9.

de una desbordante imaginación y de una filosofía a la vez mística y sensual, dejaron su huella en fábulas y leyendas que pasaron alteradas, ya en su fondo moral, ya en la forma de expresión a otras culturas. Versiones de *Las mil y una noches*, del *Calila et Dimna*, del *Barlaam*, del *Sendebâr* y otras, circularon en Europa, traducidas a varios idiomas. A España llegaron entre legajos antiguos de conventos y, más que todo, con la invasión arábiga. Allí, estas versiones inspiraron a don Juan Manuel y a otros cuentistas medievales, que fueron receptáculo de la no escasa herencia latina, y la dejada en califatos y mezquitas; ellos sirvieron de lazo de unión entre el legendario mundo pagano y el moderno renacentista.

En Hispanoamérica el cuento y la novela no alcanzaron mayoría de edad sino hasta el siglo xix. No hay duda de que, así como en las culturas occidentales, en la nuestra precolombiana estuvo también latente el germen que floreció algunas veces bajo formas simples y rudimentarias. Angel M. Garibay en su *Historia de la literatura náhuatl*, da como cierta la existencia del incipiente género en los anales y códices indígenas que hablan de hazañas de reyes y héroes. De estos ejemplos, pocos se conservan, a no ser por los rumores y relaciones que recogieron misioneros y conquistadores y que, más tarde, usaron en sus crónicas. Mezclados muchas veces con elementos hispánicos, aparecen leyendas y traducciones que forman el acervo novelesco de una época casi inexplorada de la literatura mexicana.

Los tres siglos de vida virreinal fueron parcos en el

cultivo de cuentos y novelas. Muchas razones se conjugan para explicar este hecho aparentemente paradójico, de una Metrópoli de intensa y fulgurante vida literaria y de la colonia novohispánica, la más rica entre todas, en la cual la imaginación no hace correr las plumas. Y es que en estas latitudes lo legendario mueve al hombre de acción, al descubridor, al misionero o al apóstol, y más que escribirse, se vive. Por otra parte, el nacimiento de una sociedad nueva, el intenso período de destrucción y reconstrucción, no dan pie para que el hombre de fantasía translade al papel su rico contenido. La historiografía y la crónicas son profusas y en ellas se advierte, a menudo, el vuelo imaginario del autor. Tal acontece, por ejemplo, en los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, aventurero prodigioso; y en las leyendas que hicieron soñar en la realidad nunca encontrada de El Dorado, la fabulosa Cíbola y las siete ciudades de oro, buscadas todavía al mediar el siglo xviii por los acompañantes de fray Junípero Serra.

No quiere decir esto, sin embargo, que la vida virreinal novohispánica hubiese estado ayuna de narraciones en forma de cuentos o novelas que retratasen el sentir y pensar de los hombres de la época. Una acuciosa investigación de esa parte de nuestro pasado revelaría, sin duda, muchos descubrimientos para aumentar la exigua lista de obras y autores conocidos.

Hay acuerdo unánime entre los críticos en el sentido de afirmar que el primer ejemplar maduro del género en cuestión es *El Periquillo Sarniento* del Pensador Mexicano,

que constituye un síntoma, asimismo, de la madurez alcanzada por la sociedad colonial próxima a romper el cordón que la unía con la madre patria.

José Joaquín Fernández de Lizardi es el primero en escribir novela en la extensión del vocablo. Su Periquillo nació adulto, como asegura un crítico, y tiene, además, el mérito de haber abierto brecha, de pintar el ambiente y de expresar el sentir popular a través de su célebre personaje. Trátase de reflejo tardío del pícaro español, a opinión de algunos, o de producto meramente nacional —símbolo de una raza nueva ya formada— el hecho es que Pedro Sarmiento irrumpió en las letras con una fuerza y una vitalidad inauditas, que han dado a Lizardi el justo título de iniciador de la novela mexicana.

Después vinieron Rodríguez Galván, Florencio M. del Castillo, Juan Díaz Covarrubias, Payno, Orozco y Berra y otros más que, contagiados por la moda romántica legada a playas mexicanas, escribieron folletines al estilo de Dumas o Sué, y novelones aderezados con ayes y lamentaciones. Los destellos chispeantes brillaron de nuevo en *La linterna mágica* de Facundo.

A pesar de las guerras y discordias presentes a través de gran parte de la centuria pasada, la pluma de los novelistas pocas veces estuvo ociosa y las más de ellas manifestó gran brío; pero la misma premura con que se escribía y el sistema de publicaciones por entregas, impidió a los autores madurar y pulir sus obras.

Tal era la situación literaria de mediados del siglo IX, cuando los periódicos veracruzanos dieron a conocer

las primicias de un joven escritor de aquellas tierras. La aparición de Roa Bárcena en el género al que se ha hecho alusión en esta parte del trabajo, fue saludada posteriormente por sus contertulios y lectores de "La Cruz" y demás periódicos en que aparecieron sus colaboraciones, cuando don Jose María se trasladó a la capital de la república.

Cultivó la novela, la novela corta y el cuento. En las primeras siguió los modelos en boga, con las inquietudes y los partidanismos propios del tiempo. Su nombre fue uno más en la lista de noveladores, sin otra trascendencia que la de aumentar, en número, el acopio novelístico del siglo.

Si la novela poco o nada tiene que agradecerle, el cuento, por el contrario, recibe con Roa Bárcena una orientación definida que dirigió sus aún vacilantes pasos por tierra mexicana.

El camino del cuento había sido poco transitado; los pocos que se aventuraban, hacían, más bien, bocetos de novelas o cuadros costumbristas que llenaban el breve espacio de un artículo periodístico; Rodríguez Galván y Díaz Covarrubias sostenían en sus cuentos la misma tónica sentimental de sus relatos largos, tónica que más tarde mantuvieron, aunque ya moderada, Altamirano y sus discípulos. Descendientes de los costumbristas españoles —Larra y Mesonero Romanos— y ecos del Pensador, fueror Prieto, Cuéllar y otros que, movidos por el afán de pintar ambientes y personajes típicos, se dieron a la tarea de observarlos y describirlos.

Pero aún el verdadero cuento continuaba en ciernes. Faltaba quien hallara elementos de positivo interés y les diera orden y distribución adecuada. Eso hizo Roa Bárcena. Fincó los cimientos del género y les dio una estructura y una orientación definidas. La anécdota, el relato sencillo y las memorias, adquirieron con su impulso un encanto y un sabor nunca antes tenido.

Para hacer la clasificación de los cuentos y novelas de Roa Bárcena se tropieza con temas y estilos diversos que impiden agruparlos con un criterio unitario. Al igual que en su poesía, puede hacerse una división convencional en dos etapas, que coinciden con las principales tendencias artísticas imperantes: romanticismo y realismo, y que florecen durante la juventud y la madurez del escritor, respectivamente. La primera no añade nada nuevo a las letras patrias; la segunda, pulcra, correcta y de gran mérito, le ha valido a Roa Bárcena los lauros de la fama.

El grupo inicial comprende las novelas *La quinta ideal*, *Buondelmonti*, *Una flor en su sepulcro* y *Aminta Rovero*.

Aun cuando de tradición humanista y un impugnador del romanticismo, no logró, como tampoco lo pudo en poesía, sustraerse al influjo de éste, tanto por la temática escogida como por el ardor de su pluma. En el remolino de los cincuentas, Roa Bárcena acude al romanticismo, molde favorito de expresión del pensamiento liberal, para atacarlo dentro de su mismo estilo.

Así se explica lo tendencioso de *La quinta ideal*. Su objetivo es ridiculizar las ideas y los hombres de la Reforma, tan opuestos al terreno que él pisaba con tanta

firmeza. Escrita la obra en plena efervescencia político-religiosa del año clave de 1857, es natural que el autor arremeta con brío para señalar los puntos débiles del enemigo. La palabra se convierte aquí en mero instrumento de combate, hecho común en la literatura de la época. Roa Bárcena no podía permanecer neutral entre las naturales exaltaciones de una contienda definitiva provocada por dos concepciones diametralmente opuestas del hombre y la vida social; pero dentro de una atmósfera cargada de odios y represalias, el autor veracruzano mantuvo siempre una caballerosidad nunca desmentida.

Los novelistas coetáneos concebían a la humanidad dividida en dos porciones irreductibles: los buenos y los malos. Para Juan A. Mateos y otros liberales, esta división coincidía estrictamente con la de pobres y ricos; o bien, muy frecuentemente, apuntaron el contraste entre las excelencias de los progresistas que proclamaban a los cuatro vientos los ideales de igualdad, libertad y fraternidad, frente a la corriente retardataria y oscurantista adherida a dogmas religiosos, a la iglesia y a las formas monárquicas o autoritarias del gobierno. Según el autor estudiado, incluídas en la primera parte de la arbitraria clasificación, figuraban los conservadores, los reformistas en la segunda. Tal era el ofuscamiento de unos y de otros.

Para Roa Bárcena, todo lo que fuera o pareciese liberal era funesto, destruía el orden, y, en consecuencia, la tranquilidad y el bienestar de la sociedad. La Reforma asestaba el golpe mortal a las instituciones que por siglos habían conducido la vida de la nación, para sustituírlas,

de la noche a la mañana, por una completa anarquía, o por formas vacuas e irrealizables, encubridoras de negros propósitos. De aquí que *La quinta ideal* fuera un pretexto para aleccionar a los lectores, al exponer el presentimiento del espectáculo social y político del país, y los perjuicios que ocasionarían las leyes nuevas.

El argumento es el siguiente: Gaspar Rodríguez, al triunfo de la Reforma, regresa a su quinta campestre a poner en práctica las teorías socialistas. Para lograrlo aparta a cuantos se opongan a ello: su mujer y su hija, ejemplos de cristiana abnegación; el cura, el juez y el administrador, en una palabra, todo lo que significase organización y estuviese en desacuerdo con el nuevo régimen implantado, bajo el lema de libertad para todo y para todos. Enrique, el hijo, educado en colegio laico, se encarga de dirigir la nueva comunidad y trata de instruir a los peones, pero se pasa con ellos en continuas francachelas. Los pésimos resultados no se hacen esperar. Un día, los rancheros, perdida toda idea de respeto o sujeción, matan a Enrique y roban todo cuanto pueden. Con este golpe, el infeliz Gaspar queda sumido en una absoluta inconsciencia. Vuelven la esposa y la hija, ésta se casa con un joven honrado y trabajador que impone su autoridad, y la paz se restablece, además, con el regreso del cura, del juez y del antiguo administrador. El enfermo comienza a recobrar la razón y a insistir en sus descabellados proyectos. Esto, y el recuerdo del hijo muerto le producen un segundo ataque nervioso y "aparece de nuevo la demencia pintada en su rostro y tal vez para siempre".

El asunto de tan exagerado resulta inverosímil; los personajes toman proporciones caricaturescas que restan seriedad e interés a la novela. Gaspar, figura central, es como un títere movido por los hilos de la política, y muestra tan poco juicio antes como después del hecho que cambia el curso de su vida. Por eso dice el autor "...la política, en tiempos de exaltación, vuelve locas a muchas más personas que el amor." Y como en el caso de Gaspar, es una política peligrosa, basada en las teorías socialistas de Fourier y Saint-Simón —que tanto espantaban a Roa Bárcena—, el desquiciamiento llega al máximo.

El hijo Enrique es un pequeño monstruo, producto de la pseudo-educación recibida en el plantel de M. Dionisio, un antro de perdición para la adolescencia, que sale de ahí con la misma ignorancia con que entró, llevando en su haber una larga práctica de vicios y libertinajes.

En contraste, los otros personajes son ejemplos de virtud; el ejercicio de santas y piadosas costumbres los inmuniza del contagio de ideas extrañas. En una palabra, Roa Bárcena, como la mayoría de sus contemporáneos, modela arquetipos que adapta a las circunstancias, para obtener el resultado que se propone.

Esta obra es la única de Roa Bárcena en que aparece el campesino como clase social. Si bien los años en provincia despertaron su entusiasmo por el campo, poco le impresionaron quienes en él laboraban. Ya en la capital, su personalidad literaria se desarrolló en los círculos intelectuales y políticos que lo mantuvieron a distancia de la gente rústica y sus problemas. Conocido es que los es-

critores del tiempo tenían su vista fija en la clase media o en la aristocracia, para hacer el ataque o la defensa de una frente a otra; pero el hombre del arado estaba fuera del interés del novelista, que apenas esporádicamente lo nombraba.

En *La quinta ideal* figura el pueblo ignorante y abandonado, como una masa informe y oscura, como terreno fértil al cultivo de cualquiera idea o doctrina. Esta inconciencia popular hace que se adopte sin reflexión todo proyecto presentado con halagos, y tan pronto aplaude al dirigente que le promete tierra y riqueza, como acata las órdenes de la autoridad política o eclesiástica. La ignorancia y desamparo en que viven esas gentes, son los mejores escalones de que se sirven los audaces para llegar a los puestos públicos. Se refiere en *La quinta ideal* cómo, el día de la votación, un rancharo se presenta a depositar su voto sin tener idea de derechos ni deberes, sin saber a ciencia cierta qué va a hacer, y por qué fue obligado, lo cual aprovecha, sin ningún escrúpulo, un futuro representante del pueblo.

La obra sirve también para lanzar rudos cargos al régimen imperante y a sus funcionarios. En el capítulo quinto hay un amplio estudio de los congresos y su labor: "Si los congresos fueran, en efecto, representantes del país, veríamos en ellos igualmente respetados y atendidos todos los que lo componen, pero cuando un liberalismo exagerado se apodera de los negocios públicos, llama sin criterio alguno al ejercicio del derecho electivo a toda la masa de la población, asalta los puestos en virtud de la preponde-

rancia del número y no del triunfo de la razón y de la inteligencia, y dicta leyes no protectoras de la sociedad, sino atentatorias de una o más clases sociales, o al común de los ciudadanos.”

La quinta ideal encierra un ataque completo, de frente y por los flancos. Además de los párrafos agresivos o culminantes, recurre a la ironía. Baste para ejemplo el siguiente, en el que habla de Alberto, novio de Amalia: “Y si bien cumplía todos los deberes de ciudadano, jamás se creyó encargado de la alta misión de regenerar a su patria, o de lo que viene a ser lo mismo: trastornarla.”

Hace frecuentes burlas de los políticos de oficio, y en particular de los diputados, a los que considera como una fauna prolífica que tiene, como condición indispensable para asumir sus cargos en la cámara, la de carecer de moralidad. El protagonista es un dechado de las lacra señaladas: “. . . y entre tanto, Gaspar viviría con el bolsillo de sus amigos, porque ésta es otra de las prerrogativas anexas a los hombres de Estado.”

De tales párrafos, de discursos y digresiones aclaratorias, está sobrecargada la obra, lo que le resta cohesión y la alarga en demasía. Ya cuando el asunto se cree terminado —casada Amalia y vuelto el sosiego—, añade el autor dos capítulos más en los que el protagonista insiste en sus absurdos planes, sin más objeto, por parte de Roa Bárcena, de hacer hincapié en la crítica.

El lenguaje se torna a veces ampuloso y la misma exaltación lo lleva al borde de lo cursi. Frecuentemente, un tono de sermoneo hace cansada la lectura. De modo

diverso opinaba su correligionario Montes de Oca: "...la caricatura tan perfecta que delinea con mano maestra de los tribunos de aquella época, de sus discursos y utopías, de sus fracasos, produjo casi mayor efecto que los brillantes artículos de controversia que adornaban las revistas y periódicos que redactó."²¹

Con esta novela, Roa Bárcena es más bien un ardiente apologista de la tesis social cristiana y un enemigo acérrimo de las ideas de la Reforma, que un novelista. El exceso de celo doctrinario hace de la obra un instrumento de propaganda; pero, al carecer de consistencia en su estructura y demás elementos que la integran, *La quinta ideal* se desploma.

El reverso de esta crítica mordaz al socialismo se halla en un capítulo de *La coqueta* de Nicolás Pizarro, en donde pinta un régimen democrático con colores optimistas. Mientras Pizarro describe la utópica situación como una arcadia, Roa Bárcena ataca el ideario que convierte en pandemonio la quinta de Gaspar.

Hoy, a cien años de distancia de los acontecimientos políticos motivados por las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857, *La quinta ideal* representa un fiel espejo en el que se reflejan las ideas de la facción vencida. La gesta reformadora que produjo tantas luchas fratricidas, inspiró a escritores adictos que elevaron el panegírico del nuevo régimen, y también despertó el encono de cordiales enemigos, que usaron de la pluma para atacarla. Entre estos últimos, Roa Bárcena con *La quinta ideal*, es un ejem-

²¹ Montes de Oca. Op. cit., 147.

plo de protesta y un vigoroso polemista al servicio de los ideales propios y de su partido.

Buondelmonti es una historia de corte romántico europeo. Marco histórico: la Edad Media. Escenografía: los castillos y calles de Florencia. Personajes: nobles güelfos y gibelinos, divididos por causas políticas.

El compromiso matrimonial de dos jóvenes pertenecientes a bandos enemigos, levanta una ola de disgustos y remueve las discordias. Una dama güelfa recrimina a Buondelmonti su traición y la presenta a Constanza, hermosa doncella que tenía destinada para su esposa. La narración adolece de situaciones inverosímiles, como cuando el protagonista, no obstante estar comprometido en matrimonio con María Amidei, se entrevista con Constanza, a quien halla vestida de blanco. Buondelmonti queda cautivado por su hermosura; la abraza y en ese momento aparece un sacerdote que los casa, sin protesta de ninguno. María al saber la infidelidad de su amado, recae en su extraña enfermedad, y los gibelinos juran venganza. El día en que públicamente se celebran las bodas de Constanza y Buondelmonti, asaltan la comitiva y matan al galán. Una mujer misteriosa se abre paso, cubre el cadáver con un velo y cae muerta a sus pies.

Todo parece evocar los incontenibles odios de Capuletos y Montescos. María es una Julieta enfermiza, espiritual y candorosa. El amor la cura y el desamor la mata. Buondelmonti, en cambio, se aparta del tipo del enamorado Romeo, y se inclina más al culto de la belleza física que al de las prendas espirituales. El idilio no está trun-

cado por la fatalidad, como en la tragedia shakespiriana, sino por la natural rudeza del protagonista que no aprecia a la desdichada niña en lo que vale; su proceder es más sonambulesco que apasionado.

La novela está tomada de un hecho histórico de gran trascendencia en la época de las contiendas por las cuales estuvo desterrado Dante, quien, en *La divina comedia*, hace alusión varias veces al acontecimiento que enardeció a los florentinos. A Mosca, el asesino, lo encuentra en su recorrido por los infiernos, y más adelante, exclama compungido el poeta: "Oh, Buondelmonti! Cuán mal hiciste en no aliarte con ella (la casa de los Amidei) por medio del matrimonio, para consuelo de los demás."²²

Buondelmonti fue publicada en "La Cruz", por los años en que el romanticismo europeo era el árbitro de la moda literaria. El mismo remolino que envolvió a sus contemporáneos, hizo que el autor exhumara del pasado la trama para su relato tan ajeno a la sensibilidad mexicana. El éxito se desvaneció con los años.

Una flor en su sepulcro es una novela corta, no obstante el número de páginas —83— encierra un asunto tan sencillo como trivial y no llega a tener la importancia que requiere una obra de ese género. El autor la considera como "varias páginas segregadas del álbum de mis amigos." Con esto parece que trata de salvar su responsabilidad literaria, tanto por las numerosas fallas como por la sensiblería de que está plagada la obra, "mal del siglo" del que Roa Bárcena después se volvió enemigo.

²² Alighieri Dante. *La divina comedia*, p. 509.

El tema no es novedoso. Lugar común de los románticos. Un episodio autobiográfico de su primera juventud escrito cuando todavía el recuerdo de sus años mozos estaba fresco, y cuya sombra persistió también en su poesía. *Una flor en su sepulcro* fue uno de los primeros trabajos de Roa Bárcena. Escrita en Jalapa y publicada en "El Locomotor" de Veracruz, en 1849; el autor la reformó y la dio a conocer junto con otras novelas.

El título anuncia el contenido: "el simple relato de una desgracia harto común en la vida cuyo patrimonio es el dolor". Estas palabras podrían servir de epígrafe a cualquiera de las novelas sentimentales de la época, y que tan poco diferían entre sí, ya las suscribiera Díaz Covarrubias, del Castillo u Orozco y Berra.

Un poeta, autor del diario, se enamora a primera vista de su vecina; ella no le corresponde, pero tampoco le rechaza, y contesta a sus galanteos con ligeras muestras de afecto. Sólo unos cuantos meses dura este idilio platónico de saludos y miradas a larga distancia. Un día, enferma la amada del poeta y éste no la vuelve a ver más. La muerte de la joven lo deja sumido en la amargura, tal como parece haber sido, en realidad, el primer amor de Roa Bárcena con la señorita, su vecina, en los días provincianos.

Los personajes idealizados no varían un ápice de los acostumbrados en la literatura coetánea. Ella, una tierna adolescente de catorce años, bella, espiritual, honesta; él, un poeta ardiente y soñador. Ambos están situados dentro de los habituales patrones de las historias sentimentales truncadas por la muerte. El asunto, repetido tantas

y tantas veces, tiene aquí una única variante: Roa Bárcena, fervoroso creyente, suple con auxilio de la fe, el pesimismo y desesperación con que siempre terminan este tipo de obras. Como remate de tan grande sufrimiento, viene una aceptación de la voluntad divina, una resignación cristiana ante el dolor. Es, digamos, un romanticismo apacible y sensato, aunque parezca paradójico.

Esta literatura sirve más bien de pretexto para describir un estado de ánimo, recargado ora de ilusiones, ora de penas. El elemento subjetivo adquiere mayor importancia que el relato en sí, y con este motivo, el autor interrumpe la acción para externar sus sentimientos. El exagerar la nota trae como consecuencia la sensiblería y el mal gusto.

Esto es lo que acontece con *Una flor en su sepulcro*. Se diluye en detalles que llegan a ser enfadosos, sobre todo al insistir en lo que el lector no tiene duda —el dolor y la soledad del protagonista— y si hay figuras o frases felices, a fuerza de repetir las pierden energía y valor. A lo largo de cuarenta y dos capítulos se escuchan sollozos, ayes, exclamaciones hasta el cansancio; versos y cartas que, administrados en cantidades moderadas, hubieran hecho de *Una flor en su sepulcro* una obra más corta, más interesante y capaz de resistir las inclemencias de la crítica y del tiempo.

Por lo contrario, se advierte de inmediato que se trata de una obra de juventud; la inexperiencia por una parte, y por otra el entusiasmo, hicieron al novel escritor caer en graves incorrecciones gramaticales, que sólo se perdonan por ser fruto primerizo. En un mismo párrafo

se expresa en diferentes tiempos verbales: "Todos los demás avisos que me dio durante la semana fueron igualmente funestos. Tal vez hoy hacía crisis la enfermedad tal vez se salva."

También se nota anarquía en la puntuación. Usa demasiado y arbitrariamente de los dos puntos, sobre todo en los momentos de arrebató poético, en los discursos c en las descripciones. Esta observación puede hacerse a gran parte de su obra. Para ilustrar sirva el siguiente ejemplo: "Ved un hermoso día de febrero: el sol está en su cenit, bajo el pabellón azul de los cielos sin nubes que empañen su luz abrasadora: giran parvadas de garzas reales a considerable altura: el campo dibuja sobre el horizonte sus árboles más añosos y gigantescos."

Dentro de este primer grupo de obras que se comentan pueden tener cabida dos cuentecillos, o más bien, dos anécdotas de escasas ocho páginas, publicadas en "La Cruz", y luego en un volumen, al lado de otros trabajos periodísticos. Son ellas "La limosna", en donde Roa Bárcena quiere poner de manifiesto la falsedad de los postulados socialistas que substituyen la caridad por la filantropía, palabra, a su ver, propia para discursos pero carente de contenido. La otra es "La carta de un pobre", basada en un hecho acaecido en París. Una niña indigente escribe al cielo en demanda de socorro para subsistir y poder llegar a la meta de sus aspiraciones artísticas. La carta es hallada por un sacerdote caritativo que la ayuda al logro de sus anhelos. El autor no se cansa de alabar y bendecir la misericordia divina.

En 1857 apareció *Aminta Rovero* en dos números

de "El Eco Nacional", firmada por Daguerre y fechada en 1853, y que, lo más probable es que se trate de la que Roa Bárcena incluyó en la primera edición de sus cuentos y novelas, actualmente casi perdida. La imposibilidad de consultarla deja en duda la identificación de Roa bajo tal seudónimo.

Aminta Rovero no llega a ser siquiera novela corta, resulta más bien prospecto de una obra que el autor había planeado con el propósito de describir la situación social, valido de observaciones y juicios personales; ambicioso plan que no llegó a desarrollar.

Aminta ejemplifica la ambición y la frivolidad de cierto tipo de mujeres. Es una capitalina que va a residir a la provincia y con su deslumbrante belleza atrae las galanterías y admiración de los jóvenes del lugar. La gente la llama Aminta y no Angela, su nombre original, por reunir las características físicas de la heroína de una novela francesa de Saint Georges.

En una carta escrita a su amiga, Aminta le cuenta cómo es pretendida por Gustavo, muchacho rústico, hijo de un acaudalado minero, y a un mismo tiempo, por Eduardo, ingeniero civil de educación refinada. Aunque su corazón se inclina hacia éste, se casa con aquél por gozar de excelente posición económica.

Es el típico matrimonio de conveniencia que explotaron los románticos para señalar las lacras de la sociedad o de la mujer, en particular. Un ejemplo, *El Diablo en México* de Díaz Covarrubias, pero el autor de Aminta no había tenido la decepción amorosa que llevó al malogrado novelista veracruzano a expresarse en términos tan amar-

gos, por lo que, después de presentar a la protagonista como una mujer fría y calculadora suaviza su opinión que no es la de un antifeminista:

“Pero en pago de estos caracteres dañinos, qué de tipos bellos hallaréis en el curso de esta obra, y no debidos al maquinista que copia sino a la naturaleza que los ha producido, a Dios que les ha dado virtud y animación; veréis a las mujeres ejerciendo en las funciones a la puerta del pobre, a la cabecera del enfermo, arrullando al niño en su cuna y cerrando los ojos del tibio cadáver. Recorred estas páginas, y en ella encontraréis las mismas leyes, la misma variedad que predomina en el mundo real; las virtudes al lado de las debilidades humanas; al lado de la flor, el áspid.”

En vano escribió estas palabras pues no cumplió lo prometido, y el Daguerre que lo firmaba tuvo poco trabajo para trazar tipos y situaciones tan comunes y corrientes en escasas líneas. El diálogo y la narración son alterados para introducir su opinión, así que el motivo novelesco queda reducido al mínimo.

En resumen —suponiendo que la obra fuera de Roa Bárcena—, el estudio sociológico que intentaba se redujo a una condensada historia y a unas observaciones eminentemente románticas de exiguo valor, por lo que tal vez mejor prefirió olvidar su proyecto.

Por ventura, la producción novelesca de Roa Bárcena tiene otra fase, la que más interesa, la más acabada y que le ha hecho acreedor al sitio que ocupa en las letras mexicanas. Esta fase es su labor como cuentista. En ella se desentiende de prédicas apostólicas y preocupaciones ro-

mánticas para dar forma a la anécdota, al relato y al cuadro costumbrista. En una y en otros es magistral. Bien dice don Manuel G. Revilla: "En aquellas novelitas (las ya citadas) y su pequeña colección de cuentos titulada *Noche al raso* y *Lanchitas*, media una muy grande diferencia, así en los asuntos como en el tono dominante y en el estilo, tanto que no parecen haber sido escritas unas y otras narraciones por la misma pluma. Por estos últimos cuentos aparece que no era el sentimentalismo idealista la mayor fuente de inspiración de Roa Bárcena, sino los cuadros de la vida diaria, prosaica si se quiere, pero interesante por lo verdadera, y que no entró en su genuino y apropiado género como novelas sino cuando contempló la realidad de frente, no pretendiendo adornarla con ensueños ni falsos idealismos."²³

En este punto, el presente juicio coincide con el del académico, al ponderar con harta justicia la labor de don José María en pro de una auténtica literatura nacional, inspirada en las costumbres y en la tradición que forman el verdadero estrato de un pueblo.

Su excursión por el realismo despertó en él su ingénita curiosidad por conocer tipos y ambientes populares, tanto de la vida cotidiana como de tiempos pretéritos. Lo consiguió con la observación del mundo circundante y la investigación en viejos anales de museo. De esta nueva modalidad en el género narrativo salieron varios y muy buenos frutos como son: "Combates en el aire", "Lanchitas", "El rey y el bufón" y "Noche al raso".

²³ Revilla, Manuel G. *El historiador y el novelista D. José M. Roa Bárcena en las Memorias de la Academia Mexicana*, t. vi, p. 265.

“Combates en el aire” no es precisamente un cuento, sino un relato que el autor hace de los días de la infancia. Los días en que el viento sopla y la chiquillería sale a jugar con cometas o papalotes. Lejanos estaban a la edad en que Roa Bárcena los describía, pero con cuánta frescura los revive. A su memoria vienen fácilmente los años mozos que repasa con deleite y a la vez con la nostalgia que da volver los ojos hacia el pasado. La reminiscencia y la meditación traen a la mente del escritor una serie de conjeturas al comparar la diversión infantil con la vida real.

Una anécdota de misterio sirve a Roa Bárcena para escribir su cuento “Lanchitas”, que por sus méritos ha figurado en casi todas las antologías del cuento mexicano.

Empieza por presentar al personaje según la versión que circulaba en aquellos días, “limpio, manso y sencillo de corazón, con la cabeza siempre descubierta y los ojos en el suelo”. Hombre como cualquier otro dedicado al servicio divino, y que se perdería entre la mediocridad si no fuera por las consejas que de él se contaban. De ellas, la más increíble es la que da tema al cuento, y que refiere la causa por la que el padre Lanzas se convierte, de la noche a la mañana, en el humilde y bienaventurado “Lanchitas”. Suceso sobrenatural y extraordinario que la ciencia no explica, con beneplácito del vulgo amigo de fantasmagorías.

El autor logra dar autenticidad al ambiente. Primero es el de la vida ordinaria. Las reuniones de malilla a las que eran afectos los clérigos, y que traen a la memoria las conspiraciones de Valladolid y Dolores. Después, al

entrar en el sospechoso y sórdido cuarto de vecindad —escenario del hecho fantástico— en donde todo es lúgubre y miserable: la semioscuridad, la parpadeante y anémica luz del cabo de vela, la desnudez del mobiliario, el jarro, el petate, la frazada; todo ello denuncia la absoluta pobreza. Gradualmente añade elementos hasta llegar al máximo, el cadavérico aspecto del enfermo y, lo que es más, su escalofriante confesión.

El aire puro de la noche reanima a Lanchitas haciéndolo volver a la realidad; pero es sólo una tregua, porque el clímax de la emoción —el hallazgo del pañuelo en la inmunda accesoria— confirma lo sucedido la noche anterior. El padre Lanzas ha confesado a un alma venida de ultratumba. El impacto es tan fuerte que trastorna sus facultades mentales, y hace al lector sobrecogerse de espanto.

Para terminar, “por vía de apéndice” como dice el autor para dar versosimilitud a la historia, cuenta cómo algunos años después fue hallado en aquel sitio el cadáver de un emparedado. González Obregón asegura que en el Archivo de la Nación está asentado este caso como ocurrido a fines del siglo XVIII. Es muy probable que ésa haya sido la fuente consultada por don José María.

Lanchitas es la figura central, y aunque no hay una completa descripción de su persona, si la necesaria para identificarlo y hacer del célebre sacerdote todo un tipo; junto a él, los demás personajes que aparecen en el cuento son meras figuras de trasfondo, comparsas indispensables, pero incoloras.

Con esta obra afirma Roa Bárcena su prestigio de

excelente escritor. "Lanchitas" se lee de corrido, sin tropezar con escollos de estilo o fallas de lenguaje. Se refleja el absoluto dominio del autor en el uso del idioma, pulcro y aliñado como corresponde al de un académico, pero con la gracia y la sal del ameno narrador que se echa al público lector al bolsillo como a los escuchas en las tertulias familiares o en las sobremesas de café. En su pluma, el castellano adquiere una discreta elasticidad y un colorido y vivacidad a la corrección del vocablo.

Apenas publicado, tuvo este cuento muchos seguidores, tanto por el estilo anecdótico como por el propio tema. Entre ellos, Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza, y en la época actual, Artemio del Valle Arizpe.

"El rey y el bufón" fue escrito por Roa Bárcena en su segunda etapa artística, cuando asistía a las reuniones de la Sociedad Literaria Manguía, en una de las cuales leyó este cuento, dedicado a Ipandro Acaico, y que le valió el aplauso de los circunstantes.

El origen es una crónica inglesa de la Edad Media, como afirma el autor en el prólogo, al citar el Curso de Literatura Francesa de Villemain. El asunto se refiere a la trasmutación de espíritus entre un rey déspota y su ingenio bufón; hecho sobrenatural que ocurre durante las vísperas de San Juan, en Trinacria, un reino siciliano. Un año justo dura este cambio, al cabo del cual, el verdadero monarca prefiere seguir viviendo en el anonimato como cualquier súbdito, mientras que el siervo, habiéndose pervertido en el trono, se resiste a volver a su antiguo oficio.

Tanto el rey Roberto como Benito el bufón, repre-

representan tipos distintos de gobernantes. Uno, inteligente y capacitado para desempeñar su papel; su soberbia y la adulación de sus vasallos lo elevan al pedestal del absolutismo; las vejaciones lo transforman en ciudadano pacífico y cristiano. El otro, por su amabilidad y virtudes recibe el aprecio popular, pero después el humo del poder lo marea y envanece, por su ignorancia e impericia provoca desórdenes y crímenes. Por último, el bufón, convertido en furibundo anarquista, acaudilla a la plebe para reconquistar el puesto que ejerciera durante un año.

El cuento encierra una moraleja: la tranquilidad se encuentra lejos de la vida cortesana, en donde los sentimientos más nobles se prostituyen y enfangan entre los odios y bajas pasiones de los hombres.

Bien a la clara se adivina el desengaño sufrido por Roa Bárcena en los años precedentes a la publicación del cuento, y en especial, la lección recibida durante el imperio de Maximiliano. Las palabras finales son como la nueca de una risa amarga que hace más patente su desilusión:

La elección del asunto indica ya los propósitos del autor, que no se pierden en el desarrollo. Al hablar de Grinacria y sus funcionarios parece referirse más bien a sus enemigos políticos. Así, con tono irónico se expresa el rey Roberto, al asistir a una función religiosa: "Como aún no regía el principio de separación del Estado y la Iglesia, el rey pudo asistir a tales vísperas sin comunicarlo, y sin temor a las declamaciones de la imprenta, que no había sido inventada."

En este cuento Roa Bárcena pone en práctica el es-

tilo "joco-serio" que descubre en los ingleses, en Cervantes y en Lesage, y que tan buen empleo habría de darle. En "El rey y el bufón" con una burla solapada reemplaza los sermones y diatribas de la *La quinta ideal*. Ya sólo le restaba mofarse de los ambiciosos que nunca satisfacían sus apetitos, y hasta de sí mismo, en los bienintencionados que fracasaban.

"Noche al raso" tiene una trama principal: la velada en pleno campo motivada por un accidente de la diligencia en que viajan cuatro pasajeros; las demandas y reclamaciones que surgen al llegar éstos a su destino. Y las cinco historias, independientes entre sí, con cuyo relato los viajeros se entretienen en su forzado ocio.

A pesar de su aparente novedad en la estructura técnica, ésta es de lo más antigua en la literatura. Los cuentos orientales, *Las mil y una noches*, y en fecha más moderna, *El decamerón* de Bocaccio, *Los cigarrales de Toledo*, de Tirso, y *los cuentos de Cantorbery* de Chaucer son colecciones de relatos unidos por uno fundamental. En "Noche al raso", el hilo conductor es la conversación de los viajeros.

Todas las historias, por ellos contadas, excepto "El hombre del caballo rucio", son una crítica social o política descarada unas veces, encubierta otras. En "El Cristo milagroso" la dirige en contra de los abogados, sirviéndose de un incidente que tiene importancia por la gracia narrativa que encierra. Y aunque ciertamente, la aventura del licenciado Retortillo se estira más de la cuenta, es perjuicio del cuento, no amengua el interés y el gusto por

conocer de cerca a tan singular personaje, hábil en componendas.

“La docena de sillas para igualar” tiene, como el anterior, un lujo de detalles que informan de la situación moral del taimado don Roque, y de las actividades del comunicativo boticario. Tanto como éste es el almoneadero de “El cuadro de Murillo”, quien da completa relación del origen y funcionamiento de su negocio, y de la mala jugada que le hicieron pasar su ingenuidad y su ambición. Este cuento tiene harta gracia y es también de los más conocidos a través de las antologías.

“El hombre del caballo rucio” difiere de los restantes, por ser una de esas leyendas que corren de boca en boca y que es frecuente escuchar en labios de los viejos. Recuerda un poco a “La cruz del diablo” de Bécquer, por el señor déspota que, aun después de muerto, es azote de sus vasallos a los que atemoriza en excursiones nocturnas. La escena del portal es francamente impresionante, la figura del “amo” columpiándose en el tinglado, yendo y viniendo a lo largo del corredor, desarmando con su “mirada satánica” y sus extraños gritos al más bravucón de los rancharos; y la desigual carrera entre este misterioso personaje y el mayordomo mallorquino, que como único trofeo obtiene una coleta quemante y olorosa a azufre.

En este relato, el autor tiene oportunidad de externar su devoción por la naturaleza, en las descripciones de los valles de Puebla y Perote, ampliamente conocidos y recorridos por él.

“A dos dedos del abismo” es el cuento más largo y festivo. Vierte grandes dosis de veneno en una crítica mor-

daz pero bien administrada. La ridícula situación en que se ve un currutaco, por obra y gracia de su pedantería, por el chismorreo, y por la locura de su presunto suegro.

Como en los otros, este cuento se extiende en pormenores y largos parlamentos, pero como no carecen de chispa cómica, no sólo se toleran sino que se aplauden.

Al través de estas historias, Roa Bárcena hace desfilar una variedad de personajes típicos del México de principios del siglo XIX. Si bien les falta profundidad y consistencia, también es cierto que sabe darles el matiz que les corresponde, y forma un conjunto de galería en que figuran militares, tenderos, letrados, rancheros y demás tipos pertenecientes casi todos a la clase media, con excepción hecha del marqués del Veneno y la celeberrima Güera Rodríguez.

Traza el retrato de sus personajes por sus rasgos peculiares, sus oficios y aficiones; sus cualidades y defectos, todo, desde luego, aumentado por el cristal de la caricatura. De ello dan idea los nombres con que los bautiza: Mateo Repelos, Canuto Bobadilla, Donaciana, Leodegario...

Se antoja traer a cuento la descripción graciosa que hace del licenciado Retortillo: "...tenía por cuerpo un verdadero costal en que la naturaleza parecía haberse complacido en vaciar a ciegas la carne y los huesos, sin dar a una y a otros la debida colocación."

El militar que lleva la voz cantante en el grupo de viajeros que pasa la noche al raso, es un ejemplo de soldado orgulloso de su pasado guerrero, de excelente humor, locuaz, chancista y despreocupado. El procurador

Rascón, un pillo que obtiene el mejor partido de aquella memorable velada, demanda a los compañeros y estafa al dueño del carruaje deshecho. El almonedero y el boticario, gentes campechanas, prototipos de comerciantes pacíficos. Don Roque, sin ser pillo de origen, no haría mal papel al lado de Pedro Sarmiento o de Juan Largo.

La presentación de los tipos es completa. Incluye el atavío, que informa de la moda de antaño: levitón de bayeta del corte de redingotes y zapatos de paño negro de un licenciado Retortillo; sombrero y calzoneras adornadas de plata que orgullosamente luce el rico hacendado; modesta pero limpia camisa y polvero del payo. Quien deslumbra con su elegancia es el señorito que va a la vanguardia del buen vestir, ya con su frac azul y guantes de cabritilla color de fuego, ya con su casaca de botones dorados y camisa de batista con almidonados puños, con lo cual levanta murmullos de admiración en paseos y saraos. También se da cuenta de cómo las logias masónicas adoptaron sus trajes distintivos. Únicamente la moda femenina escapó a su observación.

El describir gentes y lugares no lleva como único objeto divertir. Roa Bárcena va más allá. Censura a la sociedad de sus tiempos; por su costumbrismo está emparentado con Lizardi y con Cuéllar, pero con una sátira más fina que la de éste, y sin los ribetes moralizantes de aquél. Ora se lamenta por la corrupción y la malicia del ambiente judicial, con los ejemplos de Retortillo y Rascón; ora prorrumpa contra la ignorancia y torpeza de los militares, trátese del general Victoria o de su ayudante, pues ambos gustaban de usar la palabra martirizando al

paciente auditorio con una serie de incoherencias uno, con largas historias el otro. Así, dice del primer presidente de México: "...quien, como ustedes sabrán, una vez que tomaba la palabra no la soltaba; ni por mal pensamiento procuró, jamás, ligar su última idea, no digo ya con la primera, ni con la última de su discurso." Más adelante, con una frase irónica, encubierta de aparente indulgencia: "...ahijado él y ayudante yo del presidente Victoria quien tenía, después de todo, un excelente corazón."

Su crítica social se concentra en el último relato. Se mofa de los niños bien, auténticos calaveras, vagos que viven del presupuesto o a la sombra de un título nobiliario adquirido quién sabe dónde. La aristocracia de la primera mitad del siglo diecinueve es el blanco más atinado para los dardos de la crítica de un escritor que tuvo como norma la honradez y la modestia. Esa sociedad compuesta de generales ignorantes y ambiciosos, nuevos ricos, nobles y pseudonobles, damas decentes y pseudodecentes, todos navegando bajo la bandera de la frivolidad.

Se ensaña contra el tipo común de mujeres coquetas y vanas, en las que su afán de cultura —salvo excepciones entre las que se cuenta la famosa Güera— es una mera pose artificiosa y sofisticada. En ello insiste en varias ocasiones: "Mas, por otra parte, ¿quién oye con calma a la mejor disputa en el hogar doméstico, entre las cañas de costura y la olla del puchero, el *Quosque tandem* de Cicerón, de labios de las esposas enmarañadas y con las medias caídas?"

También a las mujeres hace responsables del embrollo en que se meten el marqués del Veneno y Loretito,

“legión de solteras que, ya que no han podido casarse, se consuelan y distraen haciendo y desbaratando bodas”.

Con la misma fortuna con que el lector conoce a los personajes, emprende, con Roa Bárcena, el recorrido de los ambientes en que se desarrollan las diferentes historias: la polvosa oficina; los valles y montañas testigos de las correrías del endiablado jinete; el aparador de almoneda en que conviven santos, muebles y toda clase de objetos; la botica colmada de purgas, píldoras y pomadas; y las tertulias en los salones elegantes de la señora Rodríguez, lugar de reunión de la flor y nata de la sociedad metropolitana.

Aunque no es objeto del último cuento la cuestión política, no deja oportunidad para hablar de la masonería y hacer un comentario cáustico al respecto, como cuando el general Victoria recrimina a su ahijado el marqués: “¿Qué tienes tú? Esa cara de pan crudo y esos ojos de azoramiento acusan tus viglias en las malditas logias escocesas que frecuentas y que, sin duda, conspiran contra la paz pública. . . La regeneración política y social de México estriba en. . .” Y aquí se supone que empieza “el introito obligado de una peroración poco menos que interminable”.

Por las páginas de “Noche al raso” corre la pluma de Roa Bárcena con ligereza y claridad. En algunos de los cuentos usa poco del diálogo, prefiere narrar y hablar de los hechos y personajes; en el último, son largos los parlamentos del presidente Victoria y los del trastornado don Raimundo.

Su prosa no se estrecha en la rígida preceptiva; ad-

mite mexicanismos como jícaros, tapextlé, otate y otras que no comprendió don Juan Valera, así como refranes o frases populares, tales como “curados de espanto”, “se iba con la música a otra parte”, “como quien oye llover y no se moja”, “terribles calabazas dadas por Loreto al del Veneno.”

El lenguaje familiar y a la vez correcto es uno de los grandes aciertos del escritor, muy por encima, en este aspecto, de muchos de su tiempo, aun de los mismos académicos; muy por encima también, del que él mismo usara en su primera producción novelesca.

El hombre y el escritor habían madurado. Pasada la tormentosa situación política de la Reforma y del Imperio, comenzaba a estabilizarse la paz, y a su amparo florecía el arte y la cultura. Tras duras pruebas físicas y morales, Roa se apartaba de la lucha, y qué mejor olvido que acogerse a la sombra tutelar de una Academia, en compañía de los amantes de las letras.

El cambio habido en él no era un caso aislado, era uno más en la transformación que poco a poco se operaba en la conciencia literaria de los escritores mexicanos.

La labor novelística de Roa Bárcena abarcó las dos grandes corrientes artísticas del siglo diecinueve. Bajo la primera no llegó a descollar y, como muchos de sus contemporáneos, no superó lo trivial, ni la sensiblería, que hoy resulta insoportable. Aun se escuchaban los acentos románticos cuando Roa Bárcena les cerró los oídos, para escuchar el nuevo llamado que imponía otros trazos. Dentro de ellos, la inspiración del autor veracruzano se

sintió a sus anchas. El realismo era una doctrina más a tono para encajar en el alma y en el gusto mexicanos.

No todos lo pensaron así. Su amigo y comentarista Montes de Oca apenas si dio importancia a los cuentos, que se opacaban, a su juicio, ante el brillo de *La quinta ideal*.

En el cuento Roa Bárcena obtuvo el triunfo que no alcanzó en poesía. El carácter nacionalista que imprimió a sus leyendas en verso, encontró mejor cauce en la actividad cuentística que se halla salpicada de un auténtico "color local", y en ello estriba uno de sus mejores méritos. Dio vida al cuadro costumbrista, elevándole de su categoría de estampa a un grado de más rica expresión. La leyenda y la anécdota remozaron su forma en nuevos moldes. La sencillez, la corrección, el donaire y la naturalidad fueron normas de su lenguaje, ese lenguaje con que amenizaba la charla en las tertulias de oficina.

No era Roa Bárcena un escritor de extraordinarias dotes o de gran fuerza creadora, pero supo aprovechar sus facultades con gran tenacidad y estudio. Sin muchas pretensiones de llegar a figurar en los salones de la fama, el modesto escritor desarrolló un trabajo de descubridor e iniciador. Por estos aciertos se ha considerado dignamente a Roa Bárcena el patriarca del cuento mexicano. Cornyn hace un paralelo entre la labor de nuestro cuentista y la de Edgar Allan Poe, en la literatura de los Estados Unidos. Lástima grande que el mexicano no haya dedicado a este género toda su actividad, y que otros intereses hayan desviado la pluma que dio tan buenos ejemplares.

CAPÍTULO QUINTO

HISTORIA

LA DEDICACIÓN de don José María Roa Bárcena al cultivo de la historia patria es consecuencia de su acendrado amor por la verdad, muy a menudo falseada con aviesos propósitos por relatores sin escrúpulos. Como investigador de nuestro pasado —tanto del próximo como del remoto—, Roa Bárcena manifiesta un particular celo en exponer los hechos buscando su más íntima concatenación y, como buen creyente, ve en el desarrollo de la historia la actuación de un plan divino, por debajo de las efímeras intervenciones humanas. En este aspecto, el historiador sigue los de pasos de San Agustín, de Bossuet y el más cercano ejemplo de Lucas Alamán.

En la tarea emprendida, hay siempre un sincero deseo de imparcialidad, un renovado propósito de mantenerse ecuánime. Hombre profundamente atenaceado por las inquietudes de su siglo, Roa Bárcena busca, en la intrincada maraña de los sucesos del pasado, la clave para descifrar los problemas del presente, la guía para asumir, con toda firmeza, una actitud definida e inquebrantable. Como historiador tampoco pudo escapar al dilema impuesto por la crisis en cuyo seno le tocó vivir, actuar y

pensar, y en sus escritos hay una cabal representación del nombre de ideas y creencias a las que fue fiel toda su vida. Por ello, con toda justicia, Jiménez Rueda se expresa en los siguientes términos: "Encarnó en el siglo diecinueve la casta de hidalgos que se dejaban matar antes que transigir y que han desaparecido del todo del mundo en que vivimos."²⁴

Pero las incursiones del investigador por los campos de la historia no sólo son de naturaleza polémica, sino que levan, en principio, un propósito docente. Roa Bárcena quería legar a las generaciones posteriores un relato pulido, claro, exacto, aleccionador de las experiencias preéritas, y con ello contribuir a un desarrollo más armónico de nuestra nacionalidad en los siguientes períodos de su formación.

Su innato patriotismo, exacerbado por las luchas e injusticias que desde niño le tocó vivir y presenciar, y que le dejaron profundo surco, lo impulsó a lanzarse por los vericuetos del pasado. Para ello se impuso la fatigosa tarea de leer libros, manuscritos, códices; de hurgar por bibliotecas y archivos, y para los sucesos recientes, acudir al testimonio fidedigno de sus mayores o al de su memoria.

Hasta las reconditeces de nuestra brumosa prehistoria penetró el gambusino, guiado por un espíritu inquisitivo que hermanó la curiosidad científica a la artística, para buscar el folklore, el mito ingenuo, la costumbre auténtica y la leyenda original, todo ello como fisonomía de

²⁴ Jiménez Rueda, Julio. Prólogo a *Relatos*, p. xix.

los pueblos primitivos, piedras angulares en el edificio de una nacionalidad en proceso de construcción.

En la exposición de episodios históricos más cercanos, estuvo, la más de las veces, acompañado de un criterio imparcial que le ayudó a profundizar hasta donde no llegaron otros, impedidos por su miopía o por su deformante partidarismo. Roa Bárcena era enemigo de la interpretación arbitraria o del falseamiento de los hechos, y, mucho más todavía, de hacer de ello un tribuna de facción desde donde se agujoneara al enemigo. Los sentimientos del autor quedan, casi siempre, al margen de relato, y sólo en contadas ocasiones se oye un grito de protesta o un comentario subjetivo.

Hombre de amplísima cultura; dotado de la paciencia y veracidad que supone todo historiador; con un gran anhelo de servir y con la extraordinaria facultad narrativa alcanzada con su madurez literaria, Roa Bárcena encontró en el campo de la historia un aspecto más donde mostrar su vocación. Dejó varias pruebas de sus posibilidades y realizaciones con obras de conjunto como el *Catecismo elemental de la historia de México*, el *Ensayo de una historia anecdótica de México* y los *Recuerdos de la invasión norteamericana*; en la biografía legó dos espléndidas muestras con las de don José Joaquín Pesado y don Manuel Eduardo de Gorostiza; cabe mencionar también sus estudios monográficos sobre el carácter de Cristóbal Colón, y la labor apostólica de fray Junípero Serra.

El afán de despertar en la juventud mexicana el entusiasmo por lo legítimamente nuestro, lo empujó a escribir, en 1861, el *Catecismo de geografía*. El halagüeño

resultado de tal esfuerzo lo hizo publicar, poco más tarde, el de historia de México. En el prólogo de este último trabajo, en su primera edición, lamenta la ignorancia casi total de los educandos en asuntos nacionales, mientras existe un ávido interés respecto de los extranjeros.

Esta apatía cultural fue una de sus preocupaciones constantes. A pesar de la incomprensión de sus coetáneos, la tenacidad de Roa se impuso, y logró interesar a las autoridades educativas. Así, su *Catecismo de historia de México* mereció varias ediciones. Por llenar los requisitos indispensables, pudo tal libro haberse convertido en texto oficial para la enseñanza de la historia en nuestras escuelas, si el autor hubiese condescendido a transigir en algunos puntos; pero la tentadora oferta no logró seducirlo, y prefirió, antes que desviar su criterio, que su obra cayera poco a poco en desuso.

El *Catecismo de historia de México* está dividido en cuatro partes. La primera es un pequeño resumen de geografía de la república; la segunda abarca el período prehispánico; la tercera la vida virreinal, y la última el México independiente hasta 1850. Escrita en forma de cuestionario, condensa las ideas y describe gentes y lugares con suma claridad; todo dentro del momento histórico. Por ejemplo, al estudiar la Nueva España, examina a cada virrey, sus obras y lo ocurrido durante su gobierno. Agustín de Iturbide merece un lugar destacado dentro de sus apreciaciones, y el autor hace no pocos elogios de tan discutida personalidad. Se advierte en la obra una gran labor de consulta de historiadores como Clavijero, Prescott, el padre Cano, Bustamante, Zavala, Mora y Alamán.

En la *Historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la Conquista española* insiste en que sólo se trata de una recopilación y no de una obra formal, y confía en tiempos mejores que le permitan hacer, con tal material, un trabajo más completo. La primera edición data de 1862 y en ella asegura que se ha apegado a la tradición original, sin introducir elementos ajenos. Para dar forma a los "sucesos aislados", hace primero una síntesis histórica a manera de introducción, enjuicia la historiografía lograda por extranjeros y nacionales, de los cuales admite como más serenos y veraces, a Veitya y a Clavijero, en cuyas narraciones se basa casi en su totalidad.

No obstante el interés que prestó Roa Bárcena a esta parte de la prehistoria, no llegó a despertar ni a mantener la atención de los intelectuales de su época, tan lejanos a historiador romántico que trataba de recordar los esplendores de las razas pretéritas.

En edad ya avanzada, emprendió don José María la tarea de redactar sus *Recuerdos de la invasión norteamericana*, cuyo principal objetivo fue esclarecer los hechos y hacer justicia a quienes tomaron activa parte en ellos. Exhuma esta dolorosa etapa de los documentos y legajos de narraciones escuchadas con toda atención, y de sus propias remembranzas.

Valido de sus dotes de narrador y comentarista, presenta al lector el espectáculo imponente en que desfilaron ejércitos en desastres y victorias; ciudades assoladas y gentes en huída. Asimismo, hay un estudio completo de los motivos que despertaron la contienda, las negociaciones diplomáticas y las campañas militares; todo reseñado con

normenores, incluyendo pruebas fidedignas y testimonios notachables. Cuadro más verídico de aquellas jornadas no se encuentra en nuestra historiografía. El obispo Montes de Oca decía de esta obra: "Tarea tan ingrata como la relación de tantos infortunios, sólo se acomete por patriotismo, y se pasa sobre ella como por ascuas, rehusando volver a quemarse los dedos con el candente punzón que ya trazado tan negras líneas."²⁵

Fue necesario un temperamento equilibrado y sensato como el del historiador jalapeño para que, sintiendo como sentía la derrota y la pérdida, la muerte de sus amigos y a mutilación de la patria, permaneciera estoico, "...deangrándose solamente en uno que otro comentario irónico y punzante."²⁶

Al hablar del triunfo del país agresor que significó además un brillante negocio, recuerda el famoso *vae victis*: "...en cuanto a la sangre derramada, a los derechos olvidados de un pueblo, a la Justicia... ¿quien echa aquí un galgo a la justicia?"

Pero dolerse de la desgracia propia no ciega al escritor para reconocer los méritos del enemigo. Da a cada quien su valor y expone, con sereno análisis, los motivos y razones aducidos por los contendientes, para sacar de todo ello una enseñanza que pueda valer para el presente y el futuro de la nación.

⁵ Montes de Oca. Op. cit., p. 140.

⁶ Castro Leal, Antonio. Prólogo a Recuerdos de la invasión norteamericana, p. xi, t. 1.

En la introducción al capítulo vi explica la situación internacional que originó el conflicto, y el ofuscamiento e impericia de los mexicanos para afrontar el problema. Triste verdad que muy a su pesar reconoce:

“... a la otra puerta, una nación flemática, cuerda y laboriosa, creciera y verdaderamente progresara por medio del respeto a sus propias costumbres e instituciones, y del espíritu de trabajo y adelanto material, en cuyas cualidades los Estados Unidos, por graves que sean sus lacras y defectos en otras líneas, pueden y deben servir de ejemplo al género humano.”

El último capítulo de la obra es, como justamente opina Riva Palacio en su *Galería de contemporáneos*, digno de ser conocido y recomendado. Hay en él certeros enfoques de nuestra realidad y acertadas predicciones, como el temor al “pólipo gigantesco” que amenaza al débil país. Con apremio manifiesta Roa Bárcena la necesidad de unión entre los países de la América Hispánica, para hacer la defensa conjunta del territorio, de la religión, del lenguaje de las costumbres, en una palabra, del “ser” de la comunidad iberoamericana, ideas en las que más tarde habría de insistir con éxito, Rubén Darío, Martí, Rodó y, recientemente Vasconcelos.

El temor que Roa Bárcena siente ante una posible y total absorción de la nacionalidad mexicana por el poderoso vecino del norte, es hijo de un sombrío pesimismo que ya había sido expresado, años antes, por Alamán y Pesado. Ecos de tal sentimiento se encuentran también en algunas de sus poesías; pero, guiado por su propósito do-

cente, parece que tiene empeño y prisa en dar a conocer tan dolorosos sucesos, por ello es que publica sus "Recuerdos" aun faltos de unidad, según dice en la introducción: "No es historia ésta, ni otra cosa que una serie de artículos varios, abundantes en noticias y datos históricos."

El dominio que el autor tenía sobre el tema lo hizo ser profuso. Anota con precisión el número de muertos y heridos en algunas batallas; a veces da la lista completa de los combatientes; inserta diferentes versiones sobre tal o cual suceso, y si tiene alguna vacilación, la confiesa. No hay otra historia de aquellos acontecimientos que sea tan minuciosa y tan ampliamente documentada como la escrita por Roa Bárcena, con superabundancia de explicaciones, digresiones y notas; cartas y documentos enteros, que la hacen ser de consulta forzosa para quien quiera revivir los azares de una época.

En cambio, desde el punto de vista meramente literario, la obra resulta cansada, monótona. No tiene la estructura que requiere un trabajo de esta especie, y semejante falla impide que se consagre entre las mejores de su género. El autor lo advirtió y explicó la razón de ello, al decir: "...pudo corregirse o aminorarse tal defecto, refundiendo estos artículos en molde más conveniente o adecuado," pero que "ni el tiempo disponible, ni lo escasísimo del brío que le queda se lo permitieron al autor, quien prefiere coleccionar con apéndices y publicar con todas sus deficiencias, noticias laboriosamente acopiadas y que tal vez ofrezcan interés y utilidad, a dejarlas empolvarse y perderse, so pretexto de mejorarlas, sabiendo que nadie es dueño de mañana."

Entre las biografías, dos son las que caen en el terreno meramente histórico que se reseña en esta parte del trabajo: la de don José Joaquín Pesado y la de don Manuel Eduardo de Gorostiza. En ambas examina los personaje y el ambiente en que actúan, pero la primera, como obra histórica, adelanta a la segunda.

Intimo amigo, compañero de labores y fiel admirador de don José Joaquín, no es de extrañar que al escribir sobre tan renombrada personalidad lo hiciera poniendo todo su esmero, y que, por lo tanto, la admiración de discípulo alentara en toda ella. Sin embargo, lo anterior no fue obstáculo para que censurara la conducta del político que en un principio estuvo afiliado al partido liberal

Como hombre público y periodista, Pesado está mejor delineado que como escritor. Su biógrafo da más importancia a aquellos aspectos y con ese pretexto su pluma repasa los sucesos y el escenario en que vivió su maestro desde el agitado período de la Independencia, a los siguientes no menos amargos e infaustos de la formación de la república mexicana.

La vida de Pesado sirve a Roa Bárcena para disertar acerca de varios temas de historia patria por los que sentía gran pasión. Primero habla de la vida privada y pública del biografiado; luego se refiere a su labor en las letras nacionales, y muy especialmente del periodista que fue director de "La Cruz". En el texto aparece publicado el famoso tratado McLane-Ocampo y comenta desfavorablemente la actuación de Juárez y sus colaboradores. También opina sobre asuntos de filosofía y teología. Montes de Oca

que admiraba esta obra, cuenta cómo el autor tuvo que enmendar ciertos conceptos en materia de religión, ayudado por un canonista, en el capítulo referente a la llegada del primer delegado apostólico, monseñor Clementi, arzobispo de Damasco, y las dificultades con el gobierno.

Dedica una buena parte de la obra a hacer el comentario sobre las sociedades masónicas. Habla de su introducción en España y luego en nuestra patria. La importancia y desarrollo de las mismas y su complicidad en las luchas intestinas que asolaron al país durante la primera mitad del siglo diecinueve.

El 17 de enero de 1876, Roa Bárcena pronunció un discurso en honor del desaparecido don Manuel Eduardo de Gorostiza, en la ceremonia efectuada en el Liceo Hidalgo. En dicha pieza oratoria hizo un merecido elogio del célebre militar y hombre de letras.

Desde hacía tiempo trabajaba en este asunto; un año antes había escrito un artículo necrológico que se incluyó en la *Corona poética* en homenaje al literato fallecido cinco lustros atrás; para hacerlo, obtuvo datos de archivos públicos y particulares y los informes de compañeros, amigos y parientes del poeta, en particular de su hijo Eduardo.

Pero el afán de exploración no quedó ahí. Siguió hurgando y buscando, y poco después agregaba un apéndice con nuevas observaciones. Ambos trabajos son muestras de gran erudición; el infatigable historiador recopiló anécdotas y notas no exentas de valor e interés.

Cuánto mejor hubiera sido que los hubiese unificado y resumido en uno solo. En tal forma sería una biografía

cabal y no “datos y apuntamientos” como su autor los llamó. Pero en el presente caso, como en los “Recuerdos”, prefirió presentarlo así al público, sin esperar a modificarlos. Jiménez Rueda publicó una selección de dichos trabajos, suprimiendo los capítulos repetidos.

La biografía de Gorostiza, como los “Recuerdos”, es fuente obligada para conocer la época y al dramaturgo, al hombre de Estado y al militar. Roa Bárcena lo admira más en las últimas fases, aun cuando no aprobara algunas medidas tomadas por el funcionario, debido a diferencias de filiación política. Coloca a Gorostiza en el sitio de honor que le ganó su patriotismo, ya en la diplomacia, ya en la campaña. Y es precisamente la descripción de la batalla de Churubusco uno de los mejores capítulos. Tal vigor, movimiento y fuerza impuso al episodio, que el lector es transportado al escenario del hecho, y ahí contempla la heroica defensa, y en primer plano, con estatura de héroe, al anciano coronel con un ánimo y valor desmedidos. Hay tanta realidad y verosimilitud en el relato, que más parece que Roa Bárcena hubiese sido testigo ocular. Tan completa y detallada, tan veraz y grandiosa resulta esta página dedicada al nefasto y a la vez glorioso suceso, que bien valdría por sí sola los lauros al historiador, como le valieron al protagonista.

En el semanario “La Cruz”, en el año de 1856, publicó Roa Bárcena dos artículos históricos: “Estudio sobre el carácter de Cristóbal Colón” y “El padre franciscano fray Junípero Serra”.

Para el primero se documenta en el libro de Washing-

ton Irving, al que a menudo cita y sigue en muchas de sus opiniones. Expone el plan concebido para su estudio y exaltación del biografiado; en seguida, refiere los datos de la infancia y juventud del navegante, haciendo hincapié en su temperamento poético y místico, con lo que resulta un Colón más artista que hombre de aventura. Prescinde de las circunstancias y se concentra en el hombre y sus cualidades. Para un hispanista como él, la figura del almirante adquiere talla gigantesca.

El artículo sobre el padre Serra se basa en la relación histórica del padre franciscano Palou, O.F., que se publicó en 1775. Aunque se ocupa del fraile en particular y de las expediciones que hizo con el apoyo del virrey Bucareli, el autor lo convierte después en un símbolo, en prototipo del evangelizador. Parece que el interés primordial de Roa Bárcena era hacer un panegírico de la religión católica, en la persona de los apóstoles que la propagaron. Es ella la verdadera conquistadora y civilizadora de América, no los aventureros ambiciosos que trataban tan sólo de explotar hombres y tierras. Así se expresa:

“Si pues, la gloria de las armas castellanas debe buscarse en la historia de la Conquista, el origen y la marcha de la civilización americana no debe buscarse sino en la historia de las misiones católicas.”

Después habla de la labor titánica del celo religioso, en contraste con la pérdida posterior de las tierras incorporadas por fray Junípero a la Nueva España. Tiene párrafos en que se expresa violentamente de la ineptitud de un pueblo incapaz de retener y conservar sus pertenen-



cias, mientras se enfrasca en luchas baladíes. Afirma “La conquista que efectuaron unas cuantas docenas de religiosos desvalidos no ha podido ser conservada por la inmensa pléyade de nuestros políticos y guerreros, y hoy, lejos de pagar tributo a la justicia y a la verdad histórica, reconociendo la parte decisiva que el elemento religioso tuvo en la formación de la sociedad, se achaca a ese elemento el malestar que nos aqueja y quiere eliminar completamente para llevarnos de la mano al reinado de la abundancia y la felicidad. . .”

Roa Bárcena acude a la historia para apoyar los argumentos con que trata de orientar e ilustrar al público. Así era como entendía la función del historiador, consintiendo no únicamente en la recabación y atesoramiento de noticias, sino en el juicio sereno acerca de ellas y en la transmisión clara, exacta, a manera de enseñanza. Un concepto moderno de la historia, como afirmaba Riva Palacio. Hacer de la historia patria la bandera de la nacionalidad. He aquí de nuevo su gran preocupación, ostensible en toda su obra y durante toda su vida.

El predominio de este ideal sobre el puramente artístico, lo apresuró a comunicar sus hallazgos, y no les dió la importancia que en realidad tenían y que modestamente llamaba notas o datos, y que no quiso o no tuvo tiempo de ordenar.

El estilo del historiador es preciso, ya adopte forma de crónica como en algunos párrafos del artículo referente al padre Serra; ya use la narración o descripción en otros. La facilidad se advierte desde sus primeros trabajos, pero

en los últimos hay mayor dominio en el lenguaje y completa madurez en el juicio crítico. Ese estilo severo, salpicado en ocasiones de chispa o de sollozo contenido, retrata al escritor ya conocido en otra parte de su obra.

El propósito que lo llevó a escribir la historia era noble; la forma de hacerlo, correcta; pero faltó pulimento, unidad a las partes para formar el todo armónico. "Perla no bien cuajada en su concha" dice don Manuel G. Revilla.²⁷ El autor tenía sus aspiraciones puestas en otro punto, y llevó sus esfuerzos a la meta fijada.

²⁷ Revilla, Manuel G. *Op. cit.*, p. 280.

CAPÍTULO SEXTO

PERIODISMO

PARA UN ESPÍRITU como el de José María Roa Bárcena, el periodismo tenía que resultar un campo natural de actividad. El ímpetu juvenil primero, y la madurez posterior, hubieron de recurrir a todos los cauces de expresión para enviar el mensaje de sus hondas preocupaciones, de sus más caros anhelos y de su ferviente credo político y religioso.

Durante buena parte de la segunda mitad del siglo diecinueve, el periodismo mexicano se enriquece con la colaboración de la pluma de Roa Bárcena, quien usa las columnas de varias publicaciones para dejar en ellas un fiel testimonio de su "verdad", en el escrito polémico propiciado por una época de pasiones desbordadas; o bien en la reseña de acontecimientos relevantes, en el comentario mesurado de los acaeceres cotidianos; hasta el relato histórico hecho con cariño y veneración, el escrito apolo-gético concienzudo, la crítica literaria o el fluir de su vena poética.

Roa Bárcena llegó al periodismo nacional cuando éste había alcanzado, a través de azarosas etapas, la mayoría de edad. Surgido de antiguas raíces, nuestro periodismo

había dado esplendentes muestras desde los lejanos tiempos en que la “Gaceta” era el órgano oficial de las autoridades virreinales, y obtuvo su consagración definitiva dentro de la tarea de integración cuando se puso, con el Pensador Mexicano, al servicio de la noble causa insurgente. Las continuas y sangrientas luchas que abrieron su etapa con el advenimiento de la independencia, hicieron que la profesión periodística fuera en extremo riesgosa pero ni la mordaza, ni el calabozo, ni el destierro amedrentaron a muchos campeones de la verdad. Y si bien algunos elevaron el incensario por la mezquina paga, hubo otros que, desde las columnas de diarios o de publicaciones de incumplida periodicidad no cejaron en sus ataques a los tiranos en turno. El periodismo mexicano se desenvuelve en estrecha conexión con nuestra vida política y llega a la sexta década de la centuria pasada, vigoroso y maduro. Hay en él un reflejo auténtico de la realidad e inquietudes nacionales, y está hecho por mexicanos que, aunque de opiniones contradictorias, están cordialmente interesados por el presente y futuro de la patria.

La lucha de partidos, iniciada primero en el campo de las ideas para luego adentrarse en los de batalla, escindió al periodismo en bandos irreductibles. En un bastión, eran soldados incansables Francisco Zarco, Juan Bautista Morales, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano y Guillermo Prieto; en el contrario, no desmayaban Aguilar y Marocho, el obispo Munguía, Pesado, Couto, Arango y Escandón, Segura y otros no menos aguerridos. En este escenario hace su presentación José María Roa Bárcena, como un “católico de Pedro el Ermitaño frente a jacobi-

nos de la época terciaria," sabiendo odiar de "buena fe", como afirma el poeta jerezano.

Don Francisco Sosa hace un interesante paralelo entre Roa Bárcena y Francisco Zarco,²⁸ como los más fieles paladines de sus respectivas causas, a las que guardaron fidelidad eterna, porque, como dice Riva Palacio: "El periodismo entre los hombres honrados, entre los políticos de buena fe, entre las gentes que buscan el triunfo de una idea, es un sacerdocio, un apostolado, y no un medio de especulación."²⁹

No obstante que en los talleres tipográficos unos y otros, amigos y enemigos, arrebatados por el vértigo del momento, empaparon su pluma en una saña no siempre justificada, Roa Bárcena se mantuvo como un caballero en la liza.

No es exageración afirmar que no hubo en México, a mediados de la centuria pasada, poeta, novelista o demagogo que no haya utilizado el más seguro vehículo para llegar al público. El periodismo llegó a ser actividad casi obligada de todo escritor, y por ello es que, a pesar de todos los vetos y todas las trabas, naciendo muchas veces de la indigencia o en otras mediante el generoso subsidio de correigionarios, circularon en el país numerosas publicaciones al servicio de liberales y conservadores. Desde el punto de vista meramente literario, hay aportaciones nada desdeñables, no siempre estimadas; por lo cual afirma Henestrosa: "La obra ideológica de esos escritores, así como su vida pública, no permiten ver fácilmente el

²⁸ Sosa, Francisco. *Biografías de mexicanos distinguidos*, p. 1097.

²⁹ Riva Palacio, Vicente. *Los cerros*, p. 326.

valor y alcance de sus creaciones literarias que, sin embargo, son vastas y de alto rango.”³⁰

Naturalmente que no todo el periodismo de la época lleva el mensaje de sangre y pólvora. Una gran parte de lectores era gente pacífica que se interesaba en asuntos científicos o artísticos. El sexo femenino, por ejemplo, gustaba de poesías, de relatos de amoríos, de noticias de la vida de sociedad, o de las entregas de *El pistol del diablo* o de cualquiera otra novela en boga. Para él había aparecido, desde 1838 “El Semanario de las Señoritas Mexicanas”, “El Ateneo Mexicano” y “El Mosaico Mexicano”. Estas o similares publicaciones no dejaron de circular, aun en las épocas más amargas.

Fue a través del periódico como Roa Bárcena dio a conocer casi la mayor parte de su poesía, novela, crítica e historia —aspectos ya tratados en otros capítulos—, y que recopiló en ediciones posteriores; amén de la tarea meramente periodística, consistente en artículos, editoriales, comentarios del día, controversias, que conciernen por entero a esta parte del estudio, todo lo cual duerme hoy en amarillos y deteriorados folios de hemerotecas.

Las primeras intervenciones de Roa Bárcena en estas faenas datan de sus años mozos cuando, en compañía de los Díaz Covarrubias, escribía una hoja volante que ellos mismos repartían. Poco después colaboró en “El Locomotor” de Veracruz.

Apenas llegado a la capital de la república, abrióle sus puertas “El Universal”, de gran abolengo conservador,

³⁰ Henestrosa, Andrés. “Zarco, el literato”. En “Excelsior”, p. 7 B.

por haber sido tribuna de Lucas Alamán, de Anselmo de la Portilla y de Aguilar, y por seguir muy de cerca las huellas del desaparecido "El Tiempo", paladín de las ideas monárquicas del propio Alamán y de Gutiérrez de Estrada.

De 1855 a 1858 y bajo la tutela de Pesado, Roa Bárcena escribió en "La Cruz", periódico exclusivamente religioso. En él aprendió el oficio de columnista beligerante y fue ahí también en donde su nombre adquirió lustre y estimación entre sus correligionarios y respeto entre sus propios enemigos.

Signadas por Antenor —su nombre de árcade— redactó las noticias religiosas, tanto del país como del extranjero. Escribió sobre tópicos de actualidad (Nochebuena, Cuaresma, entre otros) para aprovechar el comentario y tratar de conservar la tradición y el espíritu cristiano en los hogares.

Otras veces tuvo que hacer el papel de crítico de arte, con el pretexto de una visita a la Academia de San Carlos, o al hablar de la muerte de Pablo Delaroche, pintor francés. En esta materia demuestra pocos conocimientos, pues la contemplación de una pintura lo hundió en fantasías de las que extrae conjeturas filosóficas o morales, y relega a segundo término el motivo artístico.

Combatió cuando pudo la educación laica. Escribió varios artículos para hacer el comentario de los sistemas educativos en México. En ellos reprueba los programas de los liceos en los que se atiende sólo a la "enseñanza ornamental". En cambio elogia el método jesuítico como el más sólido y completo. Al final hace una síntesis: "La

sociedad se forma por medio de la familia, y ésta no puede existir sin el individuo; mejoremos, pues, el individuo si queremos mejorar la sociedad. Toca a las madres y a los maestros formar el carácter de los niños, y en cuanto a la enseñanza, simplifíquese en lo posible, no reduciendo el círculo de los conocimientos, atesorados en virtud de los nobles esfuerzos de tantas generaciones sino impartiendo a cada alumno aquéllos más adecuados a sus inclinaciones y al papel que hayan de representar en el gran teatro del mundo.”

Dada la época en que se publicaba “La Cruz”, el contenido de sus artículos en materia política no podía ser menos que de combate en contra de las Leyes de Reforma, la Constitución Federal de 1857 y las ideas en que estaban informadas. Desde la sección *Desbarros de la prensa*, sostuvo polémica con “El Estandarte Nacional”, cuya aparición comentó desfavorablemente. Exasperado por la terquedad del contrincante, dice que desearía tener la pluma de Larra para poner las ideas de aquél en el lugar que les corresponde, el ridículo. Y aunque Roa Bárcena usó de la ironía jamás llegó a propasarse.

Refutaba no sólo a los diarios capitalinos, sino a los provincianos como “La Opinión” de Querétaro, “El Interés General” de Puebla, “El Progreso” de Veracruz y “El Regenerador” de Zacatecas. El tema discutido giraba en torno de los mismos puntos: la religión y sus ministros, que él defendía con celo desmedido. Para corroborar lo dicho sirva el siguiente trozo de un artículo publicado a fines del 56:

“He aquí un error verdaderamente lastimoso. Sin ocu-

parnos ahora de la ley en cuestión, acerca de la cual el público sabe ya cómo pensamos, debe repetirse que la Iglesia y el Estado son cuerpos enteramente distintos, y que así como el Estado es superior a la Iglesia, en cuanto respecta a su propia administración, así la iglesia sólo se gobierna a sí misma en lo relativo a su doctrina. ”

Sentía sobre su conciencia el deber moral de velar por el orden y no desmayó en su afán, por eso afirmaba: “Establecido nuestro periódico para señalar el mal y combatirlo, apenas ha podido indicar unos cuantos errores de los muchos que diariamente salen a luz: tanta es así su abundancia.”

En julio de 57, al año de expedida la ley de desamortización de los bienes civiles y eclesiásticos, según su juicio, exponía la situación económica y social que había originado dicha ley:

“ . . . la desamortización no ha tenido efecto; las propiedades han sufrido una depreciación de casi un 50 por 100, según acaba de confesarlo el autor mismo de la ley; el erario no ha percibido la mitad de la suma calculada por traslación de dominio, y lejos de sistemas de la hacienda pública, los ahogos del gobierno son mayores que nunca; finalmente la suerte de los inquilinos ha empeorado de un modo lamentable, al mismo tiempo que el culto decae y los establecimientos de caridad no cuentan ya con los elementos indispensables a los fines de su instituto. A la vista de tales efectos, callan los antiguos panegiristas de la ley, o convierten los elogios en sátiras amargas contra el ministro que la expidió, él es hoy el blanco de los tiros de la principal facción del bando li-

beral, a la vez que ejemplo del extremo a que suelen llegar la inconstancia y la ingratitude de los partidos.”

En otra ocasión diserta acerca de la libertad, cómo la entendían liberales y conservadores, y con este motivo, lanza nueva filípica a “El Estandarte Nacional”.

Además de los periódicos, impugnó los libros que trataban de implantar el nuevo ideario. Condena *Los mártires de la libertad* y *La vida futura bajo el punto de vista de un socialista* de Alfonso Esquiros, por encerrar las peligrosas teorías del materialismo y de la anarquía. Con igual encono refuta a Eugenio Sué, enemigo de la religión católica. En todos estos escritos, al igual que sus colegas de bando, lleva la discusión al terreno de la dialéctica e ilustra sus argumentos con citas de los más renombrados canonistas. En esta materia, como en política, el redactor de “La Cruz” se manifiesta siempre intransigente, como también lo fueron los hombres del campo opuesto, pero jamás dejó escapar el insulto ni descendió al agravio personal.

Formó parte de la plana de colaboradores de “El Eco Nacional”, diario de corta vida —apenas un año—, en el que continuó su trayectoria de batallador que no dio tregua al enemigo, hasta que, a principios de 1858, vientos adversos ocasionaron el cierre del periódico.

El lema de “La Sociedad” “Combatir por la religión y por la patria”, atrajo al veracruzano, y a partir de 1865 aparece en tal publicación la firma de Roa Bárcena al pie de artículos, comentarios, editoriales y crónicas, hasta que, poco después, se hace cargo completo del periódico. La sección *Revista de los últimos sucesos* y sus continuas con-

troversias —unas veces sin firma, pero en las que es fácil descubrir la identidad del autor— son el mejor documento para conocer la opinión del partido conservador frente al frustrado segundo imperio. Con él creía conseguida la calma a que siempre había aspirado. “Debe ser para México la fiesta de la paz, la fiesta más noble y magnífica que puede celebrar un pueblo.”

A poco de inaugurado el gobierno imperial, “La Sociedad” comenzó a señalar sus lacras y deficiencias en editoriales anónimos. En enero de 1867, ya cuando la situación era alarmante, escribió un artículo en que hacía historia de cómo los conservadores habían planeado el nuevo régimen y las causas por las que se retiraban de la lucha, traicionados por éste. Decía que “habían aceptado de buena fe la intervención francesa, no en favor de partido alguno, sino del país, primero para que éste se constituyera con arreglo a su voluntad y conveniencia, y después para que dicha intervención sirviera de apoyo a lo establecido mientras un nuevo gobierno podía sostenerse exclusivamente con sus propios recursos.”

El periódico “La Bomba” contestó a esta noticia, tachando a los redactores de “La Sociedad” de “cándidos y mentirosos”, y Roa Bárcena, sin entablar contienda, que como pensaba, a ninguno convencería, se defendió de esta manera: “Grave es el cargo que se nos dirige, puesto que pesa nada menos que sobre nuestra veracidad, y que mejor querríamos incurrir en la nota de candorosos y benditos que en la de falsos. Si en nuestras columnas en los días en que tuvieron lugar esos nombramientos, o después, halla

una sola frase aprobatoria de ellos, estamos dispuestos a cantar la más solemne palinodia de que haya ejemplo.”

Y es que en realidad, sus toques de atención no los habían escuchado ni los mismos conservadores, y antes que muchos de ellos, el iluso monarquista se retiró de la palestra.

En medio de tantas y tan inacabables discordias cíviles, y ante la cada vez más amenazadora vecindad de los Estados Unidos, el idealista conservador había visto en la intervención francesa una posibilidad de salvar al país de la anarquía: “Cuando el ser humano se está ahogando y le arrojan una cuerda para que salga del paso, no se detiene a examinar si es gruesa o delgada; se ase a ella y sube, aunque tema que se reviente a la mitad de la ascensión.”

Y, en efecto, la cuerda, demasiado tensa, cedió. El bien intencionado escritor hubo de sustituir la esperanza por el desengaño; la alabanza por la fría imparcialidad o por el callado descontento. La derrota imperial, adivinada tiempo antes por el director de “La Sociedad”, era ineludible. El 31 de marzo de 1867, por falta absoluta de elementos, las puertas del diario se cerraron definitivamente. El artículo de despedida, inserto en el último número, es conmovedor y refleja las virtudes cívicas y morales de su caballeroso empresario: “. . . periódico como el nuestro, que nunca se ha apartado ni se apartaría de sus principios y que, por lo mismo, no podrá prestar el apoyo de su palabra a causa extrema como las circunstancias en que se funda, ni criticarlas sin aumentar las dificultades del momento; periódicos como el nuestro, decimos, acaso se hallen enteramente de sobra”.

Era el fin de la rutilante carrera del combativo periodista veracruzano, un eslabón más en la cadena de desgracias que por entonces lo acosaron, y tendría que olvidarse, por algún tiempo, de política y periodismo.

En 1869, atendiendo a la invitación de Altamirano, apareció su firma en algunas colaboraciones para "El Renacimiento", todas de tipo literario. El fuego vital que había sostenido al batallador estaba extinguido, pero tal circunstancia no deformó el espíritu de Roa Bárcena; continuó siendo el mismo, y como hombre que no supo jamás de rencores, sepultó la belicosidad, para llevar su pluma por caminos menos ásperos y tortuosos; caminos más de acuerdo con su temperamento y su cultura.

Las febriles controversias y las gallardas polémicas no añadieron ningún lauro a su fama como literato. Y es que, como con acierto señala la señorita Ruiz Castañeda: "La literatura de combate, periodismo y oratoria, tienen los defecto propios del género, entre otros su incorrección gramatical y retórica." Es natural que el estilo periodístico de Roa Bárcena cayera en la citada falla, muy común entre los escritores del período de la Reforma. "El artículo político —sigue diciendo la autora citada— forjado al calor de la contienda, en un momento de exaltación pasional, destinado a una masa de lectores, inculta en su mayoría, no se hace acompañar de las galas literarias, y a veces por buscar la llaneza cae en la vulgaridad."³¹

Pasada la efervescencia encaminó sus pasos hacia temas distintos, como la investigación histórica y literaria,

³¹ Ruiz Castañeda, María del Carmen. *Periodismo político de la Reforma en la ciudad de México*, p. 25.

y a recopilar en libros lo más selecto de su cosecha, diseminada en periódicos y revistas. El antiguo polemista dejó la palestra, pobre, vencido y amargado; pero con la frente en alto, la conciencia tranquila y sin haberse rendido al soborno o al amago. Los periódicos en que colaboró durante la época reformista fueron ciertamente agresivos, pero no corrosivos. Justo Sierra califica a "La Sociedad" como "el más templado, el mejor escrito, el menos dañoso de los órganos conservadores, dirigido por don José María Roa Bárcena, un sectario ciertamente, pero hombre de gran inteligencia y de alto y sereno patriotismo."³² Lo mismo puede decirse de "La Cruz" y de "El Eco Nacional", que estuvieron con dignidad en abierta pugna con "El Siglo XIX", "El Estandarte" y el "Monitor Republicano".

El periodismo de Roa Bárcena tiene el valor, si no literario, sí histórico y político, y, pudiérase decir, humano. Es documento que registra las intensas preocupaciones de un hombre que supo vivir en la angustia de su tiempo, con la conciencia despierta y con el criterio definido, y que, además, dejó en la tarea un ejemplo de nobleza poco común. Así lo reconoce Riva Palacio: "...se retiró del combate sin haber escrito nunca en tales diarios, ninguna de esas diatribas, ninguno de esos artículos en que el insulto y la calumnia son el hilo y la trama de que se vale el periodista y que, por desgracia, están de moda entre nosotros."³³

³² Sierra, Justo. *Juárez y su tiempo*, p. 157.

³³ Riva Palacio, Vicente. *Op. cit.*, p. 325.

CAPÍTULO SÉPTIMO

CRITICA LITERARIA Y OTROS TRABAJOS

NO FUE A LA hora undécima, como asienta Montes de Oca, sino desde las primeras, cuando Roa Bárcena encaminó su interés y su esfuerzo hacia la investigación y crítica literarias. Ya en su ciudad natal, al parejo de su desmesurada afición por la lectura, el futuro escritor espiga con avidez en los sembrados ajenos, para poco después hacer el comentario de obras y autores.

Leyó a clásicos y a románticos; a nacionales y a extranjeros. No contento con repasar las letras castellanas, dióse al aprendizaje de los idiomas francés e inglés, y no descansó hasta adquirir cierto dominio en ellos. Ejercicio continuo y razonado que sería la base firme de la disciplina intelectual y artística del crítico y del creador, que había de dar, con el tiempo, acertados logros.

La mayor parte de la labor de estimativa literaria de Roa Bárcena apareció primero en diferentes periódicos, y más tarde en las ediciones de Agüeros, o en las Memorias de la Academia de la Lengua, y está compuesta por buen número de ensayos crítico-biográficos, antologías comentadas y discursos.

Apenas llegado a México, escribió un elogioso comentario del drama *La estrella de Sevilla* de Lope de Vega. Para ello se vale de la alegoría —artificio tan socorrido por los autores de entonces— mediante la cual recorre “la galería dramática de todas las naciones y todos los siglos”

en donde se exhiben obras de Hugo, Dumas, Larra y otros inmortales, aureolados con deslumbrante boato; en otra sala de la galería, Cronos, un viejo achacoso, guarda verdaderos tesoros del arte clásico, entre los que resplandece *La Estrella* de Lope.

El mismo recurso de estilo emplea en *Palabras de ultratumba*, que son las de Chateaubriand en *El genio del cristianismo*, a quien personifica como un anciano que amonesta a un niño y lo previene de los peligros de la vida. En *Ofelia*, tiene las mejores frases para el ingenio creador de Shakespeare. *Clavijo* es la glosa de la novela de ese nombre, de Goethe, a quien alaba con tal fervor que parece que el comentarista es uno de sus más decididos seguidores.

Pero siempre hay una idea eje: el arte verdadero es perenne si se nutre en las depuradas fuentes del clasicismo, en contraste con las modas fugaces que deforman lo valioso o lo empujan a una segura decadencia. Este era el credo al que nuestro autor se adhirió con gran sinceridad y que, sin embargo, no siempre pudo respetar, quizá arrastrado por la fuerza avasalladora de un snobismo que muy pocos resistieron.

En 1856 y 1857 dio a conocer en "La Cruz" unos ensayos crítico-biográficos acerca de don José de Jesús Díaz y Federico Bello; mexicano y antecesor el primero, español y contemporáneo el otro; pero ambos coincidentes con él en gustos literarios.

Como ya se dijo al hablar de poesía, Díaz ejerció gran influjo en la carrera de Roa Bárcena, y guió sus pasos provincianos, cuando el grupo juvenil al que pertenecía

el bardo jalapeño comenzaba a entusiasmarse por las faenas literarias. Díaz —dice— fue quien, con sus consejos y ejemplo, lo detuvo de caer en el resbaladizo terreno de la moda trivial. Según lo expresa el propio Roa Bárcena en el citado ensayo, en el que rinde un tributo al maestro casi ignorado: “Jamás negó su consejo ni sus aplausos a los jóvenes que, en los últimos años de su vida, comenzábamos a ensayarnos en la literatura, y a quien él trataba en vano de apartar de la sangre, los espectros, los puñales, los venenos, las maldiciones y los puntos suspensivos del romanticismo, en auge a la sazón.”

Y agregaba: “Pero Díaz era hombre de talento y no malgastó la riqueza de su vena poética en inútiles descripciones, ni en enfadosas disertaciones, ni ocupando eternamente al público en su propia persona, como lo hacían más de cuatro desde que el llamado romanticismo introdujo esta especie de monomanía en los literatos.” Parece que Roa Bárcena olvidaba sus propias incursiones por este terreno.

En *Federico Bello y sus artículos* comenta la producción de este poeta español, desconocido en la actualidad, y que fue gran amigo y compañero de Roa Bárcena por los años en que aquél vivió en México.

No aporta aquí nada nuevo en cuestión de crítica o análisis de retórica; ni siquiera discute las ideas poéticas del autor, con las cuales no siempre está de acuerdo. Pero el valor que pudiera tener el ensayo estriba en la primera parte del mismo, en que se refiere al personaje y a ciertas situaciones cómicas, en las que ya apunta la facilidad del autor por narrar con gracia y donaire, de tal manera que

ello resulta una benévola caricatura, digna de figurar en compañía de Bobadilla o de cualquier otro protagonista de los regocijados cuentos del veracruzano.

“El día menos pensado se nos presentó un jovencito asombrado, raquítico, de cosa de quince años al parecer, perdido en un gran sobretodo de paño de castor, del que apenas le salían la cabeza, los pies y la extremidad de las manos. Era de muy corta estatura, rubio, narigón, de ojos azules, no usaba pelo de barba y tenía el cutis sumamente irritado.”

O también cuando presenta al hombrecillo metido en cama haciendo versos, o en escenas tan divertidas como siguiente:

“Una noche de luna, por cierto, entusiasmados en su mutua conversación, y accionando con las manos, se merecieron entrambos, asidos del brazo, en una de las acequias del paseo de Bucareli, sin advertirlo, coronados de plantas acuáticas a guisa de dioses marinos.”

El estudio crítico de las poesías de don Casimiro del Collado se publicó en las páginas de “El Renacimiento” en 1869. Este poeta era uno de los favoritos de Roa Arcena, y sus versos fueron un estímulo para despertar en el adolescente, el gusto y el deseo de escribir, según lo confiesa. El juicio sobre Collado no puede ser más enconado:

“Hay verdad y claridad, hay belleza y grandiosidad en la generalidad de las ideas de este libro. Hermanado en sus páginas el raciocinio, la imaginación y el sentimiento del modo que prescribe la estética, resulta un haz de flores del entendimiento y del corazón, que a tan pocos es

dato formar, resulta la verdadera poesía, cuya lectura audición toca y hace vibrar como las cuerdas de un piano cuanto hay de inteligente, de noble y de sensible en cada creatura humana, reconciliándose consigo mismo o con semejantes.”

Insiste en la necesidad de un estrecho vínculo entre forma e idea, para que la obra sea completa y pueda subsistir, y recalca la necesidad de que aquélla sea sobria y ésta elevada y edificante.

Pasados los años aciagos de la Reforma y la Intervención en que quedaron liquidadas muchas de las ideas por las que Roa Bárcena combatió con tanto ardor, buscó refugio en las tareas literarias que encontraron poderosas acicate en las tertulias de oficina o en casa de los amigos. Ellas sirvieron también para agudizar su espíritu crítico y para dar madurez a sus juicios. El contacto con el grupo de la vieja guardia de sus compañeros árcades, reafirmó su tesis en materia de arte, la que procuró transmitir a los artistas noveles.

En 1870 al organizarse la Real Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, Roa Bárcena fue elegido socio de número, y algo después asumió el cargo de tesorero, que desempeñó con puntualidad y honradez hasta su muerte.

En México, como en Madrid, la asociación cultural llevaba el mismo objetivo: unificar el idioma y vigilar por su pureza e integridad. Por tal motivo, el primer trabajo realizado por la naciente corporación fue el de formular un Diccionario de Provincialismos de México, colaborar en la formación de la duodécima edición de

diccionario de la lengua. Los académicos mexicanos se dieron la tarea, correspondiéndole a Roa Bárcena lo referente a las letras *b* y *c*. Cuando don Rafael Angel de la Haza leyó su "Gramática teórico-práctica de la lengua castellana", Roa Bárcena discutió algunos puntos, y sus modificaciones fueron aprobadas. Nunca le faltó el consejo sabio y desinteresado para todos aquellos que, como don Acaico, supieron demandarlo. La voz del académico, autorizada y seria, era escuchada con respeto.

Por iniciativa de la Academia, escribió una serie de artículos crítico-biográficos con el fin de hacer resaltar a las grandes figuras de las letras nacionales. En 1891 dio a conocer su examen de la labor poética de su amigo y paisano Manuel Carpio.

Poco se detiene el comentarista en datos biográficos; se refiere a explayarse en el análisis del poeta, a quien consideraba el más popular de México durante la última mitad del siglo. A su parecer, la inspiración de Carpio brilla con mejores luces en la épica que en los otros aspectos por él cultivados.

En las biografías de Pesado y Gorostiza, ya reseñadas en el capítulo anterior, sigue el mismo plan de otras obras. En todas ellas se lamenta del ambiente caótico de la literatura nacional de su época, en la que Zorrilla, árbitro y árbitro, tenía que acallar su lira, ahogado por la rampolla de tantos poetas y poetastros que, imitándolo o no, vadían el parnaso mexicano. Siempre se encuentra en las líneas pesimistas de Roa Bárcena una añoranza por los gloriosos tiempos en que Díaz, Bello, Pesado y otros eran los modelos de los jóvenes poetas.

Es palpable el hecho de que Roa Bárcena elige para

sus comentarios a escritores pertenecientes a grupos aragos, bien a paisanos suyos o a aquéllos con quienes tuvo contacto personal. Esto le da la ventaja de poder penetrar más en la semblanza y en la crítica, pero también, a veces, le permite deslizar apreciaciones demasiado subjetivas. En estas tareas, como en la redacción de carácter histórico, Roa Bárcena estaba movido por el resorte del patriotismo y, en especial, quiso exaltar los valores artísticos y literarios de su terruño. Ambición por demás legítima y digna de alabarse e imitarse. Gracias a él, muchos artistas figuran en el libro de la literatura mexicana.

En 1887 la imprenta de Ignacio Escalante da al público sesenta ejemplares de una cuidadosa y bien presentada edición del *AcoPIO de sonetos castellanos* de don José María Roa Bárcena. Con ello, el compilador realiza un anhelado sueño, y sus notas, producto de paciente investigación, se convertirían en un libro de crítica y erudición que mucho habría de servir a sus contemporáneos.

En el prólogo diserta sobre el origen y contextura del soneto y sus mejores cultivadores en España y en Hispanoamérica. Selecciona a los poetas que, a su juicio, dan lustre a su respectiva nación. Entre ellos, figuran los nombres de Garcilaso, Lope, los neoclásicos Arriaza, Quintana y Gallego; entre los mexicanos, Pesado y Carpio.

Las opiniones del glosista son, en general, ponderadas pero en ocasiones exageradas, llevado de su preceptismo, como dice don Manuel G. Revilla "...de algo meticuloso y apegado a la escolástica tradicional puede tildarse de criterio literario".⁸⁴

⁸⁴ Revilla, Manuel G. *Op. cit.*, p. 278.

Figuran en la colección ciento cincuenta y cuatro sonetos, a cuyo pie escribe las notas críticas o el detalle iográfico, las más de las veces interesante y acertado. Pero su excesivo detallismo lo detiene en nimiedades. Por ejemplo, para él, significa el colmo de la aberración poética el que Quevedo llame "bola" a la tierra en lugar de esfera. En cambio, supone que no podrá haber nada mejor después de los sonetos "Avaricia" y "Lucrecia" de Juan de Arguijo.

De los poetas nacionales, Fernando Orozco es, en su opinión, el mejor exponente del romanticismo mexicano. Del autor del célebre "Nocturno" dice que "para comprender lo que valía Acuña como poeta hay que advertir que él mismo se había cortado las alas desconociendo a Dios y negando la inmortalidad del alma".

Con lo anterior, se observa de nuevo cómo su fe religiosa inquebrantable fue la constante que palpitó a través de toda su obra. El crítico literario no podía pasar sobre sus principios morales, y aquí, como en ocasiones similares, junto al elogio coloca la objeción o la advertencia al lector incauto. El *Acopio de sonetos castellanos* es una muestra más de la cultura humanista y de las preferencias estéticas del compilador.

También en su carácter de académico, Roa Bárcena escribió un curso para refutar los *Ripios aristocráticos y académicos* de don Angel de Balbuena. La obra había levantado una ola de protestas y disgustos en el ambiente refinado de Madrid, y sus ecos llegaron hasta México. Y el atildado escritor que siempre había velado por la conservación inalterada del lenguaje, por la obediencia de los

cánones que dictaba el gusto de la antigua Metrópoli, no podía menos que indignarse contra quien, en forma incívica y poco cortés, pretendía barrer con los preceptos despreciaba a Núñez de Arce, a Valera, o a Menéndez Pelayo. Después de rebatir los ataques en forma serena pero enérgica, Roa Bárcena escoge un excelente soneto "A sueño" de Lupercio de Argensola; siguiendo la pauta indicada por Balbuena, desmenuza y ridiculiza al poeta, sólo para demostrar cómo la mala intención de un crítico puede hacer trizas a la mejor de las realizaciones.

De este modo, dentro de los límites de una postura ecuánime, propina una severa lección al autor de los "Ripios" y hace una defensa de la real corporación, víctima de calumnias y sarcasmos mal intencionados. A qué enorme distancia se encontraba nuestro autor de la independencia lingüística que desde 1842 pregonaba Sarmiento y que se refería a los académicos en la célebre polémica con Bello: "Son, a nuestro juicio, si se nos perdona la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora . . ." ⁸⁵

Para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, la Academia Española lanzó la propuesta de formar una antología poética de los países de habla hispana. En México tuvo una calurosa acogida el proyecto, y para seleccionar las obras representativas de cada país fueron nombrados don José María Vigil, don Casimiro Collado y don José María Roa Bárcena.

Muchos y prolongados desvelos debió costarle a éste último tan laboriosa faena, fruto de la cual fue un libro

⁸⁵ Domingo Faustino Sarmiento. Cit. por Martínez, José Luis. *La emancipación literaria de México*, p. 43.

de quinientas páginas, editado a principios de 1892 a expensas de los miembros de la Academia. El libro se remitió a España con toda oportunidad, pero, para sorpresa de Roa Bárcena, no fue tomado en cuenta en la Península. Don Marcelino Menéndez y Pelayo hizo personalmente la selección, prescindiendo casi totalmente del trabajo de los académicos mexicanos.

El polígrafo español señaló en algunas notas de la citada antología, las razones que tuvo para proceder en tal forma: primero, el no haber recibido a tiempo el volumen mexicano, y, además, porque consideraba necesario alterar la selección original, entre otras cosas para suprimir a los poetas aun vivos. Si bien la antología mejoró, este incidente significó para Roa Bárcena un duro golpe moral, sobre todo, por venir de don Marcelino, persona de su más alta estimación y de quien había recibido más de un comentario elogioso en ocasiones anteriores.

Con tal pretexto, escribió un extenso artículo publicado en las Memorias de la Academia, en donde cuenta con detalle lo ocurrido. Da la razón al crítico español y no pudo impedir que se escaparan algunos resentimientos, humildemente se atribuye por entero la culpa de tan fracasada empresa. Pero su prestigio literario estaba herido y ya cuando aprueba las alteraciones, ya cuando señala las infracciones cometidas en España a lo estipulado en la convocatoria. "Va a ceder —dice de sí mismo— a la debilidad de exponer sus ideas personales de algunos puntos del libro que de ultramar nos llega, no en son de discordia, ni con el presuntuoso fin de apelar de fallos que debemos respetar y acatar, sino con el honrado deseo de que se com-

prenda el espíritu que informó las modestísimas labores de nuestra comisión, y de proponer, en poquísimos casos, puntos de vista quizá más favorables o más adecuados, a veces, a juicio mío, en cuanto al carácter y las producciones de algunos de los escritores catalogados.”

Admite Roa Bárcena sus fallas al haber incluido “El sueño del tirano” de Fernando Calderón, y algunas otras cosas de mediana valía que, con sobrada razón, desecharon en Madrid. Ciertamente, no siempre el académico mexicano había podido desprenderse de ciertos prejuicios, como en el caso de preferir, en la cosecha de Acuña, “La vida en el campo” a “Ante un cadáver” a causa de la doctrina materialista contenido en este último poema.

Con un criterio tal vez demasiado tolerante, juzgó a sus coterráneos, y si Sor Juana, Navarrete y Pesado, como afirma, no harían papel desairado junto a las grandes figuras de las letras mexicana, hubo otros que en realidad no tenían la talla que les concedió. Fue benigno en muchas ocasiones, aunque sostenga que tuvo para sus compañeros de oficio “. . . un cariño tan distante de la ciega admiración a todos los dominios del campanario de la aldea, como del disgusto y desdén que hacia lo que pertenece suele despertar en muchos el espectáculo de los brillantes frutos de una cultura mucho más adelantada y vigorosa”.

Es el sentimiento del orgullo patriótico, patente en la obra barceniana, y que no todos sus cotemporáneos tuvieron o supieron expresar, porque pocos como él se consagraron al estudio impulsados por tan noble causa.

Además del discurso pronunciado en el Liceo Hidal-

go, en honor de don Manuel E. de Gorostiza, en 1874, Roa Bárcena fue designado para decir la alocución en la olemnidad fúnebre celebrada por el Casino Español en memoria de don Anselmo de la Portilla. En una breve pieza oratoria, elogia las virtudes del hombre y del escritor, gran amigo suyo desde que aquél vino a radicar al país, y compañero de Academia y círculos literarios.

En el ambiente cultural de mediados de siglo, atento a todo lo que viniese de allende el mar, en ese ambiente nutrido e influído por todo lo extranjero, el conocimiento de idiomas era básico en la instrucción pública, y más aun en la de escritores que no quisiesen mantenerse en el retrogrado. Las refundiciones, traducciones y paráfrasis estaban a la orden del día, y casi no había quien no se atreviese a hacerlas, ora con éxito, ora con detestables resultados. En tal terreno, Roa Bárcena siguió las huellas de sus amigos Pesado, Carpio y Pagaza, y, aunque no siempre pudo superarlos, ocupó un respetable papel al lado de los mejores traductores de habla hispana.

Y es que si era un purista del lenguaje, no es de poner en tela de juicio su celo en las traducciones, que fueron elogiadas por autoridades como Menéndez y Pelayo y Juan Valera. Conocida es la expresión del autor de *Las ideas estéticas en España*, en que afirmaba tener por los mejores algunos de los traslados de don José María.

Atraído éste desde sus primeros años por el estilo de los cuentistas ingleses, tradujo varios cuentos de Dickens y otros anónimos. Los alemanes también le cautivaban, en especial Hoffman, pero tuvo que conocerlos a través de versiones francesas, como las de Marmier. De este idioma

también vertió extensos artículos de apologética de varios prelados católicos, y los publicó en "La Cruz".

Pero en donde alcanza magnitud su labor traductor: es en su versión del *Mazzeppa* de Byron, publicada en 1869. Explica las razones que le inducen a elegir ese texto; una de ellas es la gran admiración por el poeta inglés, a quien considera como una de las figuras señeras del siglo XIX, a pesar del marcado romanticismo del británico. Montes de Oca se sorprendía de cómo pudo acercarse al original siendo tan diverso su estilo poético. "Poco a poco fue cobrando alientos y cuando vio que, adoptando su metro favorito, no podía seguir a Byron en su rápida carrera se determinó a irlo cambiando, a estilo de Espronceda o Zorrilla, y suplir con este artificio su natural gravedad y lentitud."³⁶

De sus interpretaciones de Schiller, "El Cántico de la Campana" es, sin género de dudas, la más renombrada pues se ha creído que a veces aventaja a la de Hartzenbuch. No siempre adapta al castellano el metro indicado, y pierde por ello en vigor, pero bien decía el tantas veces mencionado obispo: "Esto sí es poesía. Podrá quizá no reproducir las palabras ni el estilo del original; pero es el pensamiento de Schiller y el pensamiento de Roa."³⁷

Muchas otras poesías del vate alemán fueron traducidas por los años de 1859 a 1860, e ingresaron al castellano gracias a la pluma de Roa Bárcena, como "El guante", "El conde Hapurg", "Pegaso arando", "El labrador de la esperanza" y algunas más, publicadas bajo el rubro de *Cuentos y baladas del norte de Europa*.

³⁶ Montes de Oca. Op. cit., p. 132.

“Hombre de tan buen gusto como don José María Roa Bárcena, no podía dejar de sentir, aunque tarde, el prestigio avasallador de la clásica antigüedad”, dice Méndez Plancarte.³⁸ Pero si se ha de hablar con justeza, hay que admitir que ese mismo prestigio, aun indirectamente, había sido un faro para su conciencia literaria. Bien de rídas o bien a través de traducciones, Roa Bárcena conocía y admiraba a los autores grecolatinos, y esa admiración y ese cariño lo llevaron, ya en edad avanzada a acometer a empresa del aprendizaje del idioma de Cicerón, en la que puso un optimismo y un brío propios de la juventud. Él no se conformó con eso; su tesón no cejó hasta captar el espíritu de sus modelos. Tradujo cinco pasajes de las *Geórgicas* y dos de la *Eneida*, que publicó con el nombre de *Pasajes y reminiscencias de Virgilio*. Agregó luego las *Fábulas esópicas de Fedro*, y por último, en 1895, publicó sus versiones de cuatro odas de Horacio, una de ellas la muy conocida “Nave de Virgilio”.

Muy dignos de tomarse en cuenta tales empeños, por a fidelidad y apego al original, y por la elegancia y soltura del lenguaje que emplea el traductor.

La lectura y el ejercicio de traducción de otros idiomas sirvieron al poeta y al escritor para reafirmarse en el manejo del propio, y para acercarse a las fuentes que tanto recomendaba. El influjo de estas experiencias fue enorme y ya en poesía, ya en prosa, Roa Bárcena tomó, tal y como lo aconsejaba, aquello que diera consistencia a su obra o le diera nuevos alientos. Por ello se explica la ínti-

⁷ *Ibidem*, p. 131.

⁸ Méndez Plancarte, Gabriel. *Horacio en México*, p. 112.

ma conexión entre el pensamiento del crítico y del creador literario, y por ello, también, el notable cambio entre su producción primeriza, de marcado sello romántico, y la ya depurada y sólida de su madurez, inspirada en los modelos por los que sentía una verdadera devoción.

Sin embargo, en la obra roabarceniana se da una mezcla, en proporciones variables, de ambas tendencias. Y si en su labor de crítico propugnó invariablemente por señalar cuál era la perfección estética en la expresión del pensamiento, no escapó tampoco a la postura de rebeldía y pesimismo, de inconformidad con el ambiente que lo rodeaba, el cual lo hirió, muchas veces, con la incomprensión. Es aquí cuando se manifiesta el grito del idealista romántico que fue en su vida. Y es que, por otra parte, Roa Bárcena no podía ser una excepción dentro del drama genérico ocasionado por la crisis en que vivieron él y sus contemporáneos.

C O N C L U S I O N E S

LA LITERATURA mexicana del siglo diecinueve se desenvuelve en el marco caótico de nuestras luchas intestinas; vive íntimamente ligada a las peripecias de la política, y los escritores son, con frecuencia, militantes activos de una pugna interminable.

El fenómeno literario contribuye a la formación de la conciencia nacional, como también resulta una proyección de los episodios de ese mismo proceso formativo. Así, la literatura busca su propio cauce, descubre en nuestro pasado histórico, en el floklora, y en la misma realidad en que se vive, un venero inagotable de rica temática. Po-

otra parte, sigue el impulso de corrientes venidas del exterior, sobre todo de imitaciones de lo europeo, en un romanticismo muchas veces enfermizo, en la plenitud de un modernismo, o en un intento de volver a usar los moldes considerados como clásicos.

José María Roa Bárcena hace su aparición en la literatura mexicana al mediar el siglo diecinueve, y es presa de las inquietudes de los hombres de la época. Como militante político sabe mantener una actitud rígida e inquebrantable, pero siempre caballerosa. Su pluma, intransigente al fustigar la idea, fue cortés con el adversario.

Cruzado de los más altos ideales del espíritu, aunó sentimiento patriótico, convicción religiosa y motivo artístico bajo un mismo credo a cuya defensa y difusión consagró por entero sus actividades. No obstante su carácter pacífico y sencillo supo también de penas y derrotas, ellas separan sus primeros años de idealista combatiente de los de estudioso e investigador, en los que se aprecia un resabio de amargura.

Coincidiendo con estas etapas, su obra literaria presenta aspectos diferentes. La labor de juventud se orienta casi íntegramente por el gusto romántico, y no llega a sobrepasar la mediocridad. Después, su formación intelectual y el círculo de amistades que le rodeó, marcó en la línea clasicista por la que había de seguir; los tonos de realismo se los proporcionaron la experiencia y la observación. En las últimas jornadas el escritor caminó con paso ya más firme y más acorde con su temperamento artístico.

La producción de Roa Bárcena fue profusa y variada. En poesía no alcanzó las cimas pretendidas y quedó en un

tono menor. Su verso era correcto pero no siempre feliz la inspiración. En las iniciales faenas poéticas y novelescas no eludió la sensiblería reinante.

Con sus leyendas mexicanas continuó el género cultivado con anterioridad por José Joaquín Pesado, J. de Jesús Díaz e Ignacio Rodríguez Galván; pero, a pesar de sus nobles aspiraciones por resucitar el tema indígena, no logró imprimirle mayores bríos que sus antecesores.

Cordura, veracidad y precisión son las cualidades que se admiran en sus trabajos de investigación histórica y crítica literaria; vigor y ecuanimidad en la tarea periodística.

El timbre de gloria de Roa Bárcena lo constituyen sus cuentos, sacados con espontaneidad del medio ambiente; no se advierte en ellos la amargura de Micrós, ni la sátira de Facundo. En un estupendo equilibrio de fondo y forma, sus personajes cobran vida, son reales; reflejo de una clase media que el autor supo interpretar hasta en sus más íntimos rincones, con harta gracia y no exento de crítica sutil. Contribuye al éxito el lenguaje usado: correcto, llano, salpicado de términos familiares que dan el sabor de lo genuino. Son sus cuentos, en realidad, los primeros ejemplares del cuento mexicano que llegan a nuestros días con galanura todavía no deslucida.

En la obra completa del polígrafo se descubren, como aspectos destacados, su curiosidad, su interés y su cariño por lo propio. Ellos lo llevaron a estudiar la fisonomía de México y a despertar en los demás el sentimiento cívico, en él tan sincero y acendrado.

Por eso mismo sintió la necesidad de crear una literatura con "carácter distintivo", con marcados rasgos que

tuvieran su raíz en la historia, en la tradición, en la idiosincrasia del pueblo. A semejante conclusión llegó también Altamirano por camino diverso. Mestizo uno, indígena otro, ambos coincidieron en el anhelo estético, aunque las doctrinas emancipadoras de éste fueran, desde luego, más radicales.

Roa Bárcena estaba ajeno al problema racial, concebía “lo nacional” en conjunto, como suma y fusión de los elementos disímbolos de la realidad mexicana. Los conceptos de indio, mestizo, criollo o blanco —fragmentos de nuestra constitución étnica— cobran unidad y perfil propio en el “mexicano”, crisol en el que se reúnen materias y formas distintas para elaborar un hombre nuevo con personalidad definida para pensar, sentir y actuar por su cuenta y riesgo.

La indiscutible magnitud reconocida a la labor de Altamirano ha hecho que permanezcan en la sombra muchos otros valiosos intentos de independencia literaria dentro de las corrientes del siglo diecinueve. Es por ello, y por las discrepancias de índole política, no del todo desaparecidas, por lo que la aportación de Roa Bárcena en este aspecto, no ha sido valorada con justicia. Ni el transcurso de los años, ni el olvido han desvirtuado su mensaje, valedero para todos los tiempos.

En estrecho paralelo, la vida y la obra literaria de este escritor enriquecen el acervo cultural de la segunda mitad de la centuria pasada. Muy pocos podrán gloriarse de que su producción sea, como en el caso de José María Roa Bárcena, un fiel reflejo de la clara trayectoria de su existencia.

BIBLIOGRAFIA

DIRECTA

- ROA BÁRCENA, José María. *Acopio de sonetos castellanos*. Imprenta de Ignacio Escalante. México, 1887.
- Antología de poetas mexicanos publicada por la Academia Mexicana*. Oficina tipográfica de la Sección de Fomento. 2a. edición. (La 1a. que constó sólo de tres ejemplares, se imprimió unos dos años antes). México, 1894.
- Biografía de don José Joaquín Pesado*. Imprenta de Ignacio Escalante. México, 1878.
- Catecismo elemental de geografía universal*. México, 1861. 4a. edición, 1869.
- Catecismo de historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX*. 1a. edición, México, 1862; 2a. edición, Imprenta de Santiago White, 1867; 3a. edición, 1870; 4a. edición, 1885; 5a. edición, 1888.
- Compendio de historia profana*. Eugenio Maillefert, editor. México, 1870.
- Datos y apuntamientos para la biografía de Manuel Eduardo de Gorostiza*. Imprenta de Ignacio Escalante. México, 1870.
- Diana*. Imprenta de Ignacio Escalante. México, 1892.
- Ensayo de una historia anecdótica de México en los*

tiempos anteriores a la conquista. Imprenta Literaria. México, 1862.

Flores de mayo, o sea el mes de María para uso de las familias mexicanas. Imprenta de los Sres. Escalante y Cía. México, 185; 2a. edición, 1909.

Jose María Roa Bárcena. Selección de poesías en "El Parnaso Mexicano". Librería "La Ilustración". México, 1889.

Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa y algunos otros ensayos poéticos. Editor Agustín Masse. Librería Mexicana. México, 1862.

Memorias de la Academia de la Lengua. "Alocución en memoria de don Anselmo de la Portilla". Tomo II, pp. 93-95. México, 1880.

"Antología de poetas mexicanos", tomo IV, pp. 385-405. México, 1895/199.

"Carta al autor de los Ripios Aristocráticos", tomo VI, pp. 104-128. México, 1910.

"Conferencia acerca de don Manuel Carpio", tomo III, pp. 407-421. México, 1886.

"Datos y apuntamientos para la biografía de don Manuel Eduardo de Gorostiza" y "Discurso", tomo VI, pp. 89-204. México, 1876.

Noche al raso. Prólogo de Melendo G. Modrón. Colección Mirasol. Vol. VI. Compañía General Editora, S. A. México, 1950.

Noche al raso. Selección y prólogo de Julio Jiménez Rueda. 2a. edición (1a. edición, 1941). Biblioteca del Estudiante Universitario. Vol. 28. Imprenta Universitaria. México, 1955.

Novelas originales y traducidas. Edición de "La Unión". Imprenta de Díaz de León y White. México, 1870. *Obras* en la "Biblioteca de Autores Mexicanos" editada por Victoriano Agüeros: tomo I, *Cuentos originales y traducidos*, 1897; tomos II y III, *Recuerdos de la invasión norteamericana*, 1902; tomo IV, *Biografías*, 1902; tomo V, *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la conquista*, 1909; tomo VI, *Novelas cortas*, 1910.

Obras poéticas. Introducción de don Ignacio Montes de Oca y Obregón, obispo de San Luis Potosí, tomo I. Edición completa de 200 ejemplares numerados. Imprenta de Ignacio Escalante. México, 1913.

Poesías líricas. Edición de "La Sociedad". Imprenta de Andrade y Escalante. México, 1859.

Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces. Edición de la Librería Madrileña de Juan Buxó y Cía. México, 1883.

Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Colección de Escritores Mexicanos. Vols. 46, 47 y 48. Porrúa, S. A. México, 1947.

Últimas poesías líricas. Edición de 150 ejemplares. Imprenta de Ignacio Escalante. México, 1888.

Varios cuentos. Edición de "El Nacional". Tipografía de Gonzalo A. de Esteva. México, 1883.

Vasco Núñez de Balboa (1513-1517). Poema. José Ma. Sandoval, impresor. México, 1879.

PERIÓDICOS

- "La Cruz". 1855-1858. Periódico exclusivamente religioso. Imprenta de Andrade y Escalante. México.
- "El Eco Nacional". 1857. Imprenta de Juan R. Navarro. México.
- "El Renacimiento". 1869 (1ª época). Imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White. México.
- "La Sociedad". Periódico político y literario. 1855-56; 2a. época 1856-67. Imprenta de Ignacio Escalante. México.
- "El Universal". 1848-1855. Tipografía de R. Rafael. México.

INDIRECTA

- AGUEROS, Victoriano. *Escritores mexicanos contemporáneos*, tomo I. Imprenta Escalante. México, 1880.
- ALAMÁN, Lucas. *Historia de México*. Editorial Jus. México, 1942.
- ALIGHIERI, Dante. *La divina comedia*. Traducción de M. Aranda y S. Juan. Editorial Maucci. Barcelona, 1921.
- ALTAMIRANO, Ignacio M. *La literatura nacional*. Prólogo de José Luis Martínez. Colección de Escritores Mexicanos. Vols. 52, 53, 54. Porrúa, S. A. México, 1949.
- ANDERSON, IMBERT, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica. Colección de Breviarios, vol. 89. México, 1954.
- Antología del Centenario*, Imprenta de Manuel Sánchez León. México, 1910.
- AZUELA, Mariano. *Cien años de novela mexicana*. Editorial Botas. México, 1947.

- CORNYN, J. H. *Cuentos mexicanos*. Johonson Publ. Co. Richmond, California, 1925.
- CRUZ CASTELÁN, Charlotte Abbot. *Vista general del cuento-corto contemporáneo de México y de los Estados Unidos de Norteamérica*. Tesis. México, 1956.
- DAUSTER, Frank. *Breve historia de la poesía mexicana*. Manuales Studium vol. 4. Ediciones de Andrea. México, 1956.
- DÍAZ PLAJA, Guillermo y MONTERDE, Francisco. *Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana*. Porrúa, S. A. México, 1955.
- DÍAZ PLAJA, Guillermo. *Introducción al estudio del romanticismo español*, 2a. edición. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1942.
- GAMBOA, Federico. *La novela mexicana*. Conferencia leída en la Librería General el día 3 de enero de 1914. Eusebio Gómez de la Puerta, editor. México, 1914.
- GARIBAY, Angel M. *Historia de la literatura náhuatl*. Porrúa, S. A. México, 1953.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro. *Trayectoria de la novela en México*. Editorial Botas. México, 1953.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis. *Leyendas de las calles de México*. Imprenta de Manuel León Sánchez. México, 1922.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. *Historia de la literatura mexicana*. 5a. edición. Porrúa, S. A. México, 1954.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en América*. Fondo de Cultura Económica. México, 1949.
- IGUÍNEZ, Juan B. *Bibliografía de novelistas mexicanos*. Secretaría de Relaciones, vol. 3. México, 1926.

- VARGAS CEPEDA, Gracia María. *El cuento y la novela corta en México*. Tesis. México, 1937.
- WARNER, Ralph E. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México, 1953.
- ZORRILLA, José. *Obras*. Nueva edición corregida y la sola reconocida por el autor. Baudry y Cía., Sucesores. París, 1864.
- México y los mexicanos (1855-1857)*. Prólogo, notas y bibliografía de Andrés Henestrosa. Colección Studium, vol. 9. Ediciones de Andrea. México, 1955.

Periódicos y revistas

- ALVARADO, José. "El cuento mexicano". *Romance*. México, 1, 3, marzo 1º de 1940, p. 18.
- CARREÑO, Franco. "Novela corta y noveladores en México". *Biblos*. 2a. época, I, 1, mayo de 1925; 2, junio de 1925.
- HENESTROSA, Andrés. "Zarco, el literato". *Excelsior*. Sección bibliográfica. México, viernes 8 de febrero de 1957, p. 7 B.
- PASQUEL, Leonardo. "Don José María Roa Bárcena, escritor muy leído y gran autodidacta". *Hoy*, núm. 959. México, 9 de julio de 1955, pp. 24-25.
- "Trascendencia del puerto de Veracruz". *Hoy*, núm. 952. México, 21 de mayo de 1955, pp. 21-22.
- QUIROZ HERNÁNDEZ, Alberto. "De Roa Bárcena a Campos Alatorre". *El libro y el pueblo*. México, XII, 1, enero de 1934, pp. 26-31.
- ROSALDO, Renato. "Roa Bárcena y sus traducciones del alemán". *Abside*, x. México, 1945, pp. 389-400.

- xicana de la Lengua*, tomo vi, pp. 263-287. México, 1910.
- RIVA PALACIO, Vicente. *Los cerros*. Galería de Contemporáneos. Imprenta de Francisco Díaz de León. México, 1882.
- RUIZ CASTAÑEDA, Ma. del Carmen. *Periodismo político de la Reforma en la ciudad de México (1854-1861)*. Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional. México, 1954.
- SÁNCHEZ MÁRMOL, Manuel. *Las letras patrias*. En *México y su evolución social*, tomo I, vol. II, pp. 603-663. México, 1900-1902.
- SIERRA, Justo. *Evolución política del pueblo mexicano*. Fondo de Cultura Económica. México, 1950.
- Juárez y su tiempo*. Imprenta Universitaria. México, 1948.
- SOSA, Francisco. *Biografías de mexicanos distinguidos*. Edición de la Secretaría de Fomento. México, 1884.
- TAYLOR, Bárbara H. *La tradición y la leyenda en la literatura mexicana*. Tesis. México, 1936.
- TORO, Alfonso. *Historia de México*. La revolución de independencia y México independiente, 2a. edición. Editorial Patria, S. A. México, 1937.
- TORRI, Julio. *Historia de la literatura española*. Fondo de Cultura Económica. Breviario núm. 56. México, 1952.
- URBINA, Luis G. *La vida literaria en México*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Colección de Escritores Mexicanos, vol. 27. Porrúa, S. A. México, 1946.
- VALDÉS, Octaviano. Introducción a la *Poesía neoclásica y académica*. Biblioteca del Estudiante Universitario, vol. 69. Imprenta Universitaria. México, 1946.

- JIMÉNEZ RUEDA, Julio. *Historia de la literatura mexicana*. 2a. edición. Ediciones Botas. México, 1934.
- Letras mexicanas del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme, vol. 3. México, 1944.
- LEAL, Luis. *Breve historia del cuento mexicano*. Manuales Studium, vol. 2. Ediciones de Andrea. México, 1956.
- LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, José. *La novela*. En *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo VI, pp. 49-103. México, 1910.
- MARTÍNEZ, José Luis. *La expresión nacional*. Letras Mexicanas del siglo XIX. Imprenta Universitaria. Serie Letras, vol. 2. México, 1955.
- La emancipación literaria de México*. Serie México y lo mexicano, vol. 21. Antigua Librería Robredo. México, 1955.
- MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel. *Horacio en México*. Edición de la U.N.A.M. México, 1937.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Antología de cuentos de la literatura universal*. Editorial Labor, S. A. Madrid, 1953.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Antología de poetas hispanoamericanos*. Publicada por la Real Academia Española. Estudio tipográfico "Sucesores de Rivadeneyra". Madrid, 1893-95.
- Orígenes de la novela*. Colección Boreal. Editorial Glem. Buenos Aires, 1943.
- MICHEL, Ignatu Joseph. *Un siglo de cuento-corto en la literatura mexicana*. Tesis. México, 1952.
- MILLÁN, Ma. del Carmen. *El paisaje en la poesía mexicana*. Imprenta Universitaria. Serie Letras, vol. 11. México, 1953.

- MONTERDE, Francisco. *Estudio histórico de la novela mexicana*. En *Bibliografía de novelistas mexicanos* de Iguínez.
- MONTES DE OCA, Ignacio. *Introducción a las Obras poéticas* de don José Ma. Roa Bárcena, tomo I. Imprenta de Ignacio Escalante, S. A. México, 1913.
- ORTEGA Y PERÉZ GALLARDO, Ricardo. *Historia genealógica de las familias más antiguas de México*. 3a. edición corregida y aumentada. Marquesado de Herrera, 3a. parte, pp. 2-20, tomo II. A. Carranza y Cía., impresores. México, 1908-10.
- ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo. *Antología de cuentos mexicanos*. Editorial Saturnino Calleja. Madrid, 1926.
- PEÑA Y REYES, Antonio de la. *Artículos y discursos*. Tipografía y Litografía "La Europea". México, 1903.
- PICÓN SALAS, Mariano. *De la conquista a la independencia*. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme, vol. 4. 2a. edición. México, 1950.
- PIMENTEL, Francisco. *Novelistas y oradores mexicanos*. En *Obras completas*, tomo v. México, 1904.
- PIZARRO, Nicolás. *La coqueta*. Imprenta de Ana Echevarría de Pizarro e hijas. México, 1861.
- PRIETO, Guillermo. (Fidel). *Memorias de mis tiempos*. (1828-40) (1840-53). Colección México en el siglo XIX. México, 1948.
- READ, John Lloyd. *The mexican historical novel (1826-1910)*. Instituto de las Españas en los Estados Unidos del Norte. Nueva York, 1939.
- REVILLA, Manuel G. *El historiador y el novelista don José Ma. Roa Bárcena*. En *Memorias de la Academia Me-*

JOSE MARIA ROA BARCENÁ

	Pág.
Introducción	7
Marco histórico y ambiente literario	11
El escritor	34
Poesía	47
Cuentos y novelas	78
Historia	110
Periodismo	124
Crítica literaria y otros trabajos	136
Bibliografía	154

José María Roa Bárcena, de Elvira López Aparicio, cuarto de la EDICIÓN METÁFORA, se terminó de imprimir en Impresiones Corona - Castillo el 15 de agosto de 1957. Viñeta y retrato de I. Burgos. La edición, de 500 ejemplares, estuvo al cuidado de A. Silva Villalobos y Jesús Arellano.